

Oscar Wilde

El fantasma de Canterville
(y otras historias)



Biblioteca Digital MinerD Dominicana Lee

Tal vez sea El fantasma de Canterville el cuento más conocido y celebrado de Oscar Wilde, e inolvidables las cóleras de ese pobre fantasma, que no logra asustar a sus inquilinos americanos y acaba siendo juguete y víctima de dos niños terribles. Inolvidable también El crimen de lord Arthur Savile, pequeña obra maestra que cuenta la divertida historia de un buen lord, desesperado porque nunca le sale bien ese crimen que quiere cometer cuanto antes para librarse de su destino. La esfinge sin secreto y El modelo millonario cierran este volumen delicioso, donde campean el humor y la elegancia de la prosa de Wilde.

El fantasma de Canterville

Un relato hilo-idealista^[1]

1

Cuando el señor Hiram B. Otis, el ministro americano, adquirió la mansión de Canterville, todo el mundo le dijo que había hecho una tontería, pues no había duda de que el lugar estaba encantado. Incluso el propio lord Canterville, hombre con gran sentido del honor, se sintió en el deber de mencionar el hecho al señor Otis, cuando hablaron del contrato.

—No nos ha apetecido vivir aquí —dijo lord Canterville— desde que mi tía abuela, la duquesa viuda de Bolton, mientras se vestía para una cena, sintió que las dos manos de un esqueleto se posaban sobre sus hombros, y sufrió un ataque de horror, del cual nunca se recuperó; y me siento obligado a informarle, señor Otis, que han visto el fantasma varios miembros de mi familia que aún viven, así como el rector de la parroquia, el reverendo Augustus Dampier, que es miembro del claustro del King's College de Cambridge^[2]. Después del desgraciado accidente de la duquesa, ninguno de los criados más jóvenes quiso quedarse en la casa, y lady Canterville pasó muchas noches desvelada debido a los misteriosos ruidos procedentes del pasillo y de la biblioteca.

—Milord —respondió el ministro—, me quedo con los muebles y el fantasma a su justiprecio. Vengo de un país moderno donde tenemos todo cuanto el dinero puede comprar; y aun cuando toda nuestra animada juventud viene a pasárselo bien al «Viejo Mundo», y se lleva a las mejores actrices y cantantes de ópera, estoy seguro de que, si existiese algo parecido a un fantasma en Europa, lo tendríamos de inmediato en nuestro país en algún museo público o en una feria ambulante.

—Mucho me temo que el fantasma existe —dijo lord Canterville sonriendo—, aunque puede que haya rehusado tener contactos con sus intrépidos empresarios. Es de sobra conocido desde hace tres siglos, desde 1584 exactamente, y hace siempre su aparición antes de la muerte de algún miembro de la familia.

—Bueno, lord Canterville, lo mismo pasa con el médico de cabecera. Los fantasmas no existen, señor, y me figuro que las leyes de la naturaleza no van a alterarse en honor a la aristocracia inglesa.

—Se fían mucho de la naturaleza en América —contestó lord Canterville, sin acabar de comprender el último comentario del señor Otis—, y si no le preocupa el tener un fantasma en casa, eso es cosa suya. Pero acuérdesese de que se lo advertí.

Pocas semanas después se llevó a cabo la venta, y al final de curso el ministro y su familia se trasladaron a la mansión de Canterville. La señora Otis, de soltera Lucretia R. Tappan, de la calle Oeste 53, había sido una célebre belleza de Nueva York, y ahora era una agraciada mujer madura, con bellos ojos y un soberbio perfil. Muchas señoras americanas, al dejar atrás su país natal, adoptan una apariencia de mala salud crónica, pensando que es señal de distinción en Europa; mas la señora Otis nunca había cometido este error. Tenía una constitución magnífica y una dosis verdaderamente maravillosa de energía. Era, ciertamente, bastante inglesa en muchos aspectos, y era un excelente ejemplo de que hoy en día tenemos prácticamente todo en común con Norteamérica exceptuando, por supuesto, el idioma. Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington en un momento de patriotismo de sus padres, que él nunca dejó de lamentar, era un joven rubio y bastante agraciado, que se calificó para la diplomacia norteamericana al dirigir la alemanda^[3] durante tres temporadas en el casino de Newport, e incluso en Londres se le consideraba un excelente bailarín. Sus únicas debilidades eran las gardenias y los títulos nobiliarios. Por lo demás, era muy sensato. La señorita Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, grácil y adorable como un cervatillo y con una atractiva despreocupación reflejada en sus grandes ojos azules. Era una magnífica amazona y en cierta ocasión le sacó cuerpo y medio de ventaja con su *pony* al viejo lord Bilton, en una carrera de dos vueltas al parque, justo delante de la estatua de Aquiles, con gran placer por parte del joven duque de Cheshire, que se le declaró allí mismo, y que fue enviado por sus preceptores de vuelta a Eton^[4] aquella misma noche, deshecho en lágrimas. Después de Virginia venían los gemelos, habitualmente conocidos como «Barras y Estrellas»^[5], pues vivían en constante agitación. Eran unos muchachos deliciosos, y los únicos auténticos republicanos de la familia, a excepción del respetado ministro.

Como la mansión de Canterville dista siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más próxima, el señor Otis había teleografiado para que una tartana los fuera a recoger, y comenzaron el trayecto con mucha animación. Era un hermoso atardecer de julio y el aire estaba impregnado de olor a pino. De cuando en cuando se oía alguna paloma torcaz, recreándose en su dulce canto, o se veía la bruñida pechuga de un faisán en la profundidad de los susurrantes helechos. Desde lo alto de las hayas, las ardillitas los miraban pasar, y los conejos huían a la carrera por entre los matorrales y el musgo de las lomas con sus blancas colas levantadas. Sin

embargo, al meterse por la avenida de la mansión de Canterville, el cielo se cubrió repentinamente de nubarrones, una extraña quietud pareció apoderarse del ambiente, y una gran bandada de cornejas voló en silencio sobre sus cabezas; y antes de llegar a la casa, comenzaron a caer gruesos goterones.

De pie en la escalinata los recibió una anciana pulcramente vestida de seda negra, con delantal y cofia blancos. Se trataba de la señora Umney, el ama de llaves, a la que la señora Otis había consentido mantener en su puesto, a instancias de lady Canterville. Al bajarse del coche, le hizo a cada uno una profunda reverencia, al tiempo que les decía, utilizando la curiosa fórmula tradicional:

—Les doy la bienvenida a la mansión de Canterville.

La siguieron, atravesando el magnífico recibidor estilo Tudor^[6], hasta la biblioteca, un largo aposento de techo bajo con las paredes cubiertas de roble negro y una gran vidriera al fondo. Allí les habían servido el té, y después de quitarse los abrigos se sentaron y comenzaron a curiosear, mientras la señora Umney los atendía.

De pronto la señora Otis vio una mancha rojo mate en el suelo, junto a la chimenea, y, sin percatarse de lo que realmente significaba, le dijo a la señora Umney:

—Parece que algo se ha derramado ahí.

—Sí, señora —replicó en voz baja la vieja ama de llaves—, es sangre lo que se ha derramado en ese lugar.

—¡Qué horror! —exclamó la señora Otis—. No me gustan en absoluto las manchas de sangre en el cuarto de estar. Hay que quitarla en seguida.

La anciana sonrió y contestó en el mismo bajo y misterioso tono de voz:

—Se trata de la sangre de lady Eleanore de Canterville, asesinada ahí mismo por su propio marido, sir Simon de Canterville, en 1575. Sir Simon le sobrevivió nueve años y desapareció de repente en circunstancias muy misteriosas. Su cuerpo nunca fue hallado, pero su atormentado espíritu aún merodea por la mansión. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y por otras personas, y no hay quien la quite.

—Todo eso es una tontería —exclamó Washington Otis—, el

superdetergente quitamanchas «Campeón de Pinkerton» lo limpiará al instante — y, antes de que la aterrorizada ama de llaves pudiera intervenir, se había puesto de rodillas y estaba frotando vigorosamente el suelo con una barrita de lo que parecía un cosmético negro. En pocos instantes no quedaba ni rastro de la mancha.

—Ya sabía yo que Pinkerton lo conseguiría —exclamó triunfalmente, volviendo la mirada hacia su orgullosa familia. Pero tan pronto hubo dicho estas palabras un terrible relámpago iluminó la sombría estancia, y el tremendo retumbar de un trueno los hizo ponerse en pie de un salto, y la señora Umney se desmayó.

—¡Qué clima más aborrecible! —dijo el ministro norteamericano sin alterarse, mientras encendía un largo cigarrillo.— Me figuro que el viejo país está tan superpoblado, que no hay buen tiempo suficiente para repartirlo entre todos. Siempre he opinado que la emigración es la única solución para Inglaterra.

—Mi querido Hiram —exclamó la señora Otis—, ¿qué vamos a hacer con una mujer que sufre desmayos?

—Descontárselo, como cuando rompa algo —contestó el ministro—, y así ya no se desmayará más.

Y en verdad que a los pocos instantes la señora Umney volvió en sí. Sin embargo era indudable que estaba muy afectada, y seriamente advirtió al señor Otis que algo malo sucedería en la casa.

—He visto cosas con mis propios ojos, señor —elijo—, que pondrían los pelos de punta a cualquier cristiano, y muchas, muchas noches, no he podido pegar ojo, a causa de los espantosos hechos que aquí han acontecido.

Sin embargo, el señor Otis y su esposa aseguraron cariñosamente a aquella alma cándida que no temían a los fantasmas, así que, tras pedir las bendiciones de la Providencia para sus nuevos señores y ajustar un aumento de sueldo, la anciana ama de llaves se fue con paso vacilante a su cuarto.

La tormenta descargó con fuerza durante toda la noche, pero no sucedió nada digno de mención. Sin embargo, a la mañana siguiente al bajar a desayunar, encontraron de nuevo en el suelo la terrible mancha de sangre.

—No creo que se pueda culpar al detergente —dijo Washington—, pues no me ha fallado con nada. Debe de ser el fantasma.

Así pues, borró la mancha por segunda vez, pero a la mañana siguiente apareció de nuevo. A la tercera mañana también volvió a aparecer, a pesar de que el mismo señor Otis había cerrado con llave la biblioteca por la noche, subiéndosela con él. Ahora se había avivado el interés de toda la familia; el señor Otis comenzó a sospechar que había sido demasiado dogmático al negar la existencia de fantasmas; la señora Otis expresó su intención de afiliarse a la «Sociedad Psíquica», y Washington envió una larga carta a los señores Myers y Podmore^[7] sobre el tema de la «Permanencia de las máculas sanguíneas relacionadas con homicidios». Esa noche se borraron definitivamente todas las dudas sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

Había sido un día templado y soleado y, con el frescor del atardecer, toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron hasta las nueve y cenaron ligeramente. La conversación no versó en absoluto sobre el tema de los espíritus, así que no se dieron esas condiciones mínimas de espera receptiva que tan a menudo preceden a la aparición de fenómenos psíquicos. Los temas discutidos, según nos contó posteriormente el señor Otis, fueron meramente aquellos que forman parte de la conversación ordinaria de unos americanos cultos de la clase alta, tales como la indiscutible superioridad como actriz de la señorita Fanny Davenport sobre Sarah Bernhardt^[8]; las dificultades para encontrar maíz tierno, tortitas de alforfón y bizcochos de maíz molido aun en las mejores casas inglesas; la importancia de la ciudad de Boston en el desarrollo del espíritu universal; las ventajas del sistema de facturación de equipajes en los viajes en tren; y la dulzura del acento neoyorquino en contraste con el deje lento y cansino de Londres. No se hizo referencia alguna a lo sobrenatural, ni se aludió, ni siquiera indirectamente, a sir Simon de Canterville. A las once se retiró la familia, y pasada media hora todas las luces se habían apagado. Poco tiempo después el señor Otis se despertó a causa de un extraño ruido en el pasillo, fuera de su cuarto. Era un sonido de golpes metálicos, y parecía acercarse por momentos. Se levantó al instante, encendió una cerilla y consultó la hora. Era la una exactamente. Estaba muy tranquilo, y se tomó el pulso, que no mostró trazas de estar alterado. El extraño ruido continuaba y

además oyó claramente sonido de pasos. Se puso las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su bolsa de aseo y abrió la puerta. A la pálida luz de la luna vio ante sí un viejo de aspecto espantoso. Sus ojos eran rojos como ascuas encendidas; su cabello largo y gris caía como alambre enmarañado sobre sus hombros; su vestimenta, de corte de otra época, estaba sucia y deshilachada, y de sus muñecas y tobillos colgaban pesadas argollas y cadenas mohosas.

—Mi querido señor —dijo el señor Otis—, le ruego encarecidamente que engrase esas cadenas, y le he traído al efecto un frasquito de «Lubricante Sol Naciente de Tammany». Tiene fama de ser completamente eficaz con una sola aplicación; de ello hay en el envoltorio varios testimonios de algunos de los más eminentes teólogos americanos. Se lo dejaré aquí, junto a las velas del dormitorio, y me encantará proporcionarle más, en caso de que lo necesite.

Con estas palabras, el ministro depositó el frasco en una mesa de mármol, y, cerrando la puerta, se retiró a descansar.

Por un instante, el fantasma de Canterville permaneció inmóvil, presa de la natural indignación. Luego, arrojando el frasco violentamente contra el suelo pulido, huyó por el pasillo, emitiendo lúgubres aullidos y proyectando una cadavérica luz verdosa. Justo al llegar a lo alto de la gran escalinata de roble, se abrió una puerta de golpe, y aparecieron dos personajillos en camisón blanco; y una almohada salió volando, ¡casi rozando su cabeza! Estaba claro que no había tiempo que perder, conque, adoptando rápidamente la cuarta dimensión del espacio como medio de evasión, se desvaneció a través de un panel de madera, y la casa quedó en silencio.

Al llegar a una pequeña cámara secreta en el ala izquierda de la casa, se apoyó en un rayo de luna para recobrar aliento, y empezó a intentar evaluar su situación. Jamás, en una brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, había sido tan groseramente insultado. Se acordó de la duquesa viuda, a la que asustó hasta provocarle un ataque mientras estaba frente al espejo, ataviada con sus encajes y diamantes; de las cuatro doncellas que se habían puesto histéricas sólo con sonreírles sarcásticamente por entre las cortinas de uno de los dormitorios de huéspedes; del rector de la parroquia, cuya vela le apagó de un soplo cuando salía de la biblioteca, una noche muy tarde, y que desde entonces había tenido que estar bajo los cuidados de sir William Gull, un auténtico mártir de los desórdenes nerviosos; y de la vieja madame de Tremouillac, que, al despertarse una mañana temprano y ver un esqueleto sentado en una butaca, al lado de la chimenea, leyendo su diario, había tenido que guardar cama durante seis semanas, presa de

un ataque de fiebre cerebral; y cuando se puso buena, hizo las paces con la Iglesia y dejó de relacionarse con aquel notorio escéptico, monsieur Voltaire^[9]. También se acordó de aquella terrible noche en que hallaron en su vestidor al malvado lord Canterville asfixiándose, con la sota de diamantes atravesada en su garganta; confesó, antes de morir, que había timado a Charles James Fox 50.000 libras esterlinas en Crockford, haciéndole trampas con esa misma carta, y juró que el fantasma le había obligado a tragársela. Todas sus actuaciones maestras le pasaron por la memoria, desde el mayordomo que se pegó un tiro en la despensa, al ver una mano verde tamborileando en el cristal de la ventana, hasta la bella lady Stutfield, que se vio obligada a llevar siempre una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello, para ocultar las marcas de cinco dedos, que habían quemado su blanca piel, y que había puesto fin a su vida arrojándose al estanque de las carpas que está al final del Paseo del Rey. Con la entusiástica egolatría del verdadero artista fue repasando sus más celebradas actuaciones, sonriendo amargamente al recordar su última aparición como «Rubén el Rojo o el Bebé Estrangulado», su *début*^[10] como «Gibeón el Famélico, el vampiro de Bexley Moor» y el *furore*^[11] que había despertado un atardecer glorioso de junio, por el mero hecho de jugar a los bolos con sus propios huesos en el césped de la pista de tenis. Y después de todo esto, ¡que unos desgraciados americanos modernos vengan a ofrecerle a uno el «Lubricante Sol Naciente» y a tirarle almohadas a la cabeza! Era algo intolerable. Además, nunca se había dado el caso de que trataran a ningún fantasma de esa manera. Así que decidió vengarse y permaneció en actitud de profunda meditación hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis se reunió para desayunar, se pusieron a discutir el tema del fantasma con cierto detenimiento. El ministro americano se molestó un poco, como es de suponer, al descubrir que su obsequio no había sido aceptado.

—No tengo el menor deseo —dijo— de ofender personalmente al fantasma; debo añadir que, teniendo en cuenta el tiempo que lleva en esta casa, no creo que sea cortés tirarle almohadas —comentario justificadísimo, que provocó, lamento decirlo, una explosión de risa en los gemelos.

—Pero, por otro lado —continuó—, si realmente insiste en rechazar el uso del «Lubricante Sol Naciente», tendremos que privarle de las cadenas. Sería imposible dormir con ese barullo por los pasillos, cerca de los dormitorios.

De todas maneras, durante el resto de la semana, no fueron molestados; lo único que suscitó alguna atención fue la continua reaparición de la mancha de sangre en el suelo de la biblioteca. Esto sí que era extraño, porque el señor Otis siempre cerraba la puerta con llave por la noche y las ventanas quedaban bien atrancadas. El camaleónico color de la mancha también suscitó gran número de comentarios. Algunas mañanas era rojo, casi almagre, otras bermellón, a veces púrpura vivo, e incluso un día, cuando bajaron a rezar en familia, según el rito sencillo de la Iglesia Libre Reformada Episcopal Americana, la encontraron de un rabioso color verde esmeralda. Naturalmente que estos cambios caleidoscópicos les divertían muchísimo, y cada noche se hacían apuestas sobre el tema. La única persona que no tomaba parte en la broma era la pequeña Virginia, a la que, por algún motivo desconocido, le afectaba profundamente el ver la mancha de sangre, y que estuvo a punto de echarse a llorar la mañana que apareció verde esmeralda.

La segunda aparición del fantasma fue el domingo por la noche. Poco después de retirarse todos a dormir, se vieron repentinamente alarmados por un impresionante estrépito en el recibidor. Corrieron escaleras abajo, y vieron que una antigua y enorme armadura se había desprendido de su soporte y había caído sobre el suelo de piedra; mientras que, sentado en una silla de alto respaldo, el fantasma de Canterville se frotaba las rodillas, con una expresión de horrible dolor en el rostro. Los gemelos, que llevaban sus cerbatanas, inmediatamente le dispararon dos proyectiles con una puntería que sólo se puede conseguir a fuerza de practicar de continuo y con esmero con el profesor de caligrafía; al mismo tiempo el ministro americano le encañonaba con su revólver, y le gritaba, según las

más puras normas de la etiqueta californiana: «¡Manos arriba!» Con un salvaje alarido de furor el fantasma se incorporó y se deslizó entre ellos cual neblina, apagando al pasar la vela de Washington Otis y sumiéndolos a todos en la más completa oscuridad. Al llegar a lo alto de la escalinata, se recuperó y se propuso obsequiarlos con su célebre carcajada demoníaca. Esta, en más de una ocasión, le había sido de gran utilidad. Según contaban, le sirvió para que en una sola noche la peluca de lord Raker se llenara de canas; y desde luego fue la causa de que tres institutrices francesas de lady Canterville se despidieran antes de concluir su primer mes. Así que lanzó su más horrible carcajada, que retumbó una y otra vez por el viejo techo abovedado. Apenas se había extinguido el espeluznante eco, cuando se abrió una puerta y apareció la señora Otis, con una bata azul celeste, y dijo:

—Siento decirle que no está usted nada bien de salud, y le he traído un frasco del específico del doctor Dobell. Si lo que tiene usted es una indigestión, ya verá qué bien le sienta.

El fantasma le lanzó una mirada feroz, y se dispuso a transformarse en un perrazo negro, hazaña que le había conferido merecido renombre, y a la que el médico de cabecera había atribuido el permanente estado de idiotéz en que había caído el tío de lord Canterville, el honorable Thomas Horton. Sin embargo, el sonido de pasos que se aproximaban le hizo desistir de su despiadado propósito, y hubo de contentarse con volverse ligeramente fosforescente, desvaneciéndose después con un profundo gemido de ultratumba justo cuando los gemelos le daban alcance.

Al llegar a su cuarto, se desmoronó por completo, siendo presa de la más violenta agitación. La ordinariez de los gemelos y el vulgar materialismo de la señora Otis eran, desde luego, extremadamente molestos, pero lo que más le fastidiaba de todo era el no haber podido ponerse la armadura. Había albergado la esperanza de que hasta los modernos americanos se estremecerían al ver un espectro con armadura, aunque no fuera por mejor razón que el respeto a su poeta nacional, Longfellow^[12], cuya delicada y atractiva poesía le había ayudado a matar el tiempo, cuando los Canterville se iban a la ciudad. Además se trataba de su propia armadura. La había lucido con éxito en el torneo de Kenilworth^[13], y la había alabado muchísimo nada menos que la propia Reina Virgen. Sin embargo, al ponérsela, se había visto completamente vencido por el peso de la tremenda coraza y del casco de acero, y se había desplomado pesadamente sobre el suelo enlosado, despellejándose a conciencia ambas rodillas, y magullándose los nudillos de la mano derecha.

Después de esto estuvo muy enfermo durante unos días y apenas se movió de su habitación, excepto para mantener la mancha de sangre en buen estado. Sin embargo, cuidándose al máximo, logró reponerse, y se propuso llevar a cabo una tercera intentona para asustar al ministro americano y su familia. Eligió el viernes 17 de agosto para su aparición y se pasó la mayor parte del día rebuscando en su vestuario, decidiéndose al final por un sombrero grande de ala ancha, con una pluma roja, un sudario fruncido en el cuello y los puños, y una daga enmohecida. Hacia el atardecer, se desencadenó una violenta tormenta con viento tan fuerte, que todas las puertas y ventanas de la casa temblaban y rechinaban. Era exactamente la clase de tiempo que le gustaba. Su plan de acción era el siguiente: Iría silenciosamente a la habitación de Washington Otis, le farfullaría algo desde el pie de la cama y se daría tres puñaladas en el cuello al ritmo de una música lenta. Le tenía especial manía a Washington, ya que sabía perfectamente que tenía la costumbre de borrar la famosa mancha de sangre de los Canterville, con el «Superdetergente de Pinkerton». Tras reducir al temerario y atolondrado joven a un estado de abyecto terror, proseguiría hasta la habitación ocupada por el ministro y su esposa; y una vez allí, colocaría una viscosa mano sobre la frente de la señora mientras susurraba en la oreja de su tembloroso marido los horribles secretos del osario. En cuanto a la pequeña Virginia, no acababa de decidirse. Nunca le había faltado al respeto, y era bonita y amable. Pensó que sería más que suficiente con algunos gemidos ahogados desde el fondo del armario o, si eso no la despertaba, podría darle unos tirones a la colcha de su cama con los agarrotados dedos de un paralítico. En lo que respecta a los gemelos, estaba dispuesto a darles una buena lección. Lo primero que haría, desde luego, sería sentarse sobre su pecho, para producirles la sensación asfixiante de una pesadilla. Luego, como sus camas estaban próximas entre sí, se pondría de pie en medio de ellas, bajo la forma de un cadáver verde y helado, hasta paralizarlos de terror, y al fin se despojaría de la mortaja, arrastrándose por el cuarto con sus blancos huesos descoloridos y un ojo dando vueltas en su órbita, disfrazado de «Daniel el mudo o el Esqueleto del suicida», papel que había interpretado en más de una ocasión, produciendo un gran efecto, y que consideraba casi equiparable a su famoso «Martín el maníaco, o el Misterio enmascarado».

A las diez y media oyó a la familia subir a acostarse. Durante algún tiempo le sacaron de quicio las risotadas de los gemelos, que naturalmente se divertían con inocente alegría de colegiales antes de ir a la cama; pero a las once y cuarto todo estaba en silencio, y al dar la medianoche, se puso en camino. El búho golpeaba los cristales de una ventana, el cuervo graznaba desde el viejo tejo, y el viento aullaba triste alrededor de la casa, como un alma en pena; pero la familia Otis dormía, ajena a su destino; y por encima de la lluvia y la tormenta podían

oírse los ronquidos rítmicos del ministro americano. El fantasma salió sigilosamente de un panel de madera, con una sonrisa diabólica en su cruel y arrugada boca, la luna escondió su rostro en una nube, mientras éste cruzaba sigilosamente por delante del gran ventanal del mirador, donde su propio escudo, y el de su asesinada esposa, se hallaban blasonados en oro y azur. Continuó arrastrándose silenciosamente, como una sombra maligna, y hasta la misma oscuridad parecía aborrecer su paso. Por un momento le pareció oír que le llamaban y se detuvo; pero sólo era el aullido de un perro de la Granja Roja, y prosiguió mascullando extraños juramentos del siglo XVI y, de cuando en cuando, blandiendo su enmohecida daga en el aire de la noche. Por fin, llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del pobre Washington. Se detuvo allí un instante, mientras el viento agitaba los largos mechones grises que ceñían su cabeza y disponía en absurdos y fantásticos pliegues el espantoso sudario que llevaba puesto. Entonces el reloj dio las doce y cuarto, y creyó llegado el momento. Se rió para sus adentros, y dobló la esquina. Apenas lo hubo hecho, se desplomó hacia atrás, con un lastimero chillido de terror, al tiempo que escondía su lívida faz en sus largas manos huesudas. Justo ante él se erguía un horroroso espectro, inmóvil como una estatua esculpida, y tan monstruoso como la pesadilla de un demente. Su cabeza era calva y brillante; su cara redonda, gorda y blanca; y una sonrisa perversa parecía haber deformado sus facciones con una mueca eterna. De sus ojos salían unos haces de luz escarlata, la boca era un ancho pozo de fuego, y una macabra vestimenta, semejante a la suya, envolvía en albo silencio su forma de Titán. Había en su pecho un cartel, con una inscripción extraña, escrita en caracteres muy antiguos; parecía un pergamino testigo de algo vergonzoso, un registro de pecados salvajes, o tal vez un calendario de crímenes repugnantes; y en su mano derecha empuñaba en alto una cimitarra de brillante acero.

Como nunca había visto un fantasma, es natural que se pegara un susto de miedo, y tras una segunda y rápida mirada al espantoso espectro, salió volando hacia su habitación, pisándose el largo sudario, mientras huía velozmente por el pasillo; y acabó perdiendo la daga enmohecida dentro de las botas altas del ministro, donde la encontró el mayordomo a la mañana siguiente. Ya en el silencio de su propia habitación se arrojó encima del jergón y escondió su cara debajo de las sábanas. Al cabo de un rato, sin embargo, recobró la valentía del antiguo espíritu de los Canterville, y se propuso ir a hablar con el otro fantasma en cuanto amaneciera. Así pues, cuando la aurora teñía de plata las colinas, volvió hacia el lugar donde había visto por primera vez la temible aparición, pensando que, al fin y al cabo, dos fantasmas eran mejor que uno, y que, con la ayuda de su nuevo amigo, podría enfrentarse con mayor seguridad a los gemelos. Al llegar al lugar, contempló una escalofriante escena. Era evidente que algo le había sucedido al

espectro, pues la luz había desaparecido de sus cuencas vacías, la brillante cimitarra se le había caído de la mano, y estaba apoyado contra la pared en una actitud incómoda y forzada. Se abalanzó hacia él para sujetarlo, pero cuál no sería su espanto cuando la cabeza se le cayó y fue a rodar por el suelo, el cuerpo adoptó una posición yacente, y se vio abrazando una cortina del dosel de la cama de fustán^[14] blanco, mientras que a sus pies había una escoba, un cuchillo de cocina y ¡un nabo ahuecado! Incapaz de comprender esta curiosa transformación, agarró la inscripción con febril rapidez, y allí, a la grisácea luz de la mañana, leyó estas alarmantes palabras:

EL FANTASMA OTIS,

EL UNICO ESPECTRO GENUINO Y AUTENTICO.

DESCONFIE DE LAS IMITACIONES.

TODOS LOS DEMAS SON FALSIFICACIONES.

Lo comprendió todo al instante. Había sido engañado, burlado y vencido. La vieja mirada de los Canterville brilló en sus ojos, hizo rechinar sus desdentadas encías y, elevando sus marchitas manos por encima de su cabeza, juró, según la pintoresca fraseología de la vieja escuela, que, cuando el gallo hubiese tocado por dos veces su alegre trompeta, se desencadenarían sangrientos hechos, y el crimen andaría suelto con pasos sigilosos.

Apenas había concluido este macabro juramento, cuando en el tejado de rojas tejas de una lejana casa se oyó el canto de un gallo. Lanzó una carcajada larga, profunda y amarga, y esperó. Esperó hora tras hora, pero el gallo, por algún extraño motivo, no volvió a cantar. Por fin, a las siete y media, la llegada de las doncellas le hizo desistir de su temible vigilia, y se encaminó hacia su cuarto, meditando sobre sus vanas esperanzas y frustrados propósitos. Allí consultó varios libros antiguos de caballería, a los que era aficionadísimo, y encontró que, cada vez que se había recurrido a ese juramento, el gallo había cantado dos veces.

—¡Caiga la maldición sobre este malvado volátil! —murmuró—. ¡He visto el día en el que, con mi fiel espada, le hubiera atravesado el gazonete, y le hubiera obligado a cantar para mí aunque estuviera muerto!

Entonces se retiró a un cómodo ataúd de plomo, y allí se quedó hasta la noche.

Al día siguiente el fantasma estaba muy débil y cansado. La terrible excitación de las últimas cuatro semanas empezaba a surtir efecto. Tenía los nervios completamente destrozados y se sobresaltaba al menor ruido. Durante cinco días no salió de su habitación y, finalmente, cedió en lo tocante a la mancha de sangre del suelo de la biblioteca. Si la familia Otis no la quería, estaba claro que no se la merecían. Saltaba a la vista que eran gentes situadas en un nivel inferior y materialista de la vida, y completamente incapaces de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensoriales. Claro que la cuestión de las apariciones fantasmagóricas y el desarrollo de los cuerpos astrales era cosa muy distinta y realmente fuera de su control. Tenía el solemne deber de aparecer en el pasillo una vez por semana, y de farfullar algo desde el ventanal del mirador el primer y tercer miércoles de cada mes; y no encontraba una forma honorable de eludir estas obligaciones. Ciertamente es que había llevado una vida muy malvada, pero en lo referente a lo sobrenatural era extremadamente responsable. Por tanto, los tres sábados siguientes atravesó el pasillo, como de costumbre, entre la medianoche y las tres de la madrugada, tomando todo tipo de precauciones para no ser visto ni oído. Se quitaba las botas, andaba de puntillas cuidadosamente sobre el entarimado apolillado, llevaba una capa grande de terciopelo negro, y tenía la precaución de engrasar las cadenas con el «Lubricante Sol Naciente». Tengo que reconocer que tuvo que hacer un gran esfuerzo para decidirse a adoptar este último recurso de protección. Sin embargo, una noche, mientras cenaba la familia, se coló en el dormitorio del señor Otis y se llevó el frasco. Al principio se sintió humillado, pero después tuvo el suficiente sentido común para reconocer lo práctico que era el invento y que, en cierto modo, le ayudaba en sus propósitos. Pero, a pesar de todo, no lo dejaban tranquilo. Continuamente tropezaba en la oscuridad con cordeles tendidos a través del pasillo y, en cierta ocasión, en que iba disfrazado de «Isaac el negro o el Cazador del bosque de Hogley» sufrió una gran caída al resbalar en la pista de patinaje que los gemelos habían hecho con mantequilla desde la entrada de la Cámara de los Tapices hasta lo alto de la escalinata de roble. Este último insulto le enfureció tanto, que resolvió rehabilitar su dignidad; y tomó la determinación de visitar a la noche siguiente a los insolentes jóvenes alumnos de Eton, disfrazado de «Ruperto el temerario o el Conde sin cabeza», una de sus más célebres caracterizaciones.

No se había disfrazado así desde hacía más de setenta años; o sea, desde que había asustado de tal forma a la bonita lady Barbara Modish, que rompió de repente su noviazgo con el abuelo del actual lord Canterville y se fugó con el apuesto Jack Castleton a Gretna Green^[15] tras declarar que por nada del mundo

consentiría en convertirse en miembro de una familia que permitía que un fantasma tan horroroso se paseara de arriba abajo por la terraza al atardecer. Al pobre de Jack lo mató posteriormente en duelo lord Canterville, en Wandsworth Common^[16]; y lady Barbara falleció antes de finalizar el año en Turnbridge Wells^[17], con el corazón destrozado por el dolor; así que, de todas todas, había sido un gran éxito. Se trataba, sin embargo, de una caracterización con grandes dificultades de maquillaje, si se me permite emplear esta expresión teatral para referirme a uno de los grandes misterios de lo sobrenatural, o, empleando un término más científico, del mundo supranatural, y le llevó nada menos que tres horas el acicalarse. Al fin todo estuvo listo y quedó muy satisfecho de su aspecto. Las grandes botas de montar de cuero que formaban parte del atuendo le quedaban un poco grandes, y además sólo pudo encontrar uno de los dos pistolones; pero en conjunto estaba bastante satisfecho; así que, a la una y cuarto, se coló por el panel de madera de la pared y se deslizó sigilosamente por el pasillo. Al llegar a la habitación de los gemelos, que debo decir que se llamaba la «Cámara del tálamo azul», por el color de sus colgaduras, encontró la puerta entreabierta. Como deseaba hacer una entrada impresionante, la abrió de par en par, cayéndole encima un pesado jarro de agua que lo caló hasta los huesos y que por un pelo no le dio en el hombro izquierdo. A todo esto se oían risas ahogadas, que procedían de la cama de dosel. La sacudida a su sistema nervioso fue tal, que huyó a su cuarto con toda la rapidez que sus fuerzas le permitían; y al día siguiente estuvo postrado en cama con un fuerte resfriado. El único consuelo que le quedaba en todo este asunto es que no se había llevado la cabeza, pues, de haberlo hecho, las consecuencias podrían haber sido muy graves.

Entonces perdió toda esperanza de asustar a la maleducada familia norteamericana; y se contentaba, normalmente, con deslizarse en zapatillas de orillo por los pasillos, con una gruesa bufanda roja alrededor del cuello, por temor a las corrientes, y con un pequeño arcabuz, por si lo atacaban los gemelos. El día diecinueve de septiembre recibió el golpe final. Había bajado al recibidor principal, con la seguridad de que al menos allí no le molestarían, y se entretenía, haciendo comentarios satíricos sobre las grandes fotografías que Saroni había hecho al ministro de los Estados Unidos y su mujer y que ahora sustituían a los retratos de familia de los Canterville. Iba sencilla pero pulcramente vestido con una larga mortaja moteada de moho sepulcral, se había atado la mandíbula con una tira de lienzo amarillo, y llevaba un farolillo y una pala de sepulturero. La verdad es que iba vestido de «Jonás el Sin Tumba, o el Ladrón de Cadáveres del Granero de Chertsey», uno de sus más notorios disfraces; y uno que los Canterville recordaban muy especialmente, ya que fue causa de la disputa con su vecino, lord Rufford. Eran cerca de las dos y cuarto de la madrugada y, al parecer, todos dormían. Sin

embargo, cuando se dirigía hacia la biblioteca para ver si quedaban restos de la mancha de sangre, se le echaron encima repentinamente, desde un oscuro rincón, dos figuras que agitaban los brazos como locos por encima de sus cabezas, y le gritaron «¡Uuuh!» al oído.

Atenazado por el pánico, que, dadas las circunstancias, era perfectamente comprensible, se precipitó hacia la escalera, donde se topó con Washington Otis, que le esperaba con una gran jeringa de las empleadas en jardinería; y encontrándose cercado por sus enemigos por todos lados, y prácticamente acorralado, se esfumó por la gran estufa de hierro que, afortunadamente, no estaba encendida; y se vio obligado a volver a su cuarto por humeros y chimeneas, llegando a su habitación en un terrible estado de ánimo, de desesperación y de suciedad.

A partir de esto, no se le volvió a ver en ninguna expedición nocturna. Los gemelos estuvieron al acecho inútilmente en varias ocasiones, sembrando los pasillos de cáscaras de nueces todas las noches, con gran fastidio por parte de sus padres y de los criados. Saltaba a la vista que estaba tan ofendido, que no volvería a aparecer. Así que el señor Otis reanudó su gran obra sobre la historia del partido demócrata, en la que llevaba trabajando varios años; la señora Otis organizó una magnífica reunión para cocer almejas al aire libre, que causó sensación en todo el condado; los chicos se dedicaron a jugar al lacrosse^[18], al euchre^[19], al póquer y a otros juegos nacionales americanos; y Virginia cabalgaba por los senderos en su *pony*, acompañada del joven duque de Cheshire, que había venido a pasar la última semana de sus vacaciones en la mansión de Canterville. Ya se daba por hecho que el fantasma se había marchado e incluso el señor Otis escribió una carta a lord Canterville contándoselo, el cual le contestó expresando su gran alegría ante esta noticia y felicitando cordialmente a la respetada esposa del ministro.

Sin embargo, los Otis estaban equivocados, pues el fantasma seguía en casa y, aunque por aquel entonces se hallaba prácticamente imposibilitado, no estaba dispuesto a dejar las cosas así, y menos al enterarse de que entre los invitados se encontraba el joven duque de Cheshire, cuyo tío abuelo, lord Francis Stilton, había apostado en cierta ocasión cien guineas al coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville. A la mañana siguiente lo encontraron tendido en el suelo del salón de juegos, en un estado de parálisis tan agudo que, aunque llegó a alcanzar una edad muy avanzada, nunca volvió a decir ninguna palabra que no fuera «seis doble». La historia fue famosa en aquella época, aunque, naturalmente, por respeto a los sentimientos de las dos nobles familias, se intentó acallar a toda costa; un relato detallado de todos los hechos se puede hallar en el

tercer volumen de las *Memorias del Príncipe Regente y sus Amigos*, escrito por lord Tattle. Así que el fantasma, como es lógico, estaba deseando demostrar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que además le unía un lejano parentesco, por haberse casado con su propia prima carnal en *secondes nocces*^[20] con el señor de Bulkeley, del cual, como todo el mundo sabe, descienden directamente los duques de Cheshire. Por consiguiente, hizo los preparativos necesarios para aparecérselo al pequeño enamorado de Virginia en su célebre caracterización de «El Monje vampiro o el Benedictino desangrado», una representación tan horripilante que, cuando la presenció la anciana lady Startup una funesta nochevieja de mil setecientos sesenta y cuatro, fue presa de un ataque de espeluznantes chillidos, que culminaron en una violenta apoplejía, falleciendo a los tres días, no sin antes desheredar a los Canterville, sus más cercanos parientes, testando en favor de su boticario londinense. Pero a última hora, sin embargo, su terror a los gemelos impidió al fantasma abandonar su habitación; y el pequeño duque durmió en paz bajo el gran dosel emplumado del «Dormitorio Real» soñando con Virginia.

Unos días después Virginia y su caballerito de pelo ensortijado estuvieron cabalgando por los prados de Brockley, y ella se desgarró de tal modo el traje al atravesar un seto que, al volver a casa, prefirió subir por la escalera de servicio para que no la vieran. Cuando pasaba corriendo por delante de la Cámara de los Tapices, cuya puerta estaba casualmente abierta, le pareció ver a alguien dentro. Pensando que era la doncella de su madre, que a veces se llevaba la labor allí, entró a pedirle que le cosiera el traje. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que se trataba del mismísimo fantasma de Canterville! Estaba sentado al lado de la ventana, contemplando cómo revoloteaba por el aire el oro viejo de los árboles amarillos y cómo bailaban locamente las hojas rojizas por la gran avenida. Tenía la cabeza apoyada en su mano y un aspecto de lo más deprimido. Tan desesperado y acabado parecía, que la pequeña Virginia, que al principio pensó huir y encerrarse en su cuarto, se llenó de compasión y decidió tratar de consolarle. Tan ligeros eran sus pasos y tan profunda la melancolía de él, que no se percató de su presencia hasta que ella le habló.

—Estoy muy afligida por usted —le dijo—. Mis hermanos vuelven mañana a Eton y, si usted se porta bien, nadie le molestará.

—Es absurdo pedirme que me porte bien —contestó él, mirando extrañado a la linda niña que se había atrevido a interpellarle—, muy absurdo. Necesito agitar mis cadenas, gemir a través de las cerraduras, y pasearme por la noche, si a eso se refiere. Es la única razón de mi existencia.

—Esa no es ninguna razón para existir, y bien sabe usted lo malvado que ha sido. Ya nos contó la señora Umney, el primer día que llegamos, que usted había asesinado a su esposa.

—Bueno, pues lo reconozco —dijo el fantasma con petulancia—, pero fue un simple asunto de familia y a nadie le debe importar.

—Está muy mal eso de matar a alguien —dijo Virginia, que a veces tenía una dulce severidad de puritana, heredada de algún antepasado de Nueva Inglaterra.

—¡Cómo detesto la barata rigidez de la ética abstracta! Mi mujer no tenía ningún atractivo, nunca me almidonó correctamente las gorgueras, y no tenía ni idea de cocinar. Fíjese que una vez cacé un ciervo en el bosque de Hogley, un ejemplar magnífico, y ¿cómo dirá usted que lo mandó servir en la mesa? Bueno, ya

no importa, todo se acabó, pero no creo que fuera muy amable de parte de sus hermanos el hacerme morir de hambre, aunque la hubiera matado.

—¿Hacerle morir de hambre? ¡Oh, señor fantasma!, quiero decir, sir Simon, ¿tiene usted hambre? Llevo un emparedado en el bolso. ¿Lo quiere?

—No, muchas gracias, ya no como nada. Pero es muy amable de su parte, y es usted mucho más agradable que el resto de su horrible, maleducada, vulgar y tramposa familia.

—¡Alto ahí! —exclamó Virginia golpeando fuertemente el suelo con su pie—. Usted sí que es horrible y maleducado y vulgar; y en cuanto a la honradez, ¿a ver quién fue el que robó las pinturas de mi estuche para intentar simular esa ridícula mancha de sangre de la biblioteca? Primero me quitó toda la gama de rojos, incluido el bermellón, y ya no pude pintar más puestas de sol; luego cogió el verde esmeralda y el amarillo cromo y, finalmente, sólo me dejó el añil y el blanco de China, con lo que me quedé reducida a pintar escenas a la luz de la luna, que resultan de lo más deprimentes y bastante difíciles de conseguir. Aunque me molestó mucho y me pareció de lo más ridículo, pues ¿quién ha visto sangre color verde esmeralda?, jamás le fui a nadie con el cuento.

—Bueno, en realidad —dijo el fantasma bastante achantado—, ¿qué iba a hacer? Hoy por hoy es bastante complicado conseguir sangre auténtica y, como fue su hermano el que lo empezó todo con el «Superdetergente» ese suyo, no vi ninguna razón que me impidiese coger sus pinturas. Y ya sabe que para gustos se hicieron colores. Los Canterville tienen sangre azul, por ejemplo, la más azul de Inglaterra, pero me consta que a los norteamericanos no les importa este tipo de cosas.

—¡Qué sabrá usted de eso! Lo mejor que puede hacer es emigrar para enriquecer sus conocimientos. Mi padre estará más que contento de pagarle el pasaje, y aunque existe un fuerte impuesto sobre bebidas alcohólicas^[21] de toda índole, no habrá problemas con la aduana, ya que todos los funcionarios son del partido demócrata. Una vez en Nueva York, tiene usted el éxito asegurado. Conozco mucha gente allí que daría cien mil dólares por tener un abuelo, y mucho más por tener un fantasma en la familia.

—No creo que me gustara América.

—Me imagino que será porque no tenemos ruinas ni curiosidades —dijo

Virginia con sarcasmo.

—¡Ni ruinas ni curiosidades! —contestó el fantasma—. ¡Para eso ya tienen ustedes su marina y sus modales!

—Buenas noches, voy a pedirle a papá que consiga otra semana de vacaciones para los gemelos.

—¡Por favor, no se vaya, señorita Virginia! —exclamó—. Estoy tan solo y soy tan desgraciado, que realmente no sé qué hacer. Quisiera dormir, y ni eso puedo.

—Eso es absurdo. No tiene más que irse a la cama y apagar la vela. Lo difícil es quedarse despierto, sobre todo en la iglesia, pero dormirse es facilísimo. Fíjese que hasta los bebés saben hacerlo, y no son demasiado listos.

—No he dormido desde hace trescientos años —dijo con tristeza, y los lindos ojos azules de Virginia se abrieron asombrados—. Desde hace trescientos años no he dormido y estoy muy cansado.

Virginia se puso seria, y sus pequeños labios temblaron como pétalos de rosa. Fue hacia él y, arrodillándose a su lado, contempló su cara marchitada.

—Pobrecito fantasma —murmuró—, ¿no tiene usted ningún lugar donde poder dormir?

—Muy lejos, más allá del pinar —contestó con una voz baja y soñadora—, hay un jardincillo. Allí crece la hierba alta y muy tupida, está lleno de estrellas grandes y blancas de la flor de la cicuta y canta el ruiseñor durante toda la noche. Durante toda la noche canta y la fría luna de cristal lo contempla y los tejos verdes extienden sus gigantescos brazos sobre los que duermen.

Los ojos de Virginia se arrasaron de lágrimas, se tapó la cara con las manos.

—Se refiere usted al «Jardín de la Muerte» —susurró.

—Sí, la muerte. ¡Qué hermosa debe de ser la muerte! Yacer sobre la tierra blanda y parda, con la hierba ondulando sobre la cabeza, escuchando el silencio. No tener ni ayer ni mañana. Olvidar el tiempo, perdonar lo vivido, quedar en paz. Usted puede ayudarme. Usted me puede abrir la puerta de la casa de la Muerte, porque el Amor está en usted, y el Amor es más fuerte que la Muerte^[22].

Virginia temblaba y un escalofrío recorrió su cuerpo; durante unos instantes hubo silencio. Se sentía como en una terrible pesadilla.

Entonces volvió a hablar el fantasma y su voz parecía el suspirar del viento.

—¿Ha leído usted la vieja profecía inscrita en el ventanal de la biblioteca?

—¡Ah, sí!, a menudo —exclamó la niña mirándole—, me la sé muy bien. Está pintada en extrañas letras góticas, y es difícil de leer. Sólo hay seis líneas, aunque ignoro su significado.

Cuando una niña de oro

Pueda arrancar una oración de los labios del pecado,

Y cuando el almendro estéril tenga fruto,

Y una pequeña llore sus lágrimas para otro,

Entonces toda la casa quedará en silencio

Y Canterville alcanzará la paz.

—Significa —dijo con tristeza— que ha de llorar lágrimas por mí y por mis pecados, porque yo no tengo lágrimas, y rezar conmigo por mi alma, pues carezco de fe; y entonces, si siempre ha sido dulce y gentil y buena, el Angel de la Muerte se apiadará de mí. Verá usted formas horribles en la oscuridad, y voces malignas susurrarán en su oído, pero no le causarán el menor daño, ya que los poderes del infierno no prevalecerán frente a la pureza de una niña.

Virginia no respondió, y el fantasma se retorció las manos de desesperación, mientras contemplaba la rubia cabeza inclinada. De pronto se puso en pie, muy pálida y, con un extraño brillo en sus ojos, dijo con firmeza.

—No tengo miedo, y le pediré al Angel que se apiade de usted.

El se levantó de su asiento con un suspiro de alivio, le cogió la mano e inclinándose al estilo de otros tiempos se la besó. Sus dedos estaban fríos como el hielo, y sus labios ardían como el fuego, pero Virginia no vaciló cuando cruzó tras él el salón ensombrecido. En el tapiz verde descolorido había bordados unos pequeños cazadores. Soplaban unas trompetas adornadas con borlas y con sus

manitas le decían que se quedara. «¡Quédate, pequeña Virginia, quédate!» —le gritaban—; pero el fantasma estrechó su mano aún más fuerte y ella cerró los ojos para no verlos. Espeluznantes animales con rabos de lagarto y ojos saltones le hacían guiños desde la chimenea tallada, y le susurraban: «¡Ten cuidado, pequeña Virginia, ten cuidado! ¡Puede que nunca te volvamos a ver!» —pero el fantasma se deslizó aún más aprisa y Virginia no les escuchó—. Al llegar al extremo opuesto de la habitación, se detuvo y murmuró unas palabras que ella no logró entender. Abrió los ojos y vio que la pared se desvanecía lentamente como la niebla y ante ella aparecía una gran caverna. Un viento frío y penetrante los envolvió y notó que algo le tiraba del vestido. «¡De prisa! ¡De prisa! —exclamó el fantasma—, ¡o será demasiado tarde!» Y al momento se cerró tras ellos el panel de madera, y la «Cámara de los Tapices» se quedó vacía.

Unos diez minutos más tarde sonó la campanilla para el té. Y como Virginia no bajaba, la señora Otis envió a uno de los sirvientes a buscarla. Al poco volvió diciendo que no encontraba a la señorita Virginia por ninguna parte. Como tenía la costumbre de salir cada tarde al jardín a coger flores para adornar la mesa para la cena, la señora Otis de momento no se alarmó; pero al dar las seis y no aparecer Virginia, se puso intranquila y mandó fuera a los chicos a buscarla, mientras ella y su marido registraban todas las habitaciones de la casa. A las seis y media volvieron los niños diciendo que por ningún sitio había el menor rastro de su hermana. Para entonces estaban todos de lo más soliviantados, sin saber qué hacer, cuando de pronto el señor Otis se acordó de que hacía unos días había dado permiso para acampar en el parque a una tribu de gitanos. Así que se dirigió hacia Blackfall Hollow, donde sabía que estaban, acompañado de su hijo mayor y de dos mozos de la granja. El pequeño duque de Cheshire, que estaba loco de ansiedad, suplicó que le permitieran acompañarlos, a lo que el señor Otis no accedió por temor a que hubiera gresca. Al llegar al lugar, se encontraron con que los gitanos se habían marchado, y evidentemente a toda prisa, como lo atestiguaba el fuego, aún encendido, y algunos platos que habían quedado sobre la hierba. Tras enviar a Washington y a los dos mozos a rastrear toda la zona, regresó precipitadamente a casa, y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, pidiéndole que buscaran a una jovencita que había sido secuestrada por vagabundos o gitanos. Luego mandó que le trajesen el caballo y se fue con un mozo de establo, por la carretera de Ascot^[23] no sin antes insistir en que su mujer y los muchachos se sentasen a cenar. Apenas se había alejado un par de millas cuando oyó que le seguía un caballo a galope. Volviéndose, vio al pequeño duque que venía en su *pony*, con el rostro encendido y sin sombrero.

—Lo siento mucho, señor Otis, pero mientras no aparezca Virginia —dijo jadeando— me es imposible cenar. Le ruego que no se enoje conmigo. Si usted hubiese consentido que nos comprometiésemos el año pasado, nada de esto habría sucedido. No me hará volver, ¿verdad? ¡No puedo hacerlo! ¡No lo haré!

El ministro no pudo menos de sonreír al apuesto granujilla; emocionado por su gran afecto hacia Virginia, se inclinó desde su caballo y, dándole una palmada cariñosa en el hombro, le dijo:

—Está bien, Cecil, si no estás dispuesto a volver, me imagino que tendrás que acompañarme; pero al pasar por Ascot te tengo que comprar un sombrero.

—¡El sombrero me importa un comino! ¡Lo que quiero es a Virginia! — exclamó el pequeño duque riéndose; y se fueron a galope hasta la estación de ferrocarril. Allí el señor Otis preguntó al jefe de estación si había visto en el andén a alguien que respondiera a la descripción de Virginia, pero nadie les dio razón. No obstante, el jefe de estación cablegrafió al resto de las estaciones de la línea, asegurándole al señor Otis que mantendrían una vigilancia extremada. Después de adquirir un sombrero para el pequeño duque en una pañería que estaba a punto de cerrar, galoparon hacia Bexley, un pueblecito que estaba a unas cuatro millas de distancia, donde le habían dicho al señor Otis que existía un conocido lugar de reunión de gitanos, pues había allí al lado un terreno comunal. Despertaron al guarda rural, que no les pudo decir nada; y tras cabalgar por toda la zona, se encaminaron con sus cabalgaduras hacia casa, a dónde llegaron a eso de las once de la noche, acongojados y muertos de cansancio. Encontraron a Washington y a los gemelos en la caseta de entrada, esperándolos con linternas, ya que la avenida estaba muy oscura. Nadie había encontrado el menor rastro de Virginia. Habían localizado a los gitanos en la pradera de Broxley, pero no estaba con ellos; explicaron su súbita partida, alegando que habían confundido las fechas de la Feria de Chorton y habían tenido que apresurarse por temor a llegar tarde. Sentían mucho la desaparición de Virginia y estaban tan agradecidos al señor Otis por haberles permitido acampar en el parque, que cuatro de ellos se quedaron para colaborar en la búsqueda. Se dragó el estanque de las carpas y se registró minuciosamente toda la finca, aunque sin resultado alguno. Era evidente que Virginia no iba a aparecer, al menos aquella noche; y el señor Otis y los muchachos caminaron hacia la casa, en un estado de profunda depresión, seguidos por el mozo de cuadra, con los dos caballos y el *pony*. En el recibidor se encontraron con un grupo de sirvientes asustados y, postrada en un sofá de la biblioteca, estaba la pobre señora Otis, casi fuera de sus cabales por el terror y la ansiedad que sentía, mientras la vieja ama de llaves le refrescaba la frente con agua de colonia. El señor Otis se empeñó en que comiera algo y pidió que trajeran cena para todo el mundo. Fue una melancólica comida, ya que casi nadie abrió la boca para hablar, e incluso los gemelos estuvieron solemnes y consternados, pues querían muchísimo a su hermana. Al terminar, y pese a los ruegos del pequeño duque, el señor Otis mandó a todos a acostarse, diciéndoles que por aquella noche no se podía hacer más; y que por la mañana telegrafiaría a Scotland Yard^[24] para que enviaran inmediatamente algunos detectives. Al tiempo que abandonaban el comedor, empezaron a dar las doce en el reloj de la torre y, con la última campanada, se escuchó un gran estruendo y un agudísimo grito; un espantoso trueno sacudió la casa y una melodía de música ultraterrena flotó por el aire; en lo alto de la escalinata un panel de madera se vino abajo con gran estrépito y en el descansillo, muy pálida y descolorida, apareció Virginia con un cofrecito en la mano. Al instante todos se

abalanzaron sobre ella. La señora Otis la estrechó apasionadamente entre sus brazos y el duque la cubrió de violentos besos, al tiempo que los gemelos ejecutaban una salvaje danza guerrera alrededor del grupo.

—¡Cielo santo!, hija, ¿dónde has estado? —dijo el señor Otis bastante enojado, pensando que había estado gastándoles una broma pesada—. Cecil y yo hemos estado cabalgando por todos los alrededores en busca tuya y tu madre ha sufrido un susto de muerte. ¡No vuelvas a repetir jamás estas bromas!

—¡Al fantasma sí, al fantasma sí! —chillaron los gemelos haciendo cabriolas a su alrededor.

—¡Mi queridísima niña, gracias a Dios que apareciste; nunca más te separarás de mí! —murmuró la señora Otis, besando a la temblorosa criatura y alisando el enmarañado oro de sus cabellos.

—Papá —dijo Virginia con voz apenas perceptible—, he estado con el fantasma. Se ha muerto y tienes que venir a verle. Fue un malvado, pero se arrepintió sinceramente de lo que había hecho y me regaló esta cajita de preciosas joyas antes de expirar.

Toda la familia la miró asombrada sin poder hablar, pero ella estaba muy seria y solemne; y, girando sobre sus talones, los condujo a través de la apertura del panel por un pasadizo secreto; Washington los seguía con una vela encendida que había cogido de encima de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble tachonada de clavos oxidados. Al tocarla Virginia, se abrió girando sobre sus pesados goznes, y se encontraron en un cuartito de techo bajo abovedado. Había una ventana pequeñita enrejada. Empotrada en la pared, había una gruesa argolla de hierro, y encadenado a ella estaba un esqueleto consumido que se hallaba tendido todo a lo largo del suelo y que parecía querer agarrar con sus largos y descarnados dedos un viejo cuenco de comida y un jarro, situados justo fuera de su alcance. El jarro, evidentemente, había estado en alguna ocasión lleno de agua, pues estaba recubierto por dentro de un moho verduzco. Sobre el cuenco no había más que un montón de polvo. Virginia se arrodilló junto al esqueleto y, juntando sus manitas, comenzó a orar en silencio, mientras los demás contemplaban sobrecogidos la horrible tragedia, cuyo secreto les era ahora revelado.

—¡Caramba! —exclamó de repente uno de los gemelos que había estado mirando por la ventana para ver si averiguaba en qué ala de la casa estaba situado el cuarto—. ¡Caramba! El viejo almendro seco ha florecido. Puedo ver las flores

claramente a la luz de la luna.

—Dios le ha perdonado —dijo Virginia solemnemente poniéndose de pie; y una hermosa luminosidad pareció inundar su rostro.

—¡Eres un ángel! —exclamó el joven duque abrazándola y besándola.

Cuatro días después de estos curiosos incidentes un fúnebre cortejo partía de la mansión de Canterville alrededor de las once de la noche. El féretro iba arrastrado por ocho caballos negros, cada uno con un gran penacho de bamboleantes plumas de avestruz en la cabeza; el pesado ataúd de plomo estaba recubierto con un paño mortuorio morado, sobre el que se veía bordado en oro el escudo de los Canterville. Al lado del carruaje fúnebre y los coches iban los sirvientes, caminando con antorchas encendidas, y toda la procesión era maravillosamente impresionante. Lord Canterville presidía el duelo, y vino de Gales^[25] expresamente para asistir al funeral; iba sentado en el primer coche junto a la pequeña Virginia. Detrás iba el matrimonio Otis; a continuación, Washington y los tres muchachos, y en el último coche iba la señora Umney. Todos opinaron que, puesto que el fantasma la había estado asustando durante más de cincuenta años, tenía perfecto derecho a acompañar el duelo. Habían cavado una fosa profunda en una esquina del camposanto, justo debajo del viejo tejo; y el reverendo Augustus Dampier ofició con toda solemnidad.

Finalizada la ceremonia, los sirvientes apagaron sus antorchas, según una antigua costumbre de la familia Canterville; y cuando bajaban el ataúd a la tumba, Virginia se adelantó y depositó sobre él una gran cruz hecha con las flores blancas y rosas del almendro. En ese momento salió la luna de detrás de una nube e inundó de silenciosa plata el pequeño cementerio, y en un soto lejano comenzó a cantar un ruiseñor. Virginia recordó la descripción que el fantasma había hecho del Jardín de la Muerte, y sus ojos se inundaron de lágrimas, y apenas dijo una palabra en el viaje de vuelta.

A la mañana siguiente, antes de que lord Canterville se marchara a la ciudad, el señor Otis se entrevistó con él para tratar el tema de las joyas que el fantasma había regalado a Virginia. Eran indudablemente magníficas, sobre todo un collar de rubíes de antigua montura veneciana, que era un soberbio ejemplar de la artesanía del siglo dieciséis, y de tan elevado valor que el señor Otis sentía grandes escrúpulos en permitir que su hija lo aceptara.

—Milord —dijo—, tengo conocimiento de que en este país la transmisión de herencias se aplica tanto a los objetos como a las tierras, y está claro que estas joyas son, o debieran ser, herencia de familia. Así pues, es mi obligación rogarle que las lleve a Londres con usted y las considere, sin más, como parte de su propiedad, que le ha sido devuelta bajo extrañas circunstancias. En lo que respecta a mi hija, es casi una niña y por ahora, y me alegra el poder decirlo, demuestra escaso interés

por tales pertenencias de improductivo lujo. Además, la señora Otis, que es una autoridad indiscutible en materias de arte, por haber tenido el privilegio de pasar varios inviernos en Boston^[26] cuando era niña, me ha informado sobre el gran valor monetario de estas joyas, que alcanzarían un alto precio en el mercado si se pusieran en venta. Dadas estas circunstancias, lord Canterville, estoy seguro de que usted comprenderá lo imposible que sería permitir que permanezcan en poder de cualquier miembro de mi familia. Es más, aunque tales juguetes y adornos varios sean adecuados o necesarios para la dignidad de la aristocracia británica, estarían completamente fuera de lugar entre aquellas personas que han sido educadas en los severos, y creo que inmortales, principios de la sencillez republicana. Quizá debiera mencionar que Virginia desea de corazón que usted le permita quedarse con el cofre, como recuerdo de su desgraciado, aunque extraviado antepasado. Como es tan antiguo y, por tanto, está bastante deteriorado, quizá pueda usted complacerla en esto. Por mi parte, he de confesar mi gran sorpresa al ver que mi hija demuestra interés por algo medieval, y sólo puedo achacarlo al hecho de que Virginia naciera en las afueras de Londres, poco tiempo después de que su madre volviera de un viaje a Atenas.

Lord Canterville escuchó muy atento el discurso del respetable ministro, atusándose el bigote de cuando en cuando, a fin de ocultar una involuntaria sonrisa. Cuando el señor Otis terminó, le dio un fuerte apretón de manos y le dijo:

—Mi querido señor, su encantadora hija ha prestado un servicio muy importante a mi desgraciado antepasado sir Simon, y tanto yo como mi familia estamos en deuda con ella por su maravilloso valor y coraje. Las joyas son a todas luces tuyas, y, ¡santo cielo!, creo que, si fuese lo suficiente despiadado como para arrebatarlas, el endiablado anciano no tardaría ni quince días en salir de su tumba para hacerme la vida imposible. En cuanto a que sean parte de la herencia, nada lo es si no ha sido mencionado como tal en un testamento o en un documento legal; la existencia de estas joyas era desconocida. Le aseguro que tengo tanto derecho a ellas como su mayordomo; y me atrevo a pensar que, cuando la señorita Virginia sea mayor, le agradecerá tener algunas cosas bonitas que ponerse. Además, parece que se olvida, señor Otis, que usted aceptó en el contrato tanto los muebles como el fantasma, y todo lo que le pertenecía al fantasma pasó al instante a ser de su propiedad, ya que, cualesquiera que fuesen las actividades nocturnas de sir Simon por los pasillos, a los ojos de la ley estaba realmente muerto, y usted adquirió sus bienes por legítima compra.

El señor Otis se sintió bastante desazonado ante la negativa de lord Canterville, rogándole que reconsiderara su posición; pero el bondadoso par se

mantuvo firme y terminó por convencer al ministro de que permitiera a su hija guardar el regalo que le había hecho el fantasma; y cuando un día, en la primavera de mil ochocientos noventa, la joven duquesa de Cheshire fue presentada por primera vez en la Corte, con motivo de sus nupcias, fueron sus joyas motivo general de admiración. Pues Virginia recibió su título de baronesa, que es el premio que reciben todas las americanitas buenas, cuando se casó con su eterno enamorado al llegar él a la mayoría de edad.

Eran los dos tan encantadores y se querían tanto, que a todo el mundo encantó la boda, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que había intentado pescar al duque para una de sus siete hijas casaderas, y que había ofrecido, nada menos, que tres costosas cenas con ese fin. Aunque parezca raro, tampoco le gustó al señor Otis. Personalmente le caía muy bien el joven duque, pero por principio se oponía a los títulos y, según sus propias palabras, temía que, «bajo la debilitadora influencia de una aristocracia amante de los placeres, bien pudieran olvidarse los auténticos principios de la sencillez republicana». Sin embargo, se pudieron superar completamente sus objeciones; y creo que, cuando caminaba por el pasillo central de la iglesia de San Jorge, en la plaza de Hannover, llevando del brazo a su hija, no había en toda Inglaterra hombre más orgulloso que él.

Terminada su luna de miel, los duques se fueron a la mansión de Canterville, y al día siguiente de su llegada dieron un paseo, después de comer, hasta el solitario cementerio junto al pinar. Se había discutido mucho al principio la inscripción que había de ponerse en la tumba de sir Simon, pero al fin se había decidido grabar, sencillamente, las iniciales del nombre del anciano gentilhomme y los versos del ventanal de la biblioteca. La duquesa había traído unas rosas preciosas que esparció sobre la tumba; allí se quedaron un rato y luego se dieron una vuelta por el interior del presbiterio en ruinas de la vieja abadía. Allí la duquesa se sentó sobre un pilar caído mientras su esposo, echado a sus pies, fumaba un cigarrillo y contemplaba los hermosos ojos de su mujer. De pronto, tiró el cigarrillo, le cogió la mano y le dijo:

—Virginia, una esposa no debe tener secretos para su marido.

—¡Querido Cecil! ¡Si no tengo secretos para ti!

—¡Sí que tienes! —contestó él sonriendo—. Nunca me has contado lo que te pasó cuando estuviste encerrada con el fantasma.

—Nunca se lo he contado a nadie, Cecil —dijo Virginia muy seria.

—Ya lo sé, pero podrías contármelo a mí.

—Por favor, no me lo preguntes, Cecil, no te lo puedo decir. ¡Pobre sir Simon! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, es verdad. Me hizo ver lo que es la vida y lo que significaba la muerte, y por qué el amor es más fuerte que ambos.

El duque se levantó y besó con cariño a su esposa.

—Puedes conservar tu secreto siempre que yo conserve tu corazón —
murmuró.

—Siempre ha sido tuyo, Cecil.

—¿Y se lo contarás algún día a nuestros hijos, verdad? Virginia se ruborizó.

El crimen de lord Arthur Savile

Un estudio sobre el deber

1

Era la última recepción que daba lady Windermere antes de Pascua y los salones de Bentick House estaban aún más concurridos que de costumbre. Seis ministros del Gabinete, llenos de bandas y condecoraciones, habían venido directamente de la recepción del Speaker^[27] todas las bellezas lucían sus más elegantes modelos, y al final de la galería de retratos se hallaba la princesa Sofía de Carlsruhe, corpulenta dama de aspecto tártaro, con ojillos negros y deslumbrantes esmeraldas, chapurreando francés en voz muy alta, y riéndose sin ton ni son de cualquier cosa que le dijeran. Verdaderamente había una asombrosa mezcla de gente. Deslumbrantes damas de la aristocracia charlaban afablemente con vehementes radicales; predicadores populares se codeaban con eminentes escépticos, y un auténtico enjambre de obispos seguía a una robusta *prima donna*^[28] de habitación en habitación. De pie en la escalinata había varios académicos disfrazados de artistas y se aseguraba que hubo un momento en el que el comedor estaba completamente atiborrado de genios. Fue en verdad una de las mejores veladas de lady Windermere y la princesa se quedó hasta cerca de las once y media.

En cuanto se fue, lady Windermere regresó a la galería de retratos, donde un célebre economista político explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un indignado virtuoso húngaro, y se puso a charlar con la duquesa de Paisley. Lady Windermere era una extraordinaria belleza, de hermoso cuello de marfil, grandes ojos color azul miosotis^[29] y espesos bucles dorados. Su cabello era de *or pur*^[30], y no de ese color pajizo pálido que hoy día usurpa el digno nombre del oro, de ese oro que tejen los rayos del sol o se esconde en algún raro trozo de ámbar. Enmarcaban su rostro con cierto halo de santidad sin perder la fascinación de una pecadora. Era un curioso ejemplar de estudio psicológico. Desde muy joven descubrió la importante verdad de que nada se asemeja tanto a la inocencia como la indiscreción; y a través de una serie de atolondradas escapadas, la mitad de ellas bastante inocentes, adquirió todos los privilegios de ser una personalidad. Había cambiado de marido más de una vez; en efecto Debrett^[31] le adjudica tres matrimonios, pero, como jamás cambio de amante, hacía mucho tiempo que la gente había dejado de chismorrear de ella. En la actualidad, con cuarenta años y sin hijos, tenía esa desordenada pasión por el placer que constituye el secreto de la eterna juventud.

De repente miró ansiosamente a su alrededor y dijo con su clara voz de contralto:

—¿Dónde está mi quiromántico?

—¿Su qué, Gladys? —exclamó la duquesa con un sobresalto involuntario.

—Mi quiromántico, duquesa; actualmente no puedo vivir sin él.

—¡Querida Gladys, usted siempre tan original! —murmuró la duquesa intentando recordar qué era un quiromántico y esperando que no fuese lo mismo que un pedicuro^[32].

—Viene a verme la mano dos veces por semana —continuó lady Windermere—, y es de lo más interesante.

«¡Cielo santo! —pensó la duquesa—. Después de todo es una especie de pedicuro. ¡Qué horror! En todo caso espero que sea un extranjero. No sería tan escandaloso.»

—Tengo que presentárselo.

—¡Presentármelo! —exclamó la duquesa—. ¡No me diga que está aquí!

Y empezó a buscar con la mirada su pequeño abanico de carey y su muy deshilachado chal de encaje, dispuesta a marcharse sin tardanza.

—Claro que está aquí; no se me ocurriría dar una fiesta sin él; me ha dicho que tengo una mano puramente psíquica y que, si mi pulgar hubiese sido algo más corto, hubiera sido una pesimista empedernida y hubiese acabado en un convento.

—¡Oh, ya veo! —dijo la duquesa, sintiéndose mucho más aliviada—. Echa la buenaventura, ¿verdad?

—Y la mala también —contestó lady Windermere—, en grandes cantidades. Por ejemplo, el año que viene correré un gran peligro tanto en tierra como en el mar, así que viviré en un globo y me subirán la cena todas las noches en un cesto. Todo está escrito en mi meñique o en la palma de mi mano, no me acuerdo bien.

—Pero verdaderamente eso es tentar a la Providencia, Gladys.

—Querida duquesa, estoy segura de que, hoy por hoy, la Providencia puede resistir las tentaciones. Creo que todo el mundo debería hacerse leer la mano una vez al mes para saber lo que no debe hacer. Por supuesto se hace lo mismo, pero da gusto estar prevenido. Bueno, si no va nadie a buscar inmediatamente al señor Podgers, tendré que hacerlo yo misma.

—Permítame que vaya yo, lady Windermere —dijo un joven alto y apuesto que estaba allí cerca, escuchando la conversación con una divertida sonrisa.

—Muy agradecida, lord Arthur, pero me temo que no lo reconocería usted.

—Si es tan extraordinario como dice, lady Windermere, seguro que no se me escapa. Dígame cómo es y en seguida se lo traigo.

—Bueno, no se parece en nada a un quiromántico. Quiero decir que no es misterioso, ni esotérico, ni de aspecto romántico. Es un hombre bajito y grueso, de calva y cómica cabeza, y con grandes lentes de montura de oro; algo entre un médico de cabecera y un abogado provinciano. Lo siento, pero no es culpa mía. La gente es tan molesta... Todos mis pianistas parecen poetas y mis poetas parecen pianistas; recuerdo durante la pasada temporada haber invitado a cenar a un temible conspirador, un hombre que había hecho volar en pedazos a mucha gente, y que siempre llevaba cota de malla y un puñal escondido en la manga; y resulta que cuando llegó parecía un cura viejecito, y estuvo contando chistes toda la velada. Desde luego era muy ameno y encantador, pero me decepcionó terriblemente; cuando le pregunté por la cota de malla, simplemente se rió y dijo que resultaba de poco abrigo en Inglaterra. ¡Ah, aquí está el señor Podgers! Vamos, señor Podgers, quiero que lea la mano de la duquesa de Paisley. Duquesa, quítese el guante. No, el de la izquierda no, el otro.

—Querida Gladys, me parece que esto no es muy correcto —dijo la duquesa empezando a desabotonarse un guante de cabritilla bastante ajado.

—Lo interesante nunca es correcto —dijo lady Windermere—, *on a fait le monde ainsi*¹³³¹. Pero debo presentárselo. Duquesa, éste es el señor Podgers, mi quiromántico favorito. Señor Podgers, le presento a la duquesa de Paisley, y si se atreve usted a decir que tiene el promontorio de la luna más desarrollado que yo, nunca más le volveré a creer.

—Gladys, estoy segura de que no hay nada de eso en mi mano —dijo la duquesa muy seria.

—Su excelencia está en lo cierto —dijo el señor Podgers echando un vistazo a aquella manecita regordeta, de dedos cortos y cuadrados—: el promontorio de la luna no está desarrollado. Sin embargo, la línea de la vida es magnífica. Tenga la bondad de doblar la muñeca. Gracias. ¡Tres líneas pronunciadas en la *rascette!*^[34] Alcanzará una edad avanzada, duquesa, será extraordinariamente feliz. Ambición: muy moderada; línea de la inteligencia: no demasiado exagerada; línea del corazón...

—Vamos, por favor, sea indiscreto, señor Podgers —exclamó lady Windermere.

—Nada me proporcionaría mayor placer que la duquesa lo hubiese sido —dijo el señor Podgers con una inclinación de cabeza—, pero siento tener que decir que veo una gran constancia en los afectos, combinada con un profundo sentido del deber.

—Por favor, continúe, señor Podgers —dijo la duquesa, evidentemente halagada.

—La economía no es la menor de las virtudes de vuestra gracia —continuó el señor Podgers, y lady Windermere prorrumpió en carcajadas.

—La economía es algo muy bueno —observó la duquesa con agrado—. Cuando me casé, Paisley tenía once castillos y ni una sola casa adecuada para vivir...

—Y ahora tiene doce casas y ningún castillo —exclamó lady Windermere.

—Bueno, querida —dijo la duquesa—, me gusta...

—La comodidad —dijo el señor Podgers—, los adelantos modernos y el agua caliente en todas las habitaciones. Su excelencia tiene razón. El confort es lo único que la civilización nos puede ofrecer.

—Ha descrito admirablemente el carácter de la duquesa, señor Podgers, y ahora debe decirnos el de lady Flora —y respondiendo a una señal de la sonriente anfitriona, una chica alta de cabello rojizo de escocesa y hombros sobresalientes surgió torpemente de detrás de un sofá, y extendió una mano larga y huesuda con dedos de espátula.

—¡Ah! Una pianista, ya veo —dijo el señor Podgers—, una excelente

pianista, pero sin alcanzar categoría profesional. Muy reservada, muy honesta y con un gran amor por los animales.

—Muy cierto —exclamó la duquesa volviéndose hacia lady Windermere—, absolutamente cierto. Flora tiene dos docenas de perros pastores escoceses en Macloskie y convertiría nuestra casa de la ciudad en una casa de fieras si su padre se lo consintiera.

—Vaya, eso es exactamente lo que hago con mi casa todos los jueves por la noche —exclamó lady Windermere riéndose—, pero me gustan más los leones^[35] que los perros pastores escoceses.

—Ese es su gran error, lady Windermere —dijo el señor Podgers con una pomposa reverencia.

—Si una mujer no puede hacer que sus errores resulten encantadores, es sólo una hembra —respondió ella—. Pero debe leernos más manos. Venga, sir Thomas, muestre la suya al señor Podgers.

Y un anciano caballero de aspecto cordial, con chaleco blanco, se adelantó y extendió una mano gruesa y arrugada, con un dedo medio muy largo.

—Temperamento aventurero, cuatro largos viajes en el pasado y otro en perspectiva. Ha naufragado tres veces. No, sólo dos, aunque corre peligro de naufragar en el próximo. Conservador a ultranza, muy puntual y con la pasión de coleccionar curiosidades. Ha padecido graves enfermedades entre los dieciséis y dieciocho años. Heredó una fortuna cuando tenía cerca de los treinta. Gran aversión hacia los gatos y los radicales.

—¡Extraordinario! —exclamó sir Thomas—. Debe también leer la mano a mi esposa.

—A su segunda esposa —dijo el señor Podgers en voz baja, con la mano de sir Thomas aún entre las suyas—. Su segunda esposa. Estaré encantado de hacerlo.

Pero lady Marvel, una mujer de aspecto melancólico, pelo castaño y pestañas sentimentales, se negó rotundamente a que su pasado o su futuro fuesen desvelados.

Y, a pesar de sus esfuerzos, lady Windermere no pudo siquiera conseguir que el embajador ruso monsieur de Koloff se quitara los guantes. La verdad es que

mucha gente parecía temer enfrentarse al extraño hombrecillo de estereotipada sonrisa, gafas de oro y ojos redondos y brillantes como dos cuentas de cristal. Y cuando le soltó a la pobre lady Fermor, delante de todo el mundo, que la música no le importaba en absoluto, pero que era muy aficionada a los músicos, todo el mundo pensó que la quiromancia era una ciencia muy peligrosa, y que de ninguna manera debía de fomentarse, a menos que fuera *tête a tête*³⁶¹.

Sin embargo, lord Arthur Savile, que ignoraba la desgraciada historia de lady Fermor y observaba al señor Podgers con mucho interés, sintió gran curiosidad él mismo, atravesó la habitación hacia donde estaba sentada lady Windermere y, ruborizándose encantadoramente, le preguntó si creía que el señor Podgers tendría inconveniente en leerle la mano.

—Claro que no tendrá inconveniente —dijo lady Windermere—, para eso está aquí. Todos mis leones, lord Arthur, están amaestrados y saltan por el aro cuando yo se lo pido. Pero le advierto de antemano que le contaré todo a Sybil. Vendrá a comer conmigo mañana, para charlar de sombreros; si el señor Podgers descubre que tiene usted mal carácter, propensión a la gota o una querida en Bayswater³⁷¹, no le quepa la menor duda de que se lo haré saber.

Lord Arthur sonrió moviendo la cabeza.

—No hay temor —contestó—, Sybil me conoce tan bien como yo a ella.

—¡Ah! Cuánto me contraría oírle decir eso. La base más adecuada para el matrimonio es la mutua incomprensión. No, no soy cínica en absoluto; simplemente tengo experiencia, lo que hasta cierto punto es igual. Señor Podgers, lord Arthur Savile se muere de ganas porque le lean la mano. No le descubra su compromiso con una de las chicas más guapas de Londres, porque eso ya apareció el mes pasado en el *Morning Post*³⁸¹.

—Mi querida lady Windermere —exclamó la marquesa de Jedburgh—, deje que el señor Podgers se quede un poco más. Acaba de decirme que me dedicaré al teatro, y me interesa muchísimo.

—Si le ha dicho eso, lady Jedburgh, desde luego que me lo llevo. Venga ahora mismo, señor Podgers, y léale la mano a lord Arthur.

—En fin —dijo lady Jedburgh, haciendo un pequeño *moue*³⁹¹ y levantándose del sofá—, si no me permiten dedicarme a la escena, al menos me dejarán presenciar el espectáculo.

—Por supuesto; todos presenciaremos el espectáculo —dijo lady Windermere—, y ahora, señor Podgers, háganos el favor de contarnos algo agradable. Lord Arthur es uno de mis más apreciados favoritos.

Pero, cuando el señor Podgers vio la mano de lord Arthur, se puso asombrosamente pálido y no dijo nada. Un escalofrío pareció recorrerle, mientras sus gruesas y espesas cejas se arqueaban convulsivamente, del modo extraño e irritante que lo hacían cuando estaba desconcertado. Luego unas gruesas gotas de sudor, como venenoso rocío, perlaron su amarillenta frente, y sus rechonchos dedos se volvieron viscosos y fríos.

No pasaron inadvertidos a lord Arthur estos extraños signos de agitación, y por primera vez en su vida tuvo miedo. Su primer impulso fue escapar de la habitación, pero se reprimió. Era preferible saberlo todo, por malo que fuese, a permanecer en aquella espantosa incertidumbre.

—Estoy esperando, señor Podgers —dijo.

—Todos estamos esperando —exclamó lady Windermere, con tono vivo e impaciente, pero el quiromántico no contestó.

—Creo que lord Arthur se va a dedicar al teatro —dijo lady Jedburgh—, pero, tras su regañina, el señor Podgers no se atreve a decirlo.

De pronto el señor Podgers soltó la mano derecha de lord Arthur, y tomó la izquierda, inclinándose tanto para examinarla que la montura de oro de sus lentes parecía casi tocar la palma. Por unos instantes su rostro se cubrió con una pálida máscara de horror, pero pronto recuperó su *sangfroid*^[40] y, mirando a lady Windermere con una sonrisa forzada, dijo:

—Es la mano de un joven encantador.

—Claro que lo es —contestó lady Windermere—, ¿pero será un marido encantador? Eso es lo que quiero saber.

—Todos los jóvenes encantadores lo son —dijo el señor Podgers.

—No creo que un marido deba ser demasiado fascinador —murmuró lady Jedburgh pensativa—. Es tan peligroso...

—¡Ay, hija, nunca son demasiado fascinadores! —exclamó lady

Windermere—. Pero quiero detalles; los detalles son lo único que interesa. ¿Qué le va a suceder a lord Arthur?

—Pues, dentro de unos meses, lord Arthur emprenderá un viaje.

—¡Claro, de luna de miel!

—Y perderá un pariente.

—Espero que no sea su hermana —dijo lady Jedburgh en tono lastimero.

—Desde luego no es su hermana —replicó el señor Podgers haciendo un gesto de desaprobación con la mano—, simplemente un pariente lejano.

—Vaya, qué terrible desilusión, no voy a tener nada que contar a Sybil mañana —dijo lady Windermere—. Hoy en día a nadie le importan los parientes lejanos; ya hace años que pasaron de moda. Sin embargo, es mejor que Sybil se compre algún vestido de seda negra; siempre le servirá para ir a la iglesia, ya saben. Y ahora vamos a cenar. Seguro que se han comido todo, pero puede que quede algo de sopa caliente. François solía hacer una sopa estupenda, pero está tan preocupado con la política en estos momentos, que no me puedo fiar de él. Me encantaría que el general Boulanger^[41] se callara. Duquesa, seguro que está rendida.

—Nada de eso, querida Gladys —contestó la duquesa dirigiéndose vacilantemente hacia la puerta—, lo he pasado estupendamente, y el pedicuro, es decir el quiromántico, es de lo más interesante. Flora, ¿dónde puede estar mi abanico de carey? Oh, gracias, sir Thomas, muchas gracias. ¿Y mi chal de encaje, Flora? Gracias, sir Thomas, tan amable como siempre.

Y la notable dama consiguió al fin bajar las escaleras sin dejar caer el frasco de perfume más que dos veces.

Durante todo este tiempo, lord Arthur Savile permaneció de pie junto a la chimenea, con la misma sensación de temor y el mismo abrumador presentimiento de que algo maligno se le aproximaba. Sonrió con tristeza a su hermana, que pasó a su lado del brazo de lord Plymdale, preciosa con su vestido de brocado rosa y sus perlas, y apenas oyó a lady Windermere cuando ésta le dijo que la siguiera. Estaba pensando en Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre ambos hizo que se le nublaran los ojos de lágrimas.

Contemplándole se diría que Némesis había arrebatado el escudo a Palas y le mostraba la cabeza de la Gorgona⁴². Parecía petrificado y su melancólico rostro tomó la apariencia del mármol. Hasta entonces había llevado la delicada y lujosa vida de un joven de alcurnia y fortuna, una existencia exquisita, carente de sórdidas preocupaciones, maravillosa e infantilmente despreocupada; y ahora, por vez primera, había tomado conciencia del terrible misterio del destino, del horrible significado de la muerte.

¡Cuán monstruoso y absurdo le parecía todo aquello! ¿Sería posible que, escrito en su mano, existiese algún terrible y pecaminoso secreto, algún sangriento signo de criminalidad, con caracteres ilegibles para él, pero que otro podía descifrar? ¿No había escapatoria posible? ¿Acaso no éramos más que piezas de ajedrez, movidas por algún poder invisible; vasijas que un alfarero modela a su antojo, destinadas al honor o a la vergüenza? Su razón se rebelaba ante esto y, sin embargo, presentía que algo trágico pendía sobre él y que de repente estaba destinado a llevar una carga intolerable. Los actores tienen mucha suerte. Pueden elegir entre la tragedia o la comedia, el sufrimiento o la felicidad; pueden hacer reír o provocar lágrimas. Pero la vida real es diferente. La mayoría de los hombres y mujeres se ven obligados a representar un papel para el que no están capacitados. Nuestros Guildensterns hacen de Hamlets y nuestros Hamlets tienen que bromear como el príncipe Hal⁴³. El mundo es un teatro, pero los papeles están mal repartidos.

De pronto, el señor Podgers entró en la habitación. Cuando vio a lord Arthur se sobresaltó, y su grueso y tosco rostro tomó un tinte amarillo verdoso. Los ojos de ambos se encontraron y hubo un momento de silencio.

—La duquesa olvidó aquí uno de sus guantes, lord Arthur, y me ha pedido que se lo lleve —dijo finalmente el señor Podgers—. ¡Ah!, ya le veo ahí en el sofá. Buenas noches.

—Señor Podgers, tengo que pedirle que me conteste francamente a la pregunta que le voy a hacer.

—En otra ocasión, lord Arthur, la duquesa me espera impaciente. Lo siento, pero tengo que irme.

—No se irá. La duquesa no tiene prisa.

—No se debe hacer esperar a las damas, lord Arthur —dijo el señor Podgers

con su enfermiza sonrisa—. El bello sexo se suele impacientar.

Los labios finamente cincelados de lord Arthur se curvaron con desdén petulante. En ese momento la pobre duquesa tenía para él muy poca importancia. Atravesó la estancia hasta donde el señor Podgers estaba de pie y extendió la mano.

—Dígame lo que vio aquí —dijo—. Quiero la verdad; debo conocerla. Ya no soy un niño.

Los ojos del señor Podgers parpadearon tras sus lentes de montura de oro y se balanceó inquieto sobre un pie y el otro, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con la brillante cadena de su reloj.

—¿Qué le hace pensar, lord Arthur, que vi algo en su mano aparte de lo que le dije?

—Sé que lo vio e insisto en que me lo diga. Le pagaré; le daré un cheque por cien libras.

Los verdosos ojos brillaron un instante y se volvieron a apagar de nuevo.

—¿Guineas?^[44] —dijo el señor Podgers al fin en voz baja.

—Claro que sí. Le enviaré un cheque mañana. ¿Cuál es su club?

—No pertenezco a ningún club. Es decir, no pertenezco a ninguno por ahora. Mis señas son..., pero permítame ofrecerle mi tarjeta —y sacó un trozo de cartulina con el reborde dorado del bolsillo de su chaleco y se lo entregó a lord Arthur haciendo una profunda inclinación de cabeza.

Este leyó:

SEPTIMUS R. PODGERS

Quiromántico profesional

103 WEST MOON STREET

—Mi horario es de 10 a 4 —murmuró mecánicamente el señor Podgers— y hago rebaja a las familias.

—Dése prisa —exclamó lord Arthur, muy pálido y extendiendo la mano.

El señor Podgers miró nerviosamente a su alrededor, y corrió la pesada *portière*^[45] sobre la puerta.

—Nos llevará un poco de tiempo, lord Arthur, es mejor que se siente.

—Dése prisa, señor —exclamó de nuevo lord Arthur, golpeando airadamente con el pie el suelo encerado.

El señor Podgers sonrió, extrajo del bolsillo una pequeña lupa y la limpió cuidadosamente con su pañuelo.

—Ya estoy preparado —dijo.

Diez minutos más tarde, lord Arthur Savile abandonó Bentinck House, con el rostro demudado de terror y los ojos angustiados de sufrimiento, abriéndose paso a tropezones entre un tropel de lacayos que, enfundados en pellizas, se hallaban agrupados alrededor de la marquesina de anchas rayas de la entrada; parecía no oír ni ver en absoluto. Era una noche de frío penetrante y las farolas de gas que circundaban la plaza fulguraban y parpadeaban bajo el viento cortante, pero sus manos ardían de fiebre y su frente quemaba como el fuego.

Anduvo y anduvo, tambaleándose como un borracho. Un policía le miró con curiosidad al pasar, y un mendigo que salió de debajo de una arcada para pedirle limosna se asustó al ver una miseria aún mayor que la suya. En una ocasión se detuvo bajo una farola y se miró las manos. Se figuró que ya las veía con algunas manchas de sangre, y sus temblorosos labios exhalaban un débil gemido.

¡Un crimen! Eso era lo que el quiromántico había visto. ¡Un crimen! Incluso la noche parecía saberlo y el desolado viento se lo aullaba en el oído. Las oscuras esquinas de las calles estaban al tanto. El crimen se burlaba de él desde los tejados de las casas. Primero fue al parque, cuya sombría espesura parecía fascinarle. Se apoyó agotado en la verja, refrescándose la frente contra el húmedo metal, mientras escuchaba el trémulo silencio de los árboles. ¡Un crimen, un crimen!, repetía sin cesar, como si la reiteración pudiese atenuar el horror de la palabra. Se estremeció con el sonido de su propia voz, casi deseando que el eco lo oyera y despertara de sus sueños a la adormecida ciudad. Experimentó el loco deseo de detener a algún transeúnte y contárselo todo.

Luego atravesó Oxford Street y se hundió en estrechos y vergonzosos callejones. Dos mujerzuelas de pintarrajeado rostro se mofaron de él a su paso. Desde un oscuro patio llegó una barahúnda de golpes y juramentos, seguida de agudos chillidos y, acurrucadas en el húmedo umbral de una puerta, contempló las deformadas imágenes de la pobreza y la decrepitud. Le embargó un extraño sentimiento de piedad. Estas criaturas del pecado y de la miseria, ¿tendrían como él un final predestinado? ¿Eran, como él, simplemente las marionetas de un espectáculo monstruoso?

Sin embargo, lo que más le chocaba no era el misterio, sino la comedia del sufrimiento, su absoluta inutilidad y su grotesca carencia de significado. ¡Qué incoherente le parecía todo! ¡Qué falta de armonía! La desproporción existente entre el superficial optimismo de la vida cotidiana y los hechos reales de la

existencia lo llenaban de asombro. Era todavía muy joven. Al cabo de un rato se encontró frente a la iglesia de Marylebone. La silenciosa calzada semejaba una larga cinta de plata bruñida, salpicada de trecho en trecho por los oscuros arabescos de las sombras ondulantes. Allá a lo lejos las parpadeantes farolas de gas dibujaban una curva, y junto a la tapia de una casita se hallaba un cabriolé solitario con el cochero dormido dentro. Caminó apresuradamente en dirección a Portland Place, mirando de cuando en cuando a su alrededor, como si temiese que lo siguieran.

En la esquina de Rich Street estaban dos hombres leyendo un cartel que había en una valla. Un extraño sentimiento de curiosidad le incitó a atravesar la calzada. Al aproximarse, la palabra «crimen» impresa en letras negras le saltó a la vista. Se sobresaltó y enrojció vivamente. Se trataba de un anuncio en el que se ofrecía recompensa por cualquier información que condujera al arresto de un hombre de mediana estatura, entre los treinta y cuarenta años, que llevaba un sombrero hongo, abrigo negro y pantalones a cuadros, y tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Lo leyó una y otra vez, preguntándose si llegarían a detener a aquel desgraciado, y cómo se habría hecho la cicatriz. Tal vez algún día su propio nombre aparecería en los carteles de las tapias londinenses. Algún día, quizá, se pondría precio a su cabeza.



Este pensamiento le repugnaba. Giró sobre sus talones y rápidamente desapareció en la oscuridad.

Apenas tenía noción de adonde se dirigía. Recordaba vagamente haber deambulado por un laberinto de sórdidas casas, y ya despuntaba el alba cuando finalmente se encontró en Picadilly Circus.

Caminando hacia su casa, en Belgrave Square, se topó con los grandes carromatos que se dirigían a Covent Garden^[46]. Los carreteros, con blancos guardapolvos, de agradables rostros tostados por el sol y crespos cabellos alborotados, avanzaban resueltamente, haciendo restallar los látigos, e interpelándose entre sí de cuando en cuando. Un muchacho regordete, con un ramillete de primulas en su desastrado sombrero, cabalgaba a lomos de un enorme

caballo gris, que iba al frente de una yunta cascabeleante y se reía agarrando fuertemente las crines con sus manitas. Y los grandes montones de verdura se recortaban como bloques de jade contra el cielo matinal como si fueran bloques de verde jade sobre los pétalos rosados de una rosa maravillosa. Lord Arthur se emocionó extrañamente sin saber por qué. Había algo en la tierna delicadeza del amanecer que le parecía inexplicablemente patético; pensó en todos aquellos días que nacían con tanta belleza para terminar en tormenta. ¡Qué extraño era el Londres que contemplaban estos rústicos de ásperas y alegres voces y despreocupados modales! Un Londres liberado del pecado de la noche y del humo del día; una ciudad pálida, fantasmagórica, una desolada población de tumbas. Se preguntó qué pensarían de ella; si tendrían alguna idea de su esplendor o de su miseria, de sus bestiales alegrías llenas de colorido o de sus horribles apetitos, de todo lo que creaba y destruía de la mañana a la noche. Probablemente para ellos era simplemente un mercado donde llevaban a vender la fruta, y donde a lo sumo se detenían unas horas, marchándose cuando las calles están aún en silencio y las casas dormidas. Le agradó verlos pasar. En su rudeza, con sus zapatones claveteados y su desgarrado porte, traían consigo un poco de la Arcadia⁴⁷¹. Tenía la sensación de que, al haber vivido con la naturaleza, habían aprendido de ella la serenidad. Los envidiaba por todo lo que desconocían.

Cuando llegó a Belgrave Square, el cielo tenía un azul difuminado y los pájaros comenzaban a piar en los jardines.

Cuando lord Arthur despertó, eran ya las doce, y el sol del mediodía se filtraba por las cortinas de seda color marfil de su cuarto. Se levantó y se asomó a la ventana. Sobre la gran ciudad flotaba una tenue neblina producida por el calor, y los tejados de las casas parecían de plata deslustrada. Por el fulgurante césped de la plaza revoloteaban unos niños como mariposas blancas, y las aceras estaban llenas de gente que se dirigía hacia el parque. Nunca le había parecido la vida más hermosa, ni jamás le habían parecido más lejanas las maquinaciones del mal.

Su ayuda de cámara le trajo una bandeja con una taza de chocolate. Tras bebérsela, recorrió una gruesa *portière* de felpa color melocotón, y entró en el cuarto de baño. La luz caía desde el techo filtrada por finas losetas de ónice transparente y el agua relucía en la bañera de mármol como una adularia^[48].

Prestamente se introdujo en el agua, hasta que las frescas ondas alcanzaron su cuello y pelo y luego sumergió la cabeza bajo el agua, como si quisiera borrar la huella de un recuerdo vergonzoso. Cuando salió casi se había serenado. Las exquisitas condiciones físicas del momento le subyugaron, cosa que a menudo sucede con los seres muy refinados, pues las sensaciones, al igual que el fuego, lo mismo purifican que destruyen.

Después de desayunar, se tendió sobre un diván y encendió un cigarrillo. Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía de Sybil Merton, en marco de fino brocado antiguo, tal y como la había visto por vez primera en el baile de lady Noel. La cabeza, pequeña y de exquisitas proporciones, se inclinaba ligeramente hacia un lado, como si su fina y juncal garganta apenas pudiera sustentar el peso de tanta belleza; sus labios, levemente entreabiertos, parecían hechos para la música suave. Toda su tierna pureza de doncella se asomaba, sorprendida, a sus ojos soñadores. Con un fino y ajustado vestido de *crêpe-de-chine*^[49], y un enorme abanico en forma de hoja, parecía una de esas delicadas figuritas que pueden encontrarse en los olivares próximos a Tanagra^[50]. En su pose y actitud había un toque de gracia griega. Sin embargo, no era *petite*^[51]. Sencillamente, tenía unas proporciones perfectas, cosa rara en una época en la que tantas mujeres son demasiado altas o insignificantes.

Contemplándola ahora, lord Arthur se sintió invadido por esa terrible compasión que brota del amor. Se daba cuenta de que casarse con ella, con la amenaza del crimen pendiente sobre su cabeza, sería una traición semejante a la de Judas, un pecado peor que los que los Borgia^[52] hubieran imaginado. ¿Qué

felicidad les cabía esperar si en cualquier momento podía ser llamado a cumplir la abominable profecía escrita en su mano? ¿Qué clase de vida podrían llevar mientras el destino mantuviera en su balanza este temible sino? En todo caso había que aplazar el matrimonio, no le cabía la menor duda. Aunque amaba a la muchacha ardientemente y el simple contacto de sus dedos, cuando se sentaban juntos, hacía vibrar de éxtasis cada nervio de su cuerpo, no por ello dejaba de reconocer con claridad cuál era su deber; y estaba absolutamente convencido de que no tenía derecho a casarse hasta haber cometido el asesinato. Cuando lo hubiera hecho, podría presentarse ante el altar con Sybil Merton y poner su vida en las manos de ella sin temor de equivocarse. Cuando lo hubiera hecho, podría estrecharla en sus brazos, sabiendo que ella nunca tendría que avergonzarse por su culpa ni tendría motivo para ocultarse. Pero primero había que actuar, y cuanto antes mejor.

Muchos hombres en su situación hubiesen preferido la florida senda de la frivolidad a las empinadas cuestas del deber; pero lord Arthur era demasiado cabal para anteponer el placer a los principios. Había en su amor algo más que mera pasión y, para él, Sybil era un símbolo de todo lo bueno y noble. Por un momento sintió la natural repugnancia por lo que se veía obligado a hacer, aunque pronto desapareció. El corazón le decía que no era pecado, sino sacrificio, y la razón le recordaba que no tenía otra alternativa; tenía que elegir entre vivir para sí o para los demás y, por terrible que fuera la tarea que le había sido impuesta, sabía que no debía permitir que el egoísmo triunfara sobre el amor; tarde o temprano, todos nos vemos obligados a tomar la misma decisión, pues a todos se nos presenta el mismo dilema. A lord Arthur se le planteó cuando todavía era joven, antes de que el cinismo calculador de la madurez hubiese echado a perder su temperamento, o el vano egoísmo, tan en boga hoy día, hubiese corrompido su corazón, y cumplió con su deber sin vacilaciones. Afortunadamente para él, no era un mero soñador o un despreocupado diletante. De haberlo sido, hubiese dudado como Hamlet y hubiera permitido que la indecisión arruinase su propósito. Pero era esencialmente práctico. Para él, la vida significaba acción antes que reflexión. Tenía en su haber el más raro de los sentidos: el sentido común.

Para entonces los agitados y turbulentos sentimientos de la noche anterior se habían desvanecido por completo y recordó, casi con vergüenza, su alocado deambular de calle en calle, su tremenda agonía emocional. La misma sinceridad de sus sufrimientos hacía que ahora le parecieran irreales. Se preguntaba cómo había podido ser tan necio como para desvariar y desesperarse ante lo inevitable. La única cuestión que parecía preocuparle era a quién eliminar. Porque no se le ocultaba el hecho de que un crimen, al igual que las religiones del mundo pagano,

requiere una víctima y un sacerdote. Como no era un genio, carecía de enemigos y además tenía la sensación de que éste no era el momento de zanjar ningún tipo de rivalidades o desavenencias personales, ya que la misión en la que se veía envuelto era grave y solemne. Así que hizo una lista de parientes y amigos en una hoja de papel y, tras cuidadosa consideración, se decidió por lady Clementina Beauchamp, una entrañable viejecita que vivía en Curzon Street y que era prima segunda suya por parte de madre. Siempre había sentido gran afecto hacia lady Clem, como todos la llamaban, y como ya era muy rico, pues había heredado todas las propiedades de lord Rugby cuando alcanzó la mayoría de edad, no existía la posibilidad de obtener ninguna vulgar ventaja económica con su muerte. De hecho, cuanto más reflexionaba sobre el tema, más se convencía de que se trataba de la persona idónea y, consciente de que cualquier retraso no haría sino perjudicar a Sybil, decidió tomar inmediatamente las medidas necesarias.

Lo primero que había que hacer era cumplir con el quiromántico, así que se sentó ante un escritorio estilo Sheraton^[53] que había cerca de la ventana y relleno un cheque por valor de 105 libras pagaderas a la orden del señor Septimus Podgers. Lo metió en un sobre y le ordenó a su ayuda de cámara que lo llevara a West Moon Street. Luego telefoneó a los establos, para que le enviaran su cabriolé, y se vistió para salir. Cuando salía de la habitación, volvió la vista hacia la foto de Sybil Merton y juró que, pasase lo que pasase, nunca le contaría lo que estaba haciendo por ella, sino que guardaría, eternamente oculto en su corazón, el secreto de su sacrificio.

Camino del Buckingham^[54], se detuvo en una florería y envió a Sybil una preciosa cesta de narcisos, de maravillosos pétalos blancos jaspeados de rojo. Al llegar al club, fue derecho a la biblioteca, llamó al timbre, y encargó al camarero que le trajera una limonada y un libro de toxicología. Se había decidido enteramente a favor del veneno como el medio más idóneo para tan engorroso asunto. Cualquier cosa que entrañase violencia personal le disgustaba profundamente y además tenía muchísimo interés en asesinar a lady Clementina sin atraer la menor atención pública, ya que le horrorizaba la idea de que lo pusieran por las nubes en casa de lady Windermere, o de que su nombre apareciera en las páginas de la vulgar prensa de sociedad. También debía pensar en los padres de Sybil, gente chapada a la antigua y que, si hubiese algo parecido a un escándalo, podrían oponerse al matrimonio; aunque estaba seguro de que, si les explicaba todos los pormenores del caso, ellos serían los primeros en comprender los motivos que le habían inducido a actuar de ese modo. Tenía, pues, todas las razones para decidirse a favor del veneno; era seguro, silencioso y sin riesgos, y eliminaba la necesidad de escenas dolorosas que, como a la mayoría de los

ingleses, le repugnaban profundamente.

Sin embargo, no sabía absolutamente nada de la ciencia de los venenos, y como el camarero parecía totalmente incapaz de encontrar nada en la biblioteca aparte de la *Ruff's Guide* y el *Baileys Magazine*^[55], se dedicó personalmente a rebuscar por las estanterías; finalmente se topó con una edición magníficamente encuadernada de la *Pharmacopoeia* y un ejemplar de la *Toxicology*^[56] de Erskine, editada por sir Matthew Reid, presidente del Real Colegio de Médicos y uno de los más antiguos miembros del Buckingham, que había sido elegido por error, al confundírsele con otro candidato; un *contretemps*^[57] que enfureció al comité de tal modo que, cuando se presentó el auténtico candidato, le dieron unánimemente la bola negra.

Lord Arthur estaba bastante desconcertado con los términos técnicos empleados en ambos libros, y comenzaba a arrepentirse de no haber prestado más atención a las lenguas clásicas en Oxford, cuando encontró en el segundo volumen de Erskine un interesante y exhaustivo recuento de las propiedades de la aconitina^[58], escrito en un inglés bastante claro. Le pareció que era exactamente el veneno que necesitaba. Era rápido, de efecto casi instantáneo, completamente indoloro y, administrado en forma de cápsula de gelatina, según recomendaba sir Matthew, carecía en absoluto de sabor desagradable; así pues, se apuntó en el puño de la camisa la cantidad necesaria para que la dosis fuese mortal, volvió a colocar los libros en su sitio, y se fue por St. James's Street hacia Pestle y Humbey, la conocida farmacia. El señor Pestle, que siempre atendía personalmente a la aristocracia, se sorprendió grandemente por la petición, y con muy corteses modales insinuó que era necesario un certificado médico. Pero en cuanto lord Arthur le explicó que era para un gran mastín noruego, del que se veía obligado a deshacerse, ya que mostraba incipientes signos de rabia y ya había mordido al cochero dos veces en la pantorrilla, se mostró enteramente satisfecho, felicitando a lord Arthur por sus magníficos conocimientos de toxicología, y encargó que le preparasen inmediatamente el específico.

Lord Arthur colocó la cápsula en una pequeña y bonita *bonbonnière*^[59] de plata que vio en el escaparate de una tienda de Bond Street^[60], tiró la fea caja de cápsulas de Pestle y Humbey, y se dirigió a casa de lady Clem.

—Vaya, *monsieur le mauvais sujet*^[61] —exclamó la anciana al entrar él en el cuarto—. ¿Por qué no has venido a verme en todo este tiempo?

—Mi querida lady Clem, no tengo nunca ni un momento libre —dijo lord

Arthur sonriendo.

—Me imagino que lo que quieres decir es que te pasas el día con la señorita Sybil Merton, comprando *chiffons*^[62] y hablando de trivialidades. No acabo de comprender por qué la gente arma tanto jaleo para casarse. En mis tiempos nunca hubiésemos soñado en arrullarnos en público; ni siquiera en privado, si me apuras.

—Le aseguro, lady Clem, que no he visto a Sybil en las últimas veinticuatro horas. Que sepa yo, está dedicada por entero a sus sombreros.

—Claro, ésa es la única razón para que vengas a ver a una fea vieja como yo. Me pregunto por qué los hombres no escarmentáis. *On a fait des folies pour moi*^[63], y aquí estoy, hecha una reumática de fachada engañosa y muy mal carácter. Si no fuese por la querida lady Jensen, que me envía las peores novelas francesas que puede encontrar, creo que los días se me harían insoportables. Los médicos no sirven para nada, excepto para sacarle a una los cuartos. Ni siquiera pueden curarme la acidez de estómago.

—Le he traído un remedio para eso, lady Clem —dijo lord Arthur muy serio—. Es algo asombroso, inventado por un americano.

—Arthur, no creo que me gusten los inventos americanos. Estoy casi segura de que no me gustan nada. Ultimamente he leído algunas novelas americanas y eran una tontería.

—¡Ah, pero esto no lo es, lady Clem! Le aseguro que es la cura perfecta. Debe prometerme que la probará —y lord Arthur sacó la cajita del bolsillo y se la entregó.

—Vaya, la cajita es una monada, Arthur. ¿De veras que es un regalo? ¡Qué detalle por tu parte! ¿Y es ésta la medicina maravillosa? Parece un *bonbon*^[64]. Ahora mismo me lo tomo.

—¡Cielo santo, lady Clem —exclamó lord Arthur agarrándole la mano—, no se le ocurra hacer eso! Es un medicamento homeopático, y si lo toma sin tener acidez de estómago podría ocasionarle un sinfín de males. Espere a sufrir un ataque y tómese lo entonces; se sorprenderá del resultado.

—Me gustaría tomármelo ahora —dijo lady Clementina, mirando al trasluz la pequeña cápsula transparente, con su burbuja flotante de aconitina líquida—. Estoy segura de que está riquísima. La verdad es que, aunque odio a los médicos,

adoro las medicinas. No obstante la guardaré hasta el próximo ataque.

—¿Y cuándo será eso? —inquirió Arthur con interés—. ¿Será pronto?

—Espero que no, al menos hasta dentro de una semana. Ayer por la mañana tuve bastantes molestias. Aunque nunca se sabe.

—¿Entonces está segura de sufrir uno antes de fin de mes, lady Clem?

—Mucho me temo que sí. ¡Pero qué atento estás hoy conmigo, Arthur! Verdaderamente, Sybil te ha venido muy bien. Y ahora debes marcharte, pues voy a cenar con unas personas muy aburridas, nada chismosas, y sé que, si no duermo ahora, no podré mantenerme despierta durante la cena. Adiós, Arthur, cariños a Sybil y muchas gracias por la medicina americana.

—No se olvidará de tomarla, ¿verdad, lady Clem? —dijo lord Arthur levantándose de su asiento.

—Claro que no, tonto. Creo que ha sido muy amable de tu parte el acordarte de mí, y ya te escribiré si necesito más.

Lord Arthur abandonó la casa muy animado y con una enorme sensación de alivio.

Aquella noche se entrevistó con Sybil Merton. Le contó que de pronto se había encontrado en una situación muy difícil, ante la cual el honor y el deber le impedían retroceder. Dijo que, por el momento, debían aplazar la boda, ya que no era libre hasta que no se pudiera desembarazar de sus temibles ataduras. Le imploró que confiase en él y no tuviese dudas acerca del futuro. Todo saldría bien, pero era necesario tener paciencia.

La escena tuvo lugar en el invernadero de la casa de los Merton, en Park Lane^[65], donde lord Arthur había cenado como de costumbre. Sybil parecía más feliz que nunca y lord Arthur estuvo tentado, por un instante, a desempeñar el papel de cobarde, escribir a lady Clementina acerca de la píldora, y dejar que la boda se celebrase, como si en el mundo no existiera ningún señor Podgers. Sin embargo, su rectitud se impuso rápidamente y no vaciló, ni siquiera cuando Sybil se arrojó llorando a sus brazos. La belleza que conmovía sus sentidos también apelaba a su conciencia. Tenía la sensación de que no valía la pena destrozar una vida tan bella por unos meses de placer.

Permaneció con Sybil hasta cerca de la medianoche, consolándola y siendo a la vez consolado. A la mañana siguiente, temprano, partió hacia Venecia, después de escribir una carta firme y viril al señor Merton, explicándole la necesidad de aplazar el matrimonio.

En Venecia encontró a su hermano, lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú^[66] en su yate. Los dos jóvenes pasaron juntos una deliciosa quincena. Por la mañana paseaban a caballo por el Lido^[67], o recorrían de arriba abajo en su gran góndola negra el verdoso canal; por la tarde, generalmente recibían visitas a bordo del yate, y por la noche cenaban en Florian, y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza^[68]. Sin embargo, lord Arthur no era del todo feliz. Repasaba a diario la columna necrológica del *Times*^[69] esperando ver la noticia de la muerte de lady Clementina, pero cada día sufría una decepción. Empezó a temer que le hubiera ocurrido algo, y a menudo se arrepentía de haberle impedido tomar la aconitina cuando había estado tan deseosa de comprobar su efecto. Además, las cartas de Sybil, aunque llenas de amor, confianza y ternura, tenían a menudo un fondo de tristeza; a veces solía pensar que se había alejado de ella para siempre.

Al cabo de unos quince días, lord Surbiton se hartó de Venecia y decidió navegar por la costa hasta Ravenna^[70], ya que se enteró de que iba a haber una estupenda cacería de urogallos en el Pinetum. Al principio lord Arthur se negó en redondo a ir, pero Surbiton, al que tanto apreciaba, acabó por convencerle de que, si se quedaba solo en el hotel Danieli, se moriría de aburrimiento, y el día 15 por la mañana zarparon con un mar bastante picado y fuerte viento del noreste. Con tan excelente ejercicio y la sana vida al aire libre el color volvió a las mejillas de lord Arthur, pero alrededor del día 22, inquieto por lady Clementina, regresó a Venecia por tren, pese a las protestas de Surbiton.

Al bajarse de la góndola ante la escalinata del hotel, el dueño se adelantó a recibirlo, con un manojo de telegramas. Lord Arthur se los arrebató de la mano y los abrió a desgarrones. Todo había salido bien. ¡Lady Clementina había fallecido repentinamente el día 17 por la noche!

Su primer pensamiento fue para Sybil y le envió un telegrama anunciando su inmediato regreso a Londres. Ordenó a su ayuda de cámara que preparara el equipaje para tomar el correo nocturno, pagó a los gondoleros cinco veces más de lo que les correspondía, y subió a su gabinete con paso ligero y corazón alegre. Allí encontró tres cartas esperándole. Una era de Sybil, que le daba cariñosamente el pésame. Las otras eran de su madre y del notario de lady Clementina. Al parecer la anciana dama había cenado con la duquesa la citada noche, había deleitado a todos con su ingenio y *esprit*^[71], pero se había retirado temprano aquejada de dolor de estómago. A la mañana siguiente apareció muerta en su cama, aparentemente sin haber experimentado dolor. Se avisó inmediatamente a sir Matthew Reid, pero

naturalmente no había nada que hacer y la enterraron el 22 en Beauchamp Chalcote. Días antes de morir había hecho testamento, legando a lord Arthur la casita de Curzon Street con todos sus muebles, cuadros y efectos personales, excepto la colección de miniaturas, que le dejaba a su hermana, lady Margaret Rufford, y su collar de amatistas, que era para Sybil Merton. La propiedad no era de gran valor, pero el notario, señor Mansfield, deseaba fervientemente que lord Arthur regresase sin tardanza, si le era posible, pues había muchas facturas que pagar y lady Clementina nunca había llevado las cuentas ordenadamente.

A lord Arthur le emocionó que lady Clementina hubiera tenido para él un recuerdo tan cariñoso, y presintió que el señor Podgers iba a tener que responder de mucho. Su amor por Sybil, sin embargo, predominó sobre las demás emociones y la conciencia del deber cumplido le llenó de paz y consuelo. Cuando llegó a Charing Cross^[72] se sentía completamente feliz.

Los Merton le recibieron muy amablemente. Sybil le hizo prometer que nunca más permitiría que nada se interpusiese entre ellos, y se fijó la boda para el 7 de junio. La vida le parecía de nuevo hermosa y prometedora, y volvió a recuperar la alegría.

Sin embargo, un día en que se encontraban en la casa de Curzon Street, con el notario de lady Clementina y Sybil, quemando legajos de amarillentas caitas y vaciando los cajones de curiosas fruslerías, la joven, de pronto, dio un grito de alegría.

—¿Qué has encontrado, Sybil? —dijo lord Arthur, levantando la vista de su trabajo y sonriendo.

—Esta pequeña y adorable *bonbonnière* de plata, Arthur. ¿A que es primorosa y parece holandesa? ¡Regálamela!

Estoy segura de que las amatistas no me sentarán bien hasta que tenga más de ochenta años.

Era la cajita que había contenido la aconitina.

Lord Arthur dio un respingo y se sonrojó levemente. Había olvidado casi por completo lo que había hecho y le pareció una curiosa coincidencia que Sybil, por quien había padecido tan tremenda angustia, tuviese que ser la primera en recordárselo.

—Claro que puedes quedártela, Sybil. Yo mismo se la regalé a lady Clem.

—¡Oh! Gracias, Arthur. ¿Puedo también quedarme con el *bonbon*? No tenía ni idea de que a lady Clementina le gustaran los dulces. La creía demasiado intelectual.

Lord Arthur se puso mortalmente pálido y una terrible idea cruzó por su mente.

—¿Un *bonbon*, Sybil? ¿Qué quieres decir? —preguntó con voz pausada y ronca.

—Que aquí hay uno, nada más. Parece bastante viejo y polvoriento, y no tengo la menor intención de comérmelo. ¿Qué te pasa, Arthur? ¡Qué pálido estás!

Lord Arthur atravesó rápidamente el cuarto y cogió la caja. Dentro se encontraba la cápsula ambarina, con la burbuja de veneno. ¡Así que lady Clementina había fallecido de muerte natural!

El impacto que le produjo el descubrimiento fue demasiado para él. Arrojó la cápsula al fuego y se hundió en un sofá con un grito de desesperación.

Al señor Merton le molestó bastante el segundo aplazamiento de la boda, y lady Julia, que ya se había encargado el traje para la ceremonia, hizo todo lo posible para que Sybil rompiera el compromiso. Pero, aunque Sybil quería entrañablemente a su madre, había puesto su vida entera en manos de lord Arthur, y nada de lo que lady Julia pudiese decir haría vacilar su fidelidad. En lo que a lord Arthur se refiere, le llevó días sobreponerse al terrible desengaño, y anduvo algún tiempo con los nervios completamente deshechos. Sin embargo, pronto se impuso su excelente sentido común, y su práctico y cabal criterio no le dejó dudar mucho tiempo sobre la conducta que seguir. Puesto que el veneno había resultado ser un fracaso total, no le quedaba más remedio que probar la dinamita o algún otro tipo de explosivo.

Así que volvió a repasar la lista de amigos y parientes, y, tras cuidadosa consideración, se decidió a volar a su tío, el deán^[73] de Chichester. El deán, hombre de gran cultura y conocimientos, era un gran aficionado a la relojería y tenía una magnífica colección de relojes que abarcaba desde el siglo XV hasta nuestros días. Le pareció a lord Arthur que esta afición del buen deán le ofrecía una magnífica oportunidad para desarrollar su plan. Cosa muy distinta era, por supuesto, dónde conseguir un artefacto explosivo. El *London Directory*^[74] no le aportó información alguna al respecto, y supuso que sería poco práctico acudir a Scotland Yard^[75] en busca de ayuda, pues aquella gente, al parecer, sólo se enteraba de las actividades de los terroristas después de haberse producido el atentado con explosivos y, aun así, a duras penas.

De pronto se acordó de su amigo Rouvaloff, un joven ruso de tendencias muy revolucionarias, que había conocido durante el invierno en casa de lady Windermere. Se suponía que el conde Rouvaloff estaba escribiendo la biografía de Pedro el Grande^[76] y había venido a Inglaterra con el propósito de estudiar los documentos relativos a la estancia del zar en este país como carpintero naval; pero todo el mundo sospechaba que era un agente nihilista, y desde luego la embajada rusa no veía con agrado su presencia en Londres. Lord Arthur pensó que era exactamente la persona que necesitaba, y se dirigió una mañana a la fonda donde vivía en Bloomsbury^[77] para pedirle consejo y ayuda.

—¿Así que se está tomando la política en serio? —dijo el conde Rouvaloff, al comunicarle lord Arthur el objeto de su misión. Pero lord Arthur, que odiaba todo tipo de fanfarronadas, se sintió en la obligación de admitir que no tenía el menor interés en las cuestiones sociales, y que únicamente quería el artefacto explosivo

para solventar una cuestión familiar que sólo a él atañía.

El conde Rouvaloff le contempló algunos instantes con asombro y, cuando se hubo cerciorado de que hablaba muy en serio, escribió una dirección en un pedazo de papel, le puso sus iniciales, y se lo alargó por encima de la mesa.

—Scotland Yard daría mucho por conocer estas señas, querido amigo.

—No las tendrán —exclamó lord Arthur riéndose; y tras estrechar cordialmente la mano del joven ruso, corrió escaleras abajo, examinó el papel e indicó a su cochero que le llevase a Soho Square.

Allí lo despidió, y caminó por Greek Street hasta llegar a un lugar llamado Bayles Court. Atravesó una arcada y se encontró en un curioso *cul-de-sac*^[78], donde había al parecer una lavandería francesa, a juzgar por la intrincada red de cuerdas de tender que se extendía de casa a casa y el revoloteo de ropa blanca en el aire matinal.

Se encaminó directamente al final y llamó a una casita verde. Tras una pausa, durante la cual todas las ventanas se convirtieron en una borrosa masa de mirones, un extranjero de aspecto bastante rudo le abrió la puerta y le preguntó en un inglés muy incorrecto qué asunto le traía. Lord Arthur le alargó el papel que le había dado el conde Rouvaloff. Cuando el hombre lo vio, hizo una reverencia e invitó a lord Arthur a pasar a un humilde saloncito del piso bajo, que daba a la calle; a los pocos instantes, Herr Winckelkopf, como le llamaban en Inglaterra, irrumpió en la habitación con una servilleta llena de manchas de vino alrededor del cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El conde Rouvaloff me ha dado una nota de presentación para usted —dijo lord Arthur inclinándose—, y estoy impaciente por entrevistarme brevemente con usted por un asunto de negocios. Me llamo Smith, Robert Smith, y deseo que me proporcione un reloj explosivo.

—Encantado de saludarlo, lord Arthur —dijo riendo el pequeño y cordial alemán—. No se alarme, mi deber es conocer a todo el mundo y recuerdo haberle visto en una velada en casa de lady Windermere. Espero que su señoría se encuentre bien. ¿Le importa sentarse conmigo mientras termino el desayuno? Tengo un *pâté*^[79] excelente, y mis amigos son tan amables que aseguran que mi vino del Rhin es mejor que los que tienen en la embajada alemana.

Y antes de que lord Arthur se recuperase de la sorpresa de ser reconocido, se

encontró sentado en una habitación de la parte de atrás, degustando el más exquisito *Marcobrünnner*, en una copa color amarillo pálido grabada con el monograma imperial, y charlando de la manera más amistosa posible con el famoso conspirador.

—Los relojes explosivos —dijo Herr Winckelkopf— no son buena mercancía para la exportación, ya que, suponiendo que logran pasar por la aduana, el servicio de trenes es tan irregular, que normalmente hacen explosión antes de alcanzar su destino. No obstante, si desea uno para uso casero, le puedo proporcionar un excelente artículo y garantizarle que quedará satisfecho del resultado. ¿Puedo preguntarle quién es el destinatario? Si es para la policía o alguien relacionado con Scotland Yard, temo que no podré ayudarle. Los detectives ingleses son en realidad nuestros mejores aliados, y siempre he encontrado que, contando con su estupidez, podemos hacer exactamente lo que nos plazca. No puedo permitirme el lujo de perder a uno solo de ellos.

—Le aseguro —dijo lord Arthur— que esto no tiene absolutamente nada que ver con la policía. De hecho el destinatario del reloj es el deán de Chichester.

—¡Válgame Dios! No tenía idea de que tuviera tan fuertes sentimientos en lo tocante a la religión, lord Arthur. Son escasos los jóvenes que los tienen hoy día.

—No exagere mis méritos, Herr Winckelkopf —dijo lord Arthur ruborizándose—. La verdad es que no sé nada de teología.

—¿Se trata entonces exclusivamente de un asunto privado?

—Exclusivamente privado.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo al poco rato con una pastilla redonda de dinamita del tamaño de un penique, y un pequeño y bonito reloj francés, rematado por una figura dorada de la Libertad pisoteando a la hidra del Despotismo.

El rostro de lord Arthur se iluminó al verlo.

—Es exactamente lo que quiero —exclamó—, y ahora dígame cómo funciona.

—¡Ah, eso es un secreto mío! —contestó Herr Winckelkopf contemplando su invento con una justificada expresión de orgullo—. Dígame cuándo quiere que

explote y se lo pondré en hora para ese instante.

—Bien, hoy es martes y, si usted pudiese enviarlo inmediatamente...

—Eso es imposible. Tengo entre manos varios trabajos de importancia para algunos amigos míos de Moscú. Pero podría enviárselo mañana.

—¡Oh, llegará con tiempo suficiente, si se entrega mañana por la noche o el jueves por la mañana! —dijo lord Arthur cortésmente—. En cuanto al momento de la explosión, digamos que el viernes al mediodía exactamente. El deán siempre está en casa a esa hora.

—Viernes a mediodía —repitió Herr Winckelkopf, y tomó nota al efecto sobre un gran libro registro que había en un escritorio cerca de la chimenea.

—Y ahora le ruego me diga cuánto le debo —dijo lord Arthur levantándose de su asiento.

—Es tal menudencia, lord Arthur, que no vale la pena cobrarle nada. La dinamita viene a ser siete chelines y seis peniques, el reloj asciende a tres libras y diez peniques, y los portes son unos cinco chelines. En lo que a mí se refiere, es una satisfacción atender a cualquier amigo del conde Rouvaloff.

—Pero ¿y las molestias que se ha tomado, Herr Winckelkopf?

—¡Oh, eso no es nada! Para mí es un placer. No trabajo por dinero. Vivo por completo para mi arte.

Lord Arthur dejó sobre la mesa las cuatro libras, dos chelines y seis peniques, agradeció al hombrecillo alemán su amabilidad y, tras conseguir rechazar una invitación para conocer a algunos anarquistas en una merienda que se iba a celebrar el sábado siguiente, salió de la casa y se fue al parque.

Pasó los dos siguientes días en un estado de gran excitación y el viernes a las doce se fue al Buckingham a la espera de noticias. Durante toda la tarde, el impasible portero estuvo distribuyendo telegramas de diversas partes del país, dando resultados de carreras de caballos, veredictos de demandas de divorcio, el parte meteorológico y otras cosas por el estilo, mientras la cinta del telégrafo desgranaba los tediosos detalles de una sesión que se había prolongado durante toda la noche en la Cámara de los Comunes, y de un ligero pánico en la Bolsa londinense. A las cuatro llegaron los diarios vespertinos, y lord Arthur se refugió

en la biblioteca, con el *Pall Mall*, el *St. James*, el *Globe* y el *Echo*, con gran indignación del coronel Goodchild, que quería leer los reportajes sobre un discurso que había pronunciado esa misma mañana en la Mansion House^[80], sobre el tema de las misiones sudafricanas y la conveniencia de nombrar obispos negros en cada provincia, y que por alguna razón desconocida se negaba a leer en el *Evening News*^[81]. Sin embargo, ninguno de estos diarios contenía la menor alusión a Chichester, con lo que lord Arthur supuso que el atentado había fracasado. Fue un terrible golpe para él, y durante algún tiempo anduvo bastante deprimido. Herr Winckelkopf, al que visitó al día siguiente, le dio una serie de prolijas explicaciones, y se ofreció a facilitarle otro reloj gratis, o una caja de bombas de nitroglicerina a precio de costo. Pero había perdido la fe en los explosivos, y el mismo Herr Winckelkopf reconoció que hoy día todo está tan adulterado, que hasta es difícil encontrar dinamita en buen estado. Pero el hombrecillo alemán, aunque admitía que el mecanismo de relojería debía de haber tenido algún fallo, no perdía la esperanza de que el reloj todavía pudiera hacer explosión, y citó como ejemplo el caso de un barómetro que enviara en cierta ocasión al gobernador militar de Odessa^[82] y que, aunque iba preparado para explotar a los diez días, no lo hizo hasta pasados tres meses. Verdad es que, cuando hizo explosión, sólo sirvió para hacer picadillo a la criada, pues el gobernador había abandonado la ciudad hacía seis semanas; pero demostraba que la dinamita, considerada como fuerza destructora y bajo control de relojería, era un agente poderoso, aunque algo impuntual. A lord Arthur le animaron algo estas observaciones, pero aún tuvo que sufrir otra decepción, pues dos días más tarde, al subir las escaleras, la duquesa le llamó a su tocador y le mostró una carta que acababa de recibir del deanato de Chichester.

—Jane escribe unas cartas encantadoras —dijo la duquesa—; realmente debes leer la última. Es casi tan buena como las novelas que Mudie^[83] nos envía.

Lord Arthur le arrebató la carta de la mano. Decía lo siguiente:

Deanato de Chichester

A 27 de mayo

Queridísima tía:

Muchas gracias por la franela que mandaste para la Sociedad Dorcas, así como por la guinga^[84]. Estoy totalmente de acuerdo contigo en lo absurdo que es que quieran ponerse cosas bonitas, pero hoy día todo el mundo es tan radical e

irreligioso, que es difícil hacerles ver que no deben intentar vestir como lo hacen las clases superiores. No sé adónde vamos a parar. Como dice papá a menudo en sus sermones, vivimos en una época sin fe.

Nos divertimos mucho con un reloj, que un admirador envió a papá el pasado jueves. Venía de Londres, en una caja de madera, a porte pagado. Papá cree que se lo debe de haber mandado alguien que ha leído su notable sermón «¿Es libertad el libertinaje?», ya que, encima del reloj, hay una figura de mujer con algo sobre la cabeza que dice papá que es el gorro frigio de la Libertad. Pienso que no la favorece mucho, pero papá dice que es histórico, así que imagino que estará bien. Parker lo desempaquetó, y papá lo colocó encima de la repisa de la chimenea de la biblioteca; allí estábamos todos sentados, el viernes por la mañana, cuando al dar el reloj las doce, oímos algo como un chirrido, salió un poco de humo del pedestal de la figurilla, y la diosa de la Libertad se desplomó ¡rompiéndose la nariz contra el guardafuegos de la chimenea! María se alarmó mucho, pero ofrecía un aspecto tan ridículo, que a James y a mí nos dio un ataque de risa, e incluso a papá le pareció divertido. Cuando lo examinamos, vimos que era una especie de reloj despertador, y que, si se pone a una hora determinada, y se coloca un poco de pólvora y un detonador bajo un martillito, explota siempre que quieras. Papá dijo que no podía quedar en la biblioteca, pues hace bastante ruido, así que Reggie se lo llevó a la escuela y allí está todo el día lanzando petardos. ¿Crees que a Arthur le gustaría como regalo de boda? Me imagino que estarán muy de moda en Londres. Papá dice que han de hacer mucho bien, pues demuestran que la libertad no puede perdurar, sino que acaba por derrumbarse. Papá dice que la libertad se inventó en tiempos de la Revolución Francesa. ¡Qué desagradable parece!

Ahora debo irme a la Sociedad Dorcas, donde leeré tu tan instructiva carta. ¡Qué acertada, querida tía, es tu idea de que la gente de su clase debe llevar ropa que no le favorezca! Y aún añadiré que su preocupación por la vestimenta es absurda, habiendo tantas cosas mucho más importantes en este mundo, y no digamos en el otro. Estoy encantada de que tu popelín de flores te resultara tan bien, y de que tu encaje no se desgarrara. El miércoles, para ir a casa del obispo, me pondré el vestido de raso amarillo que fuiste tan amable de regalarme; creo que me quedará muy bien. ¿Tú le pondrías lazos o no? Jennings dice que ahora los lleva todo el mundo y que se llevan las enaguas con volantes. Reggie acaba de efectuar otra explosión, y papá ha mandado llevar el reloj a los establos. Creo que a papá no le gusta tanto como al principio, aunque se siente muy halagado de que le mandaran un juguete tan bonito e ingenioso. Demuestra que la gente lee sus sermones y saca provecho de ellos.

Papá te envía su cariño, al igual que James, Reggie y María. Esperamos que tío Cecil esté mejor de su gota. Considérame, querida tía, tu siempre afectuosa sobrina,

JANE PERCY.

P. S. —Contéstame sobre lo de los lazos. Jennings insiste en que están de moda.

Tras leer la carta, lord Arthur se quedó tan serio y abatido, que la duquesa prorrumpió en carcajadas.

—Querido Arthur —exclamó—, nunca más te volveré a mostrar la carta de una jovencita. Pero ¿qué le digo del reloj? Creo que es un invento estupendo; incluso a mí me gustaría tener uno.

—No me entusiasma la idea —dijo lord Arthur con una triste sonrisa y, tras besar a su madre, salió de la habitación.

Cuando llegó arriba, se echó sobre un sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había hecho cuanto había podido para cometer un asesinato, pero en ambas ocasiones había fracasado, aunque no por su culpa. Había intentado cumplir con su deber, pero parecía como si el mismo destino le hubiese hecho traición. Le oprimía la sensación de lo estéril que eran sus buenas intenciones, y lo inútil que resultaba intentar ser cumplidor. Tal vez lo mejor fuese romper su compromiso de matrimonio de una vez por todas. Sybil sufriría, ciertamente, pero el sufrimiento no lograría emponzoñar una naturaleza tan noble como la de ella.

En cuanto a él, ¿qué importaba? Siempre habría una guerra en la que morir, alguna causa por la que dar la vida y, puesto que la vida no era ya un placer, la muerte no le atemorizaba. Que el destino llevara a cabo su sino. No movería un dedo por ayudarlo.

A las siete y media se vistió, y se fue al club. Allí encontró a Surbiton, con un grupo de jóvenes, y no tuvo más remedio que cenar con ellos. Su charla trivial y sus despreocupadas chanzas no le interesaban y, tan pronto como trajeron el café, los dejó pretextando un compromiso para poder marcharse. Al salir del club, el portero le entregó una carta. Era de Herr Winckelkopf, rogándole le visitara a la tarde siguiente, para echar una ojeada a un paraguas explosivo que estallaba al abrirse; acababa de recibirlo de Ginebra, y era verdaderamente el último grito. Rompió la carta en pedazos. Había resuelto no hacer más experimentos.

Posteriormente, deambuló hacia el Thames Embankment^[85] y permaneció algunas horas sentado junto al río. La luna atisbaba, como el ojo de un león, entre una melena de oscuras nubes; innumerables estrellas brillaban en la hueca bóveda, como partículas de oro espolvoreadas sobre una cúpula púrpura. De cuando en cuando alguna barcaza se balanceaba en la turbulenta corriente, y se alejaba flotando con la marea. Las señales ferroviarias cambiaban de verde a escarlata cuando los trenes atravesaban rechinando el puente. Al cabo de algún tiempo resonaron las doce campanadas desde lo alto de la torre de Westminster, y la noche pareció estremecerse con cada golpe de la sonora campanada. Luego se apagaron las luces del ferrocarril, y sólo quedó una solitaria farola brillando como un gran rubí engarzado en un mástil gigante. El rumor de la urbe se hizo más tenue.

A las dos, se levantó y caminó hacia Blackfriars. ¡Qué irreal parecía todo! ¡Era como un sueño extraño! Las casas del otro lado del río parecían hechas de tinieblas. Se diría que las sombras y la plata habían vuelto a construir el mundo. La enorme cúpula de la catedral de San Pablo flotaba como una burbuja en la oscuridad.

Cuando se aproximaba al obelisco de Cleopatra, divisó a un hombre reclinado sobre el parapeto; al acercarse, el hombre levantó la vista y la luz de gas le dio de lleno en el rostro.

¡Era el señor Podgers, el quiromántico! Su cara gorda y flácida, sus gafas de montura de oro, su débil sonrisa enfermiza y su boca sensual resultaban inconfundibles.

Lord Arthur se detuvo. De repente se le ocurrió una idea genial y se le acercó cautelosamente por detrás. Rápidamente agarró al señor Podgers por las piernas y lo arrojó al Támesis. Se oyó un vulgar juramento, hubo una gran salpicadura, y todo quedó en silencio. Lord Arthur escudriñó el río ansiosamente, pero lo único que acertó a ver del quiromántico fue su gran sombrero de copa haciendo piruetas en un remolino de agua iluminado por la luna. Al cabo de un rato, el sombrero también se hundió y no quedó ni rastro del señor Podgers. Por un momento le pareció ver la abultada y deforme figura intentando alcanzar la escalerilla del puente, y le invadió una horrible sensación de fracaso, pero resultó ser simplemente un reflejo que desapareció al surgir la brillante luna detrás de una nube. Parecía que, por fin, había cumplido con los mandatos del destino. Exhaló un profundo suspiro de alivio, y el nombre de Sybil acudió a sus labios.

—¿Se le ha caído algo, señor? —dijo de pronto una voz tras él.

Se volvió en redondo, topándose con un policía que portaba una linterna.

—Nada de importancia, sargento —contestó sonriendo, y, llamando a un cabriolé de alquiler que por allí pasaba, saltó a su interior, e indicó al conductor que lo llevase a Belgrave Square.

Durante los días siguientes osciló entre el temor y la esperanza. Hubo momentos en los que casi esperaba que el señor Podgers irrumpiera en su habitación, y, sin embargo, en otras ocasiones, tenía la sensación de que el hado no podía ser tan injusto con él. Por dos veces fue a la dirección del quiromántico, en West Moon Street, pero no se atrevió a llamar al timbre. Deseaba salir de dudas, pero también lo temía.

Finalmente llegó. Estaba sentado en el salón de fumar del club, tomando el té, y escuchando desganadamente una descripción que Surbiton le hacía de la última copla cómica del Gaiety¹⁸⁶¹, cuando entró un camarero con la prensa vespertina. Cogió el *St. James* y estaba hojeándolo distraídamente, cuando atrajo su atención este extraño titular:

SUICIDIO DE UN QUIROMÁNTICO

Palideció de excitación, y comenzó a leer. El párrafo decía:

«Ayer, a las siete de la mañana, el cuerpo del eminente quiromántico, señor Septimus R. Podgers, fue depositado por la corriente en la orilla del Támesis, a la altura de Greenwich, justo frente al hotel Ship. El infortunado caballero había desaparecido hacía algunos días, y en los círculos quirománticos existía una honda preocupación por su seguridad. Se piensa que se ha suicidado bajo la influencia de un desarreglo mental transitorio, originado por un exceso de trabajo, veredicto ratificado esta misma tarde por un jurado del *coroner*¹⁸⁷¹. El señor Podgers acababa de concluir un elaborado tratado sobre el tema de la mano humana, que será publicado en breve y que, sin duda, despertará gran interés. El difunto tenía sesenta y cinco años de edad, y al parecer no tenía familia.»

Lord Arthur salió corriendo del club, con el periódico aún en la mano, ante la gran sorpresa del portero, que en vano intentó detenerle, y se dirigió inmediatamente a Park Lane. Sybil lo vio desde la ventana y presintió que era portador de buenas noticias. Bajó corriendo a su encuentro y al ver su rostro adivinó que todo iba bien.

—Querida Sybil —exclamó lord Arthur—. ¡Casémonos mañana!

—¡Pero, tonto, si la tarta no está encargada! —dijo Sybil riéndose a través de sus lágrimas.

Cuando se celebró la boda unas tres semanas más tarde, la iglesia de St. Peter estaba abarrotada por una verdadera muchedumbre de gente elegante. El deán de Chichester ofició de modo impresionante, y todo el mundo coincidió en que no habían visto pareja más hermosa que el novio y la novia. Sin embargo, eran algo más que hermosos, eran felices. Ni por un instante lamentaba lord Arthur todo lo que había sufrido por bien de Sybil, al tiempo que ella, por su parte, le daba lo mejor que una mujer puede darle a un hombre: admiración, ternura y amor. En su caso, el amor no murió al enfrentarse con la realidad. Siempre se sintieron jóvenes.

Algunos años más tarde, cuando ya tenían dos preciosos niños, lady Windermere fue a visitarlos a Alton Priory, un adorable y antiguo lugar que había sido el regalo de boda del duque a su hijo. Una tarde en que estaba sentada con lady Arthur bajo un tilo del jardín, contemplando cómo correteaban por la rosaleda el niño y la niña como caprichosos rayos de sol, tomó de pronto la mano de su anfitriona entre las suyas, y le dijo: —¿Es usted feliz, Sybil?

—Querida lady Windermere, claro que soy feliz. ¿No lo es usted?

—No tengo tiempo de ser feliz, Sybil. Siempre me gusta la última persona que me presentan; pero, por regla general, tan pronto llego a conocer a la gente, me canso de ella.

—¿No le satisfacen sus leones, lady Windermere?

—¡Oh, no, querida! Los leones sólo sirven para una temporada. En cuanto les cortan las melenas, son los seres más aburridos del mundo. Además, si una es realmente agradable con ellos, se comportan muy mal. ¿Se acuerda de aquel horrible señor Podgers? Era un terrible impostor. Por supuesto que no me importaba en absoluto, e incluso le perdoné que quisiera pedirme dinero prestado, pero no podía soportar que me hiciese la corte. Acabó por conseguir que odiara la quiromancia. Ahora me dedico a la telepatía. Es mucho más divertido.

—No debe usted hablar aquí mal de la quiromancia, lady Windermere; es el único tema sobre el que Arthur no consiente bromas. Le aseguro que se lo toma muy en serio.

—¿No pretenderá decirme que cree en ello, Sybil?

—Pregúntele usted misma, lady Windermere, ahí viene.

Lord Arthur subía por el jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano, y los dos niños saltando a su alrededor.

—¿Lord Arthur?

—Diga, lady Windermere.

—¿No pretenderá decirme que cree en la quiromancia?

—Claro que sí —dijo el joven sonriendo.

—Pero ¿por qué?

—Porque le debo toda la felicidad de mi vida —musitó, echándose sobre un sillón de mimbre.

—Mi querido lord Arthur, ¿qué es lo que le debe?

—A Sybil —contestó, entregando las rosas a su esposa y contemplando sus ojos violetas.

—¡Qué tontería! —exclamó lady Windermere—. Nunca oí tamaña tontería en toda mi vida.

La esfinge sin secreto

Un aguafuerte

Estaba una tarde sentado en la terraza del *Café de la Paix*, contemplando el esplendor y la pobreza de la vida parisina y meditando, mientras bebía un vermut, acerca del extraño panorama de orgullo y miseria que desfilaba ante mí, cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre. Me volví y vi a lord Murchinson. No nos habíamos vuelto a ver desde que habíamos estudiado juntos en la universidad, hacía casi diez años, por lo que me alegró sobremanera encontrarme de nuevo con él, y nos estrechamos la mano calurosamente. Habíamos sido grandes amigos en Oxford. Yo le apreciaba enormemente, pues era muy elegante, animado y caballeroso. Solíamos decir de él que sería el mejor de los muchachos si no dijera siempre la verdad, pero creo que en el fondo le admirábamos aún más por su franqueza. Lo encontré extremadamente cambiado. Parecía ansioso y turbado y daba la impresión de que algo le preocupaba. Supuse que no sería debido al escepticismo moderno, ya que Murchinson era *Tory*^[88] a pie juntillas y creía en el Pentateuco^[89] con tanta firmeza como en la Cámara de los Lores^[90], así que deduje que se trataría de una mujer y le pregunté si ya se había casado.

—No comprendo a las mujeres lo suficientemente bien —contestó.

—Mi querido Gerald —le dije—, las mujeres son para amarlas, no para comprenderlas.

—No puedo amar, si no puedo confiar.

—Creo que hay un misterio en tu vida, Gerald —exclamé—; cuéntamelo.

—Vamos a dar un paseo en coche —contestó—, esto está demasiado abarrotado. No, un coche amarillo no; de cualquier otro color. Ese verde oscuro de ahí nos valdrá —y a los pocos instantes trotábamos por el bulevar en dirección a la Madeleine^[91].

—¿Dónde vamos? —dije.

—Adonde te plazca —contestó—; al restaurante del Bois^[92]; cenaremos allí y me contarás todo lo referente a ti.

—Quiero oírte a ti primero —dije—, cuéntame tu secreto.

Sacó del bolsillo un pequeño estuche de tafilete con cierre de plata y me lo alargó. Lo abrí. Dentro había una fotografía de mujer. Era alta y esbelta, y extrañamente llamativa por sus grandes y misteriosos ojos y su pelo suelto. Parecía una *clair-voyante*^[93] y estaba envuelta en lujosas pieles.

—¿Qué te parece ese rostro? —dijo—. ¿Es de fiar?

Lo examiné cuidadosamente. Me pareció la cara de alguien que guarda un secreto, aunque no podía determinar si el secreto era bueno o perverso. Su belleza parecía compuesta de muchos misterios —era en realidad más psicológica que plástica—, la tenue sonrisa que esbozaban sus labios era demasiado sutil para ser dulce.

—Bien —exclamó impaciente—, ¿qué te parece?

—Parece la Gioconda¹⁹⁴ envuelta en visones —le contesté—. Cuéntame todo lo relacionado con ella.

—Ahora no —dijo—, después de la cena.

Y comenzó a hablar de otras cosas.

Cuando el camarero nos trajo el café y los cigarrillos, recordé a Gerald su promesa. Se levantó del asiento, recorrió la habitación dos o tres veces, de arriba a abajo, y, hundiéndose en un sillón, me narró la siguiente historia.

—Una tarde —me dijo— estaba paseando por Bond Street¹⁹⁵ a eso de las cinco. Hubo una tremenda colisión de carruajes y casi se colapsó el tráfico. Cerca de la acera, había una pequeña calesa amarilla que, por alguna razón, me llamó la atención. Al pasar junto a ella, surgió de su interior el rostro que te mostré esta tarde. Me fascinó al instante. Toda la noche estuve pensando en él y todo el día siguiente. Deambulé de arriba abajo por aquel condenado paseo, mirando dentro de cada carruaje, a la espera de la calesa amarilla, pero no pude encontrar a *ma belle inconnue*¹⁹⁶, y al fin comencé a pensar que se trataba simplemente de un sueño. Aproximadamente una semana más tarde fui a cenar con madame de Rastail. La cena era a las ocho, pero a las ocho y media aún estábamos esperando en el salón. Finalmente el criado abrió la puerta y anunció a lady Alroy. Era la mujer que había estado buscando. Entró muy lentamente, como un rayo de luna envuelto en encaje gris, y con gran satisfacción por mi parte se me pidió acompañarla al comedor. Una vez sentados, le comenté inocentemente: »—Creo que la vi en Bond Street, ya hace algún tiempo, lady Alroy.

»Se puso muy pálida y me dijo en voz baja:

»—Le ruego no hable tan alto; podría oírle alguien.

»Me sentí incomodísimo por haber tenido tan mal comienzo y me lancé alocadamente a hablar del teatro francés. Ella decía muy poco, siempre con el mismo tono bajo y musical, y parecía como si temiese que alguien estuviera escuchando. Me enamoré apasionada y estúpidamente, y la indefinible atmósfera de misterio que la rodeaba suscitó mi más ardiente curiosidad. Cuando se disponía a irse, inmediatamente después de la cena, le pregunté si podría visitarla. Dudó un instante, miró a su alrededor, por si había alguien cerca, y luego dijo: «—Sí, mañana a las cinco menos cuarto.

»Rogué a madame de Rastail que me hablara de ella; pero todo lo que pude saber fue que era viuda, y tenía una preciosa casa en Park Lane¹⁹⁷¹; y como un aburrido científico comenzara una disertación acerca de las viudas, considerándolas como el ejemplo de la supervivencia del elemento más apto del matrimonio, me marché a casa.

»Al día siguiente, llegué a Park Lane con toda puntualidad, pero el mayordomo me informó que lady Alroy acababa de salir. Me marché al club bastante cariacontecido y muy intrigado; después de mucho considerarlo, le escribí una carta preguntándole si me permitiría probar suerte alguna otra tarde. No obtuve contestación durante varios días, pero finalmente recibí una breve nota donde me decía que estaría en casa el domingo a las cuatro, y que llevaba esta extraordinaria postdata: «Por favor, no me escriba aquí de nuevo. Me explicaré cuando le vea.»

»El domingo me recibió y estuvo realmente encantadora, pero, cuando ya me iba, me rogó que, si volvía a tener ocasión de escribirle, dirigiese la carta a la señora Knox, en la biblioteca Whittaker, Green Street.

»—Existen razones —me dijo— que me impiden recibir correspondencia en mi casa.

»La vi a menudo durante toda la temporada, y la atmósfera de misterio jamás la abandonó. A veces pensé que estaba bajo el poder de algún hombre, pero parecía tan inaccesible, que me costaba creerlo. Verdaderamente, me era muy difícil sacar conclusión alguna, pues era como uno de esos extraños cristales que se ven en los museos, que aparecen transparentes en un momento, y turbios al siguiente. Al fin decidí pedirle que accediese a ser mi esposa; estaba hartísimo del incesante sigilo que imponía a todas mis visitas y a las escasas cartas que le envié. Le escribí a la biblioteca para preguntarle si podría verme al lunes siguiente a las seis. Contestó que sí, y me sentí transportado al séptimo cielo. Estaba loco por ella

a pesar del misterio, según creía entonces (a causa de él, según lo veo ahora). No era a la mujer a quien amaba. El misterio me turbaba, me enloquecía. ¿Por qué el azar me puso tras sus huellas?

—¿Entonces lo descubriste? —exclamé.

—Mucho me temo que sí —contestó—. Juzga por ti mismo.

»Cuando llegó el lunes almorcé con mi tío, y a eso de las cuatro me encontré en Marylebone Road. Como sabes, mi tío vive en Regent's Park. Quería llegar a Picadilly^[98], y atajé a través de una serie de miserables callejuelas. De pronto vi a lady Alroy caminando muy deprisa delante de mí y cubierta con un espeso velo. Al alcanzar la última casa de la calle, subió las escaleras, sacó una llave y entró.

»“Aquí está el misterio”, me dije, y me apresuré a examinar la casa. Parecía el típico lugar donde alquilan habitaciones.

»En el umbral había un pañuelo, que se le había caído. Lo recogí y lo guardé en el bolsillo. Entonces comencé a considerar lo que debía hacer. Llegué a la conclusión de que no tenía derecho a espiarla y me dirigí al club. A las seis fui a verla. Estaba echada en un sofá, con un traje de tarde, de tisú plateado, con aquellos broches de extrañas adularias que siempre llevaba. Tenía un aspecto adorable.

»—Estoy tan contenta de verle —me dijo—; no he salido en todo el día.

»La contemplé con asombro, y sacando el pañuelo de mi bolsillo, se lo alargué.

»—Dejó caer esto en Cummor Street esta tarde, lady Alroy —le dije con mucha parsimonia.

»Me miró aterrorizada, aunque no hizo ademán de coger el pañuelo.

»—¿Qué estaba haciendo allí? —le pregunté.

»—¿Qué derecho tiene usted a interrogarme? —contestó.

»—El derecho de un hombre que la ama —repliqué—. Vine aquí para pedirle que sea mi esposa.

»Escondió el rostro entre sus manos y prorrumpió en sollozos.

»—Debe contármelo todo —continué.

»Ella se incorporó y, mirándome directamente a los ojos, dijo: »—No hay nada que contar, lord Murchinson.

»—Fue allí para encontrarse con alguien —exclamé—. Ese es su misterio.

»Se puso terriblemente pálida y dijo:

»—No fui a encontrarme con nadie.

»—¿Es que no puede decir la verdad? —exclamé.

»—Ya se la he dicho —replicó.

»Yo estaba enloquecido, frenético; no sé lo que dije, pero le dije cosas horribles. Al fin salí precipitadamente de la casa. Al día siguiente me escribió una carta; se la devolví sin abrir, y partí hacia Noruega con Alan Colville. Volví al cabo de un mes, y lo primero que leí en el *Morning Post*¹⁹⁹¹ fue la muerte de lady Alroy. Había cogido un resfriado en la ópera y había fallecido a los cinco días, de congestión pulmonar. Me encerré en casa y no vi a nadie. La había amado tanto, la había amado tan locamente... ¡Dios mío! ¡Cuánto había amado a aquella mujer!

—¿Fuiste a la calle, a la casa? —le pregunté.

—Sí —contestó—. Un día fui a Cummor Street. No pude evitarlo; la duda me torturaba. Llamé a la puerta y me abrió una mujer de aspecto respetable. Le pregunté si tenía algún cuarto para alquilar.

»—Bueno, señor —me contestó—, se supone que los salones están alquilados, pero no he visto a la señora desde hace tres meses, y como el alquiler está sin pagar, puede usted quedarse con ellos.

»—¿Es ésta la señora? —le dije mostrándole la fotografía.

»—Sí, es ella, no cabe duda —exclamó—. ¿Y cuándo va a volver, señor?

»—La señora ha fallecido —repliqué.

»—¡Oh, señor, espero que no! —dijo la mujer—. Era mi mejor inquilina. Me pagaba tres guineas semanales, simplemente por sentarse en mis salones de vez en cuando.

»—¿Se citaba aquí con alguien? —dije.

»La mujer me aseguró que no, que siempre venía sola, y que no veía a nadie.

»—¿Y qué demonios hacía aquí? —exclamé.

»—Sencillamente, se sentaba en el salón, señor, leía libros, y a veces tomaba el té —me contestó la mujer.

»No supe qué decir, así que le di un soberano¹⁰⁰¹ y me fui.

—¿Qué crees que significa todo esto? ¿Crees que la mujer decía la verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué iba allí lady Alroy?

—Mi querido Gerald —le contesté—, lady Alroy era sencillamente una mujer con la manía del misterio. Alquilaba esas habitaciones por el placer de acudir allí, con la cara velada, e imaginar que era una heroína. Le apasionaba lo misterioso, aunque ella era simplemente una esfinge sin secreto.

—¿Tú crees eso de verdad?

—Estoy seguro —le repliqué.

Sacó el estuche de tafelete, lo abrió y contempló la fotografía.

—¿Será posible? —dijo al fin.

El modelo millonario

Nota de admiración

A menos que uno sea rico, no sirve de nada ser encantador. Ser romántico es privilegio de ricos y no profesión de desempleados. El pobre ha de ser práctico y prosaico. Es mejor disponer de una renta permanente que ser fascinador. Estas son las grandes verdades de la vida moderna, pero Hughie Erskine nunca se enteró de ellas. ¡Pobre Hughie! Intelectualmente, hemos de admitir, no era muy destacado. Jamás en su vida dijo nada brillante, ni siquiera irritante. Pero eso sí, con su cabello castaño rizado, su perfil impecable y sus ojos grises era enormemente atractivo. Resultaba agradable tanto a los hombres como a las mujeres, y poseía todas las habilidades, excepto la de ganar dinero. Su padre le había legado su sable de caballería y la *Historia de la guerra peninsular*^[1001] en quince volúmenes. Hughie colgó el primero encima del espejo, colocó la segunda en una estantería, entre la *Guide Ruff's* y el *Baileys Magazine*^[1002], y vivía con una renta de 200 libras anuales que le pasaba una anciana tía. Lo había intentado todo. Fue asiduo de la Bolsa durante seis meses, pero ¿qué podía hacer una mariposa entre osos y toros?^[1003] Fue comerciante de té durante una temporada algo más larga, pero pronto se cansó del *pekoe* y del *souchong*^[1004]. Luego intentó vender jerez seco. Tampoco resultó; su jerez era tal vez una pizca demasiado seco. Finalmente se convirtió en un don nadie, un delicioso e inútil joven, con un perfil perfecto y sin profesión.

Para complicar aún más las cosas se había enamorado. La joven que amaba era Laura Merton, hija de un coronel retirado, que había perdido el humor y el estómago en la India, sin que jamás los volviera a encontrar. Laura lo adoraba, y él bebía los vientos por ella. Eran la pareja más hermosa de Londres, y entre ambos no tenían un penique. Al coronel le caía muy bien Hughie, pero no quería oír hablar de matrimonio.

—Venga a verme, muchacho, cuando tenga diez mil libras y entonces ya veremos —solía decir, y en tales ocasiones Hughie se ponía muy triste y tenía que acudir a Laura en busca de consuelo.

Una mañana, de camino hacia Holland Park, donde vivían los Merton, se acercó a ver a un gran amigo suyo, Alan Trevor. Trevor era pintor, como casi todo el mundo hoy en día. Pero además era un artista, y los artistas andan más escasos. Personalmente era un tipo brusco y extraño, de rostro pecoso y con una rala barba pelirroja. No obstante, cuando cogía el pincel, era un auténtico maestro y sus cuadros estaban muy solicitados. Al principio se había sentido muy atraído por

Hughie, hay que reconocer que debido por completo a su encanto personal.

—Las únicas personas que un pintor debiera tratar —solía decir— son aquellas que son *bête*^[105] y hermosas, seres cuya contemplación constituya un placer artístico, y cuya conversación suponga un reposo intelectual. Los dandis y las mujeres adorables son los amos del mundo, o al menos debieran serlo.

Sin embargo, cuando llegó a intimar con Hughie, se encariñó con él por su carácter animoso y alegre y su naturaleza generosa y espontánea, y le concedió *entrée*^[106] permanente en el estudio.

Cuando Hughie llegó, se encontró a Trevor dando las últimas pinceladas a un magnífico retrato de tamaño natural de un mendigo. El mendigo en persona se hallaba de pie sobre una tarima, en un rincón del estudio. Era un viejo enjuto, con el rostro como un pergamino arrugado, y una expresión que daba pena. Llevaba echada sobre el hombro una basta capa marrón toda andrajosa; sus gruesas botas estaban llenas de parches y remiendos. Con una mano se apoyaba en un tosco bastón, mientras con la otra tendía un desastrado sombrero, pidiendo limosna.

—¡Qué modelo más asombroso! —susurró Hughie, al tiempo que estrechaba la mano de su amigo.

—¿Un modelo asombroso? —repitió Trevor a gritos—. ¡Ya lo creo! Mendigos como éste no se encuentran todos los días. Una *trouvaille mon cher*^[107]. ¡Un Velázquez viviente! ¡Voto a bríos! ¡Menudo aguafuerte hubiese hecho Rembrandt^[108] con él!

—¡Pobre viejo! —dijo Hughie—. ¡Qué aspecto tan miserable! Aunque imagino que para vosotros los pintores su rostro vale una fortuna.

—Claro que sí —replicó Trevor—, no pretenderás que un mendigo parezca feliz, ¿verdad?

—¿Cuánto gana un modelo por posar? —preguntó Hughie, sentándose cómodamente en un diván.

—Un chelín^[109] por hora.

—¿Y tú cuánto sacas por el cuadro, Alan?

—¡Bueno, por éste me dan dos mil!

—¿Libras?

—Guineas^[110]. Los pintores, los poetas y los médicos siempre cobran en guineas.

—Vaya, entonces creo que el modelo debería llevar un tanto por ciento — exclamó Hughie riéndose—. Trabaja tanto como tú.

—¡Paparruchas! ¡Fíjate sólo en el trabajo de aplicar la pintura y tener que estar de pie todo el día, junto al caballete! Para ti es muy fácil hablar así, Hughie, pero te aseguro que hay momentos en los que el arte casi alcanza la dignidad de un trabajo manual. Pero deja de charlar, estoy muy ocupado. Fúmate un cigarrillo y estáte calladito.

Al cabo de un rato entró el criado y le dijo a Trevor que el fabricante de marcos quería verle.

—No te vayas, Hughie —dijo al salir—, vuelvo en seguida.

El viejo mendigo aprovechó la ausencia de Trevor para descansar un poco en un taburete de madera que había detrás de él. Tenía un aspecto tan abatido y miserable, que Hughie no pudo menos de compadecerse de él, y rebuscó en sus bolsillos para ver qué dinero tenía. Todo lo que pudo encontrar fue un soberano^[111] y algunas monedas de cobre.

«Pobre hombre —pensó—. Lo necesita más que yo, aunque esto signifique un par de semanas sin poder tomar un coche.»

Atravesó el estudio y deslizó el soberano en la mano del mendigo.

El anciano se sobresaltó y una leve sonrisa revoloteó por sus labios ajados.

—Gracias, señor —dijo—, gracias.

En aquel momento llegó Trevor y Hughie se marchó algo ruborizado por su acción. Pasó el día con Laura, recibió una encantadora reprimenda por su extravagancia, y tuvo que volver andando a casa.

Esa noche entró en el Club de la Paleta a eso de las once y se encontró a Trevor sentado solo, en el salón de fumar, ante un vaso de vino con sifón.

—Qué, Alan, ¿ya tienes el cuadro terminado? —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¡Terminado y enmarcado, muchacho! —dijo Trevor—. Por cierto, has hecho una conquista. El viejo modelo que viste está entusiasmado contigo. Le tuve que contar toda tu vida; quién eras y dónde vivías, de qué renta disponías y cuáles eran tus proyectos.

—Querido Alan —exclamó Hughie—, seguramente lo encontraré esperándome cuando llegue a casa. Supongo que estás bromeando. ¡Pobre desgraciado! Me gustaría poder hacer algo por él. Encuentro terrible que alguien sea tan mísero. Tengo en casa montones de ropa vieja, ¿crees que la querrá? ¡Caramba, sus andrajos estaban hechos jirones!

—Pero si tiene un aspecto magnífico con ellos —dijo Trevor—. Por nada del mundo lo pintaría en traje de etiqueta. Lo que tú llamas harapos, yo lo denomino romanticismo. Lo que a ti te parece miseria, para mí es pintoresco. Sin embargo, le comunicaré tu ofrecimiento.

—Alan —dijo Hughie en serio—, vosotros los pintores no tenéis corazón.

—El corazón de un artista está en su cabeza —replicó Trevor—; y además nuestro oficio consiste en mostrar el mundo tal como lo vemos, y no en reformarlo según lo conocemos. *A chacun son métier*^[112]. Y ahora cuéntame cómo está Laura. El viejo modelo se interesó mucho por ella.

—¿No pretenderás decir que le hablaste de ella? —dijo Hughie.

—Claro que lo hice. Ya sabe todo lo del inflexible coronel, la adorable Laura y las diez mil libras.

—¿Así que has discutido mis asuntos privados con ese viejo mendigo? —exclamó Hughie, enrojando vivamente, y enfadándose.

—Querido muchacho —dijo Trevor sonriendo—, ese viejo mendigo, como tú dices, es uno de los hombres más ricos de Europa. Podría mañana mismo comprarse Londres entero sin dejar su cuenta en descubierto. Tiene casa en todas las capitales, cena en vajilla de oro, y es capaz de impedir que Rusia entre en guerra, si lo desea.

—¿Qué demonios quieres decir? —exclamó Hughie.

—Lo que acabas de oír —dijo Trevor—. El viejo que viste hoy en mi estudio es el barón Hausberg. Es un gran amigo mío, compra todos mis cuadros y hace cosas de ese estilo, y me encargó hace un mes que lo pintara vestido de mendigo. *Que voulez-vous? La fantaisie d'un millionnaire!*^[113] Y tengo que reconocer que tenía un aspecto magnífico con sus harapos, mejor dicho con los míos; porque es un traje viejo que adquirí en España.

—¡El barón Hausberg! —exclamó Hughie—. ¡Santo cielo! ¡Y yo que le di un soberano!

Y se hundió en un sillón, convertido en la imagen del desaliento.

—¿Le diste un soberano? —exclamó Trevor, estallando en ruidosas carcajadas—. Mi querido muchacho, nunca más lo volverás a ver. *Son affaire c'est l'argent des autres*^[114].

—Podías habérmelo advertido, Alan —dijo Hughie resentido—, y no dejar que me comportara como un necio.

—Bueno, Hughie —dijo Trevor—, en primer lugar nunca se me pasó por la imaginación que fueses por ahí repartiendo limosnas a tontas y a locas. Puedo comprender que beses a una modelo guapa, pero que le des un soberano a un modelo feo, ¡por Dios que no! Además, la verdad es que hoy no estaba para nadie y, cuando entraste, pensé que a Hausberg no le gustaría que mencionase su nombre. Ya viste que no estaba precisamente de etiqueta.

—¡Debe de pensar que soy un zopenco! —dijo Hughie.

—Nada de eso. Al marcharte se quedó de un humor excelente; se reía por lo bajo y se frotaba las viejas manos arrugadas. Ni se me ocurrió pensar por qué estaría tan interesado por ti, pero ahora ya lo entiendo. Invertirá tu soberano. Hughie, te pagará los intereses cada seis meses, y dispondrá de una estupenda anécdota para contar en la sobremesa.

—Soy un pobre diablo sin suerte —masculló Hughie—. Lo mejor que puedo hacer es irme a la cama; querido Alan, no se te ocurra contárselo a nadie. No me atrevería a aparecer por el Row^[115].

—¡Tonterías! Esto, Hughie, es buena muestra de tu espíritu filantrópico. Y no te vayas. Coge otro cigarrillo y háblame de Laura cuanto quieras.

Sin embargo, Hughie no se quedó; se fue andando hasta casa, sintiéndose muy desgraciado, mientras que Alan Trevor se quedaba riéndose a carcajadas.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, el criado le subió una tarjeta en la que estaba escrito:

«Monsieur Gustave Maudin, *de la part de*^[116] M. le baron Hausberg.»

—Supongo que vendrá a pedirme una explicación —se dijo Hughie—, y mandó al criado que hiciera subir al visitante.

Un anciano caballero, de pelo gris y gafas de oro, entró en el cuarto y preguntó con ligero acento francés:

—¿Tengo el honor de dirigirme a monsieur Erskine? Hughie asintió con la cabeza.

—Vengo de parte del barón Hausberg —continuó—. El barón...

—Le ruego, señor, que le ofrezca mis más sinceras disculpas —tartamudeó Hughie.

—El barón —añadió el anciano caballero con una sonrisa— me ha encargado que le traiga esta carta.

Y le tendió un sobre cerrado.

En el exterior estaba escrito: «Regalo de boda para Hugh Erskine y Laura Merton, de parte de un viejo mendigo»; dentro había un cheque por valor de diez mil libras.

Cuando se casó la pareja, Alan Trevor actuó de padrino y el barón pronunció un discurso en el almuerzo nupcial.

—Un modelo millonario —comentó Alan— es algo bastante raro, pero, ¡vive Dios, un millonario modelo lo es aún mucho más!

Apéndice

La época

La Revolución

Industrial.

Algunos

datos sobre

Inglaterra

El siglo XIX es el siglo de la burguesía y del envés de su hoja, el proletariado. La Revolución Industrial, que consiste básicamente en la sustitución del trabajo artesanal por la máquina, supone un cambio decisivo con respecto a los sistemas de producción de cualquier sociedad anterior. Ninguna había superado el tope que imponían el hambre, la mortandad, una tecnología y una ciencia insuficientes. Como dice E. J. Hobsbawn: «Las trabas que contenían la capacidad productiva fueron eliminadas, y desde entonces se hizo posible la multiplicación constante, rápida y hasta hoy ilimitada de hombres, bienes y servicios»^[117]. Consecuencias de este proceso, cuyo origen se remonta a la industria algodonera inglesa de la segunda mitad del siglo XVIII, son:

Algunas

consecuencias

de la

Revolución

Industrial

La formación de las urbes industriales alrededor de los grandes centros productivos que se crean entonces. Se acelera el éxodo rural. En 1836 había en Inglaterra 17 ciudades con una población superior a 50.000 habitantes; en Francia, país europeo que ocupa el segundo lugar en este capítulo, había sólo nueve.

Las nuevas tensiones sociales entre los trabajadores y los dueños de las

empresas. El proletariado, hijo de esta revolución, sufre condiciones durísimas de vida. En Inglaterra niños de cinco años trabajan en las fábricas. Hay jornadas laborales de quince horas. Surge el proyecto comunista.

Se produce un gran avance científico y técnico en íntima relación con el desarrollo industrial que lo impulsa. El telégrafo (1837), el teléfono y la electricidad revolucionan el comercio. Mejoran notablemente los medios de transporte. En 1848 Inglaterra contaba con 8.000 kilómetros de vía férrea.

La búsqueda de nuevos mercados en los que dar salida a una producción que crece día a día y la necesidad en constante aumento de materias primas son algunas de las razones que motivaron la expansión colonial. Entre 1875 y 1902 el Imperio Británico aumentó 14.000.000 de km². Su población llegó a suponer en 1909 el 23 por 100 del total de la tierra, y la superficie que controlaba, el 20 por 100.

*Notas sobre
la mentalidad
y creencias
del siglo XIX*

El siglo XIX es el siglo del racionalismo, a tenor del cual toda realidad puede ser analizada siguiendo métodos científicos; del empirismo, que considera la experiencia como único procedimiento válido para llegar a conocer el mundo; del pragmatismo, según el cual el valor se mide por el grado de utilidad. La *fe en el progreso* y en la civilización, junto con el liberalismo económico, doctrina partidaria de la no intervención del Estado en la vida mercantil, son también características suyas. La burguesía, segura de sus logros y de sus aspiraciones, proclama estas ideas acordes con su dominio. Como dice Bertrand Russell: «El efecto más importante de la producción mecánica sobre la imagen del mundo es un inmenso aumento de la conciencia del poder del hombre. Antes las montañas o las cascadas eran fenómenos naturales; ahora una montaña que no conviene puede suprimirse y una cascada puede crearse si es preciso»^[118]. Parafraseando a este mismo autor podemos afirmar que, junto a estas particularidades de lo que llamaremos la contestación racionalista al pasado científico, político, filosófico, económico o artístico, existe una tendencia romántica, revoltosa, contestataria, descontenta con el feo mundo que poco a poco impone la sociedad capitalista. A esta segunda tendencia, sólo en parte contrapuesta a la primera, de la que a veces

recoge sabiamente los elementos liberadores, pertenece Oscar Wilde.

Inglaterra

hacia mediados

de siglo.

La Era

victoriana

Inglaterra se había convertido en la primera potencia, llegando en 1880 a controlar el 46 por 100 del tonelaje mercantil mundial. A pesar de que los primeros años de la Era victoriana (1837-1901) fueron de descontento social, crisis económica y de que en ellos nacieron organizaciones extraparlamentarias, la comprensión por parte de los gobernantes de la necesidad de atender a las reformas y la mayor estabilidad social ayudaron a que el fantasma armado que recorrió Europa en 1848 no hiciera más que pasear suavemente sus cadenas por Inglaterra. El miedo «al peligro rojo», causa de la política regresiva que el resto de las naciones practicó después de la sublevación revolucionaria de ese año, no existió en este país. La estrategia del llamado «espléndido aislamiento», iniciada en la década de los veinte, daba buen resultado. Consistía en no participar en las disputas europeas a menos que se viera amenazada la seguridad del Imperio. Son años de mejoras sociales. En 1884 se llega, a través de reformas paulatinas, a un sufragio casi universal. Las *Trade Unions*, los sindicatos ingleses, encauzaron las protestas obreras. Desde mediados de siglo dejaron a los dos grandes partidos, los *Whigs* y los *Tories*, la acción política, pasando a ocuparse sólo de las cuestiones sociales. Estadistas como Peel, Palmerston, Disraeli, Gladstone y Salisbury hicieron progresar al país. El gobierno de Irlanda conoció notables mejoras.

Hay que decir, sin embargo, que hacia 1890 la situación empeoró. Factores a considerar en este cambio son: el desarrollo de Alemania y de los Estados Unidos, cuya producción, incentivada por medidas proteccionistas, crece a mayor ritmo que la inglesa, el reforzamiento de las organizaciones obreras y los problemas en el campo causados por la competencia del trigo americano.

La expansión

colonial

En esta época, gracias a la supremacía marítima, al control de las rutas comerciales y a la superioridad de sus naves, Inglaterra ganó la carrera colonial. Se adquirió Hong-Kong, y las colonias australianas alcanzaron gran importancia. Canadá pasó a la Corona. Tanto en la India, de la cual fue declarada emperatriz la reina Victoria (1819-1901) en 1876, como en China o África se extendieron las posesiones, pudiendo la metrópolis, a través de su explotación, mantener y aumentar su grado de prosperidad.

Los grandes

novelistas

La literatura victoriana

La novela es el género áureo del momento. Autores *novelistas* de primerísima línea como Charles Dickens (1821-1870), W. M. Thackeray (1815-1872), Emily Brontë (1818-1848), George Eliot (1819-1880), Anthony Trollope (1815-1882), R. L. Stevenson (1850-1894), Thomas Hardy (1840-1928) o Henry James (1843-1916) son algunas de las figuras que escriben entonces lo que se ha dado en llamar novela realista. Iniciada en el siglo anterior, algunas de sus características esenciales son: la limitación del elemento fantástico; la ambientación contemporánea y realista; la utilización de un lenguaje cotidiano; la búsqueda de lo verosímil y posible. Entre todos los autores citados destaca Dickens. Su gran capacidad de observación y de selección de los detalles más significativos, su imaginación e inventiva le colocan por encima de cualquier otro de sus compañeros de oficio, aunque alguno sea de tanta calidad como Thackeray, padre de *La Feria de las vanidades*. Dickens es un crítico moderado de la sociedad, pero la profundidad de su visión queda atenuada por los elementos cómicos y sentimentales, a pesar de que su tono sea el más documental. Algunas de sus obras más importantes son *David Copperfield*, *Oliver Twist*, *La historia de dos ciudades* o *Los papeles del Club Pickwick*. Según Peter Quennell, «el auténtico héroe de las novelas de Dickens es Londres, la enorme ciudad que amó y odió»^[19]. Si este autor representa el lado urbano del realismo, Hardy o Eliot dieron lo mejor de su obra al tratar de la vida rural. Hardy, en un tono más interiorizado, no se propone como Dickens reformar la sociedad. Esencialmente pesimista, se limita a intentar que ésta no se forme vanas ilusiones que no podrá realizar. Obra suya es *Tess of the D'Urbervilles* (Teresa de Urbervilles), que alcanzó un resonante éxito.

La poesía

de la época

victoriana

En la Inglaterra victoriana no hay ningún gran poeta comparable a las figuras de talla europea que aparecen en Francia, como, por ejemplo, Charles Baudelaire (1821-1876). Las condiciones no favorecen su desarrollo, aunque esto no quiera decir que no hubiera podido llegar a darse. Nos encontramos en momentos de progreso equilibrado en los que impera el racionalismo. La búsqueda de temas lejanos a la problemática social de entonces explica también la poca importancia que cobró el género frente a la novela, mucho más conectada con el sentir mayoritario. Alfred Tennyson (1809-1892) y Robert Browning (1812-1882) dominan el panorama. El verso de Tennyson es eminentemente musical y, sobre todo, en los poemas breves, demuestra unas excelentes dotes técnicas. Su mejor obra es *In Memoriam*, elegía dedicada a un amigo muerto en la que dejó lo más selecto de una vena lírica que pronto quedó agotada. Browning, por su parte, es un autor complejo, pero mediocre. Se caracteriza por la mezcla de erudición y análisis psicológicos. Su obra principal es *Hombres y Mujeres*, galería de retratos de personajes de diferentes épocas que se presentan en el momento crucial de su vida. Emplea en ella el recurso preferido por él, hacer hablar a los personajes hasta conseguir su caracterización.

El Movimiento

prerrafaelista

El Movimiento prerrafaelista supone una ruptura con la tradición victoriana, o al menos un cambio de dirección. El espiritualismo, el idealismo, el simbolismo y la exaltación de la Edad Media son sus rasgos principales. Dante Gabriel Rossetti (1828-1882), quien le bautizó, quiso resucitar la pintura italiana anterior a Rafael, cuya ingenuidad y pasión admiraba. Pronto el movimiento se extendió a la literatura, aunque en este campo adquirió menos importancia. Los pintores y poetas adeptos se reunieron en torno a la Hermandad Prerrafaelista, establecida en 1848. El gusto por lo decorativo, el superesteticismo ideal y formal, la expresión de una subjetividad muy compleja y el rechazo de los ideales burgueses son motivos de esta tendencia artística que para W. B. Yeats (1865-1939) es el equivalente inglés del simbolismo galo. Sin ellos no podríamos comprender los planteamientos del movimiento «L'art pour l'art» (el arte por el arte) en los que Oscar Wilde se inscribe.

John Ruskin

(1819-1900)

Relacionado con los prerrafaelistas, a los que apadrinó, Ruskin es uno de los grandes teóricos del momento. Sus concepciones, comunes en esto con las del grupo citado, sostienen que el fin del arte es la belleza. Pero mientras los prerrafaelistas no derivaron de ello ninguna consecuencia social, Ruskin quiso aplicar el arte a la mejora de la sociedad, alejándolo así de su pureza. Propugnaba la utilidad de la belleza como elemento benéfico y dignificador para el conjunto de los hombres. Estas consideraciones le acercaron a los socialistas utópicos.

Walter Pater

(1839-1894)

y el movimiento

esteticista:

«l'art pour l'art»

El esteticismo encontró sus fundamentos teóricos en Pater, quien representa en Inglaterra el lado puramente individualista de las tendencias defensoras del arte puro. Pater sostiene que el objetivo de la vida consiste en buscar la belleza por encima de todo, pues ella nos proporciona la felicidad. Las sensaciones a través de las cuales podemos alcanzarla son fugaces, por eso nuestros esfuerzos han de orientarse hacia su goce intenso y, puesto que nos hacen dichosos, hacia su cultivo y multiplicación. Sólo importa el disfrute de la experiencia, sus consecuencias son indiferentes. Únicamente el placer que extraigamos de esas sensaciones, que el arte como intermediario entre nosotros y la belleza nos hace gustar, dará sentido a una existencia breve y anodina.

Si Ruskin había derivado los ideales prerrafaelistas hacia planteamientos socializantes, Pater se sitúa en la amoralidad y en el individualismo extremo, en el hedonismo absoluto. De forma paralela se desplaza el interés de la ética a la sensibilidad y desaparece la creencia, tan querida por Ruskin, en un mundo medieval idealizado, reflejo de sus pretensiones sociales, imagen de sus deseos de felicidad comunitaria. Los esteticistas ni creían en él, ni les interesaba. Ellos vuelven la vista hacia un Renacimiento también idealizado, pero únicamente como motivo de inspiración estética.

Oscar Wilde llevó a la práctica las teorías de Pater, hacia las cuales se sentía atraído por afinidad personal. En él encontró justificación al hedonismo pagano y a la atracción desmedida por la belleza que llevaba dentro de su ser: la coincidencia fue perfecta. Ruskin, por su parte, le influyó en la comprensión de las dimensiones éticas del arte. Aunque Oscar Wilde siempre consideró que este último era superior a la moral, asunto que no era de su competencia^[120], no dejó por ello de comprender la injusticia del mundo en el que vivió y de sentir cierta simpatía, visible en buena parte de su obra, por los desheredados; su elitismo artístico y sus veleidades aristocráticas no le impidieron mirar a su alrededor.

Termino esta parte con una cita que habla de las dos tendencias fundamentales que hemos tratado. «“L’art pour l’art” fue un movimiento relacionado con el romanticismo. Nació en el período postrevolucionario del mundo burgués, junto con el realismo, que se proponía explorar y criticar la sociedad. “L’art pour l’art” es también una protesta contra el utilitarismo vulgar, y las ásperas preocupaciones mercantiles de la burguesía. Su origen radica en la decisión del artista de no producir mercancías en un mundo donde todo era mercancía»^[121].

La familia de

Oscar Wilde

El autor

Oscar Fingal O’Flahertie Wills Wilde llevaba en ese nombre múltiple y sonoro la marca de unos padres cultos, generosos, originales, amantes de su país, el sello de una madre soñadora, apasionada, a veces estrafalaria. Oscar pertenece al folklore celta, Fingal es el padre de Ossian, mítico bardo escocés, y O’Flahertie el primer historiador de Irlanda.

Sir William Wills Wilde (1815-1876), padre de Oscar Wilde, era hijo de burgueses acomodados. Médico de profesión, se dedicó también al folklore irlandés, a viajar de joven y a las mujeres. Sobre las leyendas y tradiciones del país y sobre los lugares que visitó antes de establecerse en Dublin para ejercer su carrera, dejó escritos dos libros. Fruto de su otra afición fueron varios hijos ilegítimos y, consecuencia de la denuncia presentada por una paciente seducida y despechada, un caro proceso del que sus finanzas y su reputación salieron malparadas. Notable oftalmólogo y otorrinolaringólogo, llegó a ser médico de la reina, siéndole concedido el nombramiento de sir en 1864.

La madre de Oscar, Jane Francesca Elgee, pretendía ser descendiente de Dante, el gran poeta medieval, cuyo apellido, Alighieri, habría evolucionado hasta convertirse en Elgee. Mujer vehemente, contradicha en su deseo de que Oscar fuera niña, se repuso del disgusto vistiéndole hasta los diez años como si lo hubiera sido. Antes de casarse, escribió encendidos artículos en favor de la libertad de Irlanda.

William, el hermano mayor, futuro periodista, e Isola Francesca, muerta a los pocos años de edad, completan el panorama familiar.

Los primeros

años

y la escuela

Oscar nació en Dublin el 16 de octubre de 1854. Recibió las primeras enseñanzas en el hogar, y su primer acercamiento al mundo del arte lo hizo a través de las reuniones que su madre ofrecía. En esta escuela mundana que fue su domicilio trató con gentes de varia condición, políticos, escritores, bohemios, actores... Jane Francesca, en un alarde dramático, sólo se mostraba después de las cinco, con los postigos echados y las estancias iluminadas por lámparas cuya luz velaban pantallas de color rosa. Llena de joyas, muy maquillada y con vestidos recargados, era la reina del salón más conocido y variopinto de Dublin. No es difícil imaginar que el amor al teatro que el escritor sintió siempre tenía raíces familiares.

En 1864 Oscar fue llevado a estudiar a la Portora Royal School, donde pasó siete años. Poco se conoce de esta etapa de su vida transcurrida en uno de los mejores colegios de Irlanda. En todo caso allí se fraguó su incipiente amor hacia el mundo clásico y hacia la literatura, su falta de afición deportiva, su desinterés por las matemáticas, su originalidad e ingenio apenas despiertos.

Llegada a la

universidad

En 1871 Oscar Wilde comenzó su etapa universitaria en el Trinity College de Dublin, la mejor universidad protestante de Irlanda; Allí continuó la educación espiritual que había comenzado en la escuela con una vida de estudios afines a sus gustos y sensibilidad. Siguió leyendo torrentes de literatura inglesa y profundizó

su formación clásica. En sus relaciones sociales ejercitó el ingenio y sus grandes dotes de conversador ameno y brillante. La buena situación familiar le abrió las puertas de la mejor sociedad dublinaesa. En 1874, merced a sus conocimientos helenísticos, ganó la medalla de oro del premio Berkeley y una beca para estudiar en Oxford. Antes, durante su estancia en el Trinity College, había conocido a sir John Pentland Mahaffy y a R. I. Tyrrell, dos profesores que le ayudaron a consolidar sus inquietudes juveniles, sobre todo el primero, por el que sintió la simpatía y atracción del adolescente hacia quien representa algo de lo que él desearía ser. El reverendo Mahaffy era culto, refinado, de correctísimo trato social, pero sobre todo conocía Grecia, donde había vivido y, además, en palabras del propio Oscar, «en todo adoptaba el punto de vista artístico, que iba siendo cada vez más mi único punto de vista»^[122].

Su paso

por Oxford

Al cumplir los veinte años, Oscar Wilde ingresó en el Magdalen College de Oxford, el 17 de octubre de 1874. El escritor siempre recordó su estancia allí como una de las etapas decisivas de su vida. La belleza del lugar, el trato con algunos espíritus escogidos, personas gráciles y sensibles, la visión cotidiana de cuerpos más ágiles y hermosos que el suyo, la paz de una vida retirada que no conoce las privaciones y que se dedica a realizar sólo aquello que colma su dicha, el ocio refinado, culto, creativo, la ausencia de obstáculos para la imaginación, las enseñanzas de grandes profesores, la excelente reputación de la que llegó a gozar, todo ello debió contribuir a que su paso por Oxford dejara un hondo recuerdo de felicidad y encanto en su memoria. Es entonces cuando comienza a publicar sus primeros poemas en revistas y cuando conoce nuevos países. Visita Roma, quedando muy satisfecho al ver que los dioses griegos también habitan en el Vaticano. Se siente atraído por el boato, el lujo, la estética rica y llamativa del ritual cristiano. En 1876 muere su padre. Oscar emplea el poco dinero que le había dejado como herencia en pagar algunas deudas y en costearse uno de sus grandes sueños, ir a Grecia. Lo hace el año siguiente acompañado por el reverendo Mahaffy y un reducido grupo de alumnos. Como helenista, Oscar completa su preparación con el conocimiento directo de los lugares en los que vivieron los escritores y las gentes objeto de sus estudios; como escritor en formación se encuentra a sí mismo. Los ideales de belleza y placer que él deseaba encarnar, hacer guía de su existencia, son evocados en un mundo que los tuvo como aspiración máxima, cuyos restos, tan abundantes, tan hermosos, contempla entonces. Mesías de un nuevo paganismo, no pudo dejar de sentir que aquélla era su tierra y él un griego errante

nacido fuera de época y lugar.

En los cuatro años que pasó en Oxford, Wilde formó en torno suyo una reputación que correspondía cabalmente a la imagen bella de sí mismo que siempre trató de ofrecer. Decoró sus habitaciones de forma exquisita; en ellas se interpretaba música y, bajo su batuta, se hablaba de arte. Hacía gala de su gusto por la porcelana, las flores, las alfombras, los tapices, por todo lo que cobijara un atisbo de hermosura. Fue entonces cuando por primera vez vistió el calzón corto y las medias de seda negra. Poco a poco va creándose un halo de esteta; quiere ser artista y adelanta los gestos, las actitudes precisas a una obra aún no realizada. Cree descubrir una vocación tardía de pintor. Jamás llegará a serlo, pero su atracción por los elementos pictóricos puede detectarse con mucha frecuencia en sus obras.

Amor y

camaradería

En estas circunstancias sus afectos se dirigen ya hacia los dos sexos. Enamorado de una joven y agraciada dablina que conoció durante unas vacaciones, Oscar no sólo pudo admirar en Oxford la gracia y delicadeza de algunos estudiantes o el cuerpo bello, ágil y sano de los deportistas, sino que además mantuvo relaciones más estrechas con un grupo de camaradas, unidos todos ellos por una afectividad intensa, fronteriza entre el amor y la amistad. Dice Marcel Proust (1871-1914) en *A la búsqueda del tiempo perdido* que es común que los homosexuales que en su juventud fueron licenciosos, atrevidos, o sólo naturales y acordes con sus deseos, se hagan moralistas, censuradores de la conducta ajena en su vejez, y que los que primero fueron estrictos consigo mismos, los que reprimieron su modo propio de entender el amor o el sexo, se conviertan en seres desatados a la búsqueda de cuerpos en flor cuando ven el suyo declinar por el paso del tiempo. Así, «la mayoría de esos jóvenes guapos terminaron siendo honorables padres de familia»^[123]. Pero Oscar, ajeno a las tendencias mayoritarias, aunque pasó una breve temporada de plácida vida familiar, surcó siempre los senderos que le señalaba el placer y que en su caso eran doblemente extraños a la moral victoriana dominante, puritana, represiva, porque quiso disfrutarlo por encima de todos los prejuicios y porque a menudo lo halló con los de su sexo.

El final

de su etapa

oxoniana

y sus

enseñanzas

El final de la etapa oxoniana no fue menos brillante que su comienzo. Licenciado en letras con la máxima calificación, gana ese mismo año, 1878, el premio Newdigate de poesía por su poema *Ravenna*. Respecto a su educación, Wilde había conocido en Oxford las teorías de Ruskin y de Pater. Quizá en esta época estudiantil aprendió del último que cualquier sacrificio en aras de teorías o ideas no tiene ningún atractivo frente al goce artístico. Leyó también al poeta A. Ch. Swinburne (1837-1909), hedonista y sensual, muy preocupado por la forma, como él mismo.

Su vida

en Londres

Al salir de Oxford, Oscar se instala en Londres, donde habitaban su hermano y su madre desde la muerte de sir William. Quiere ser poeta, profesor de estética y crítico de arte. Casi arruinado, continúa sintiendo la fascinación por el gran mundo, por la buena vida, el ocio creativo, las fiestas, el trato con la sociedad elegante y refinada. Los primeros pasos los da en las mediocres reuniones que seguía celebrando su madre en el nuevo domicilio.

En 1881, dos años después de haberse establecido en Londres, publica su primer libro de poemas, *Poemas*, en el que incluye lo escrito hasta entonces. Junto a la producción de Oxford aparecen composiciones ocasionales escritas después, entre las que se cuentan las dedicadas a algunas de las actrices más famosas del momento, con quienes había intentado entrar por ese medio en contacto. Conoce al pintor James Abbot McNeill Whistler (1804-1903), una de las figuras con más relumbré dentro de los esteticistas, muy conectado con los medios artísticos. Su amistad abre a Oscar, ávido de relaciones, la posibilidad de entrar en círculos cerrados hasta entonces. Poco a poco su fama se extiende. Viste chaqueta de terciopelo con un lirio o un girasol en el ojal o en la mano, calzón corto, medias de seda, corbata llamativa y zapatos escotados de charol con hebilla de plata. Sobre su melena un sombrero de ala ancha culmina su indumentaria; si el tiempo lo aconseja, una capa o un abrigo de pieles cubren su cuerpo. Es la comidilla de las fiestas, cada vez más numerosas, a las que asiste. Va siendo conocido como dandy.

Se le toma por abanderado de un movimiento, el esteticista, en el que, al menos todavía, no es una gran figura. Habla de Baudelaire y expone las teorías que había aprendido en Ruskin o Pater. El *Punch*, semanario humorístico de gusto burgués, ridiculiza en su persona toda la tendencia. El público le reconoce en uno de los personajes de la opereta burlesca *Patience*. Oscar Wilde, que sólo había publicado *Poemas*, libro no muy bien recibido por la crítica, y una obra de teatro de escasa calidad, *Vera, o los nihilistas*, corre el peligro de derrumbarse, pues nada sostiene su celebridad, de caer en el diletantismo escandaloso o en el ridículo que le hubiera llevado al rechazo, al desprecio que algunos empiezan a sentir ya por él; falta un pilar sólido que sustente su renombre.

Gira por

Estados

Unidos

A fines de 1881 se le ofrece la posibilidad de solucionar sus problemas monetarios. Acepta la proposición de realizar una gira de conferencias por los Estados Unidos para hablar sobre el Renacimiento estético inglés. Nada original dice en ellas. Sin embargo, su ingenio chispeante, oportuno, su curioso atuendo, su voz lánguida y musical no dejan de extrañar y cautivar al público que acude a oírle. Su presencia, además, sirvió de aperitivo a la opereta *Patience* que se iba a representar poco después.

Una breve

estancia

en París

Wilde vuelve de los Estados Unidos en enero de 1883. Con el dinero obtenido en la gira se va a París, donde pasa algunos meses, en los que escribe, perfecciona su ya correcto francés y se relaciona con escritores como Victor Hugo (1802-1885), su admirado Paul Verlaine (1844-1896) o Stéphane Mallarmé (1842-1898). También conoce al pintor Degas (1834-1917) y vuelve a tratar a Sarah Bernhardt (1844?-1923).

Regreso

a Londres

Regresa a Londres empobrecido, abandonada ya la indumentaria que diseñara tiempo atrás y que vistió ininterrumpidamente durante diez años, pero conservando la misma ambición, los mismos gustos caros y refinados. Un nuevo ciclo de conferencias en Inglaterra le saca de aprietos hasta fines de 1884, cuando apoyado por su hermano periodista comienza a colaborar como crítico en varias publicaciones. La sombra renovada de la penuria le impulsó a ello.

El matrimonio

y los

conflictos

El 29 de mayo de 1884 se había casado con Constance Mary Lloyd, algo más joven que él, hija única de un consejero de la reina. Vive entonces unos años de apacible relación matrimonial con una bella mujer que hubiera colmado los deseos de la mayoría de los hombres, pero que pronto aburrió a Oscar. Fruto de esta unión son dos hijos, Cyril, nacido en 1885, y Vyvyan, nacido en 1886. Como buen padre de familia, Oscar tuvo que trabajar para sacar adelante a los suyos. En 1887 le ofrecieron dirigir una publicación mensual femenina, *El mundo de la mujer*. Era el final de una larga serie de dificultades económicas para la pareja, que hizo pronto olvidar el buen sueldo con que la revista pagaba a su director. Poco parece quedar de aquel artista turbulento al que sólo el placer y la belleza atraían. Quizá su ingenio, una conversación atractiva y colorista que le hace el centro de las reuniones a las que asiste. Es la parte menos revulsiva de su arrolladora personalidad, de su proyecto creativo, la que le granjea aceptación o antipatía, admiración en suma. Faltaba la obra y la búsqueda de los antiguos ideales paganos, que no podían dejar de estar reñidos con su vida familiar estable y con una sociedad que hizo del puritanismo el ideal de conducta. Apenas escribe literatura, dedica todos sus esfuerzos, ya que no todo su genio, al periodismo.

El fracaso

matrimonial

En 1886, cansado ya de su mujer, una nueva amistad, la de Robert Ross, le hace comprender que las veleidades homosexuales de su primera juventud no eran un capítulo ocasional de su biografía, sino una dimensión básica de su persona. Vuelve a publicar. Su mala fama, azuzada por la temática de alguna de sus obras, va en aumento. De *El Retrato de Mr. W. H.*, publicado en 1889, se desprende una

apología de sus gustos eróticos, que suscitó viva polémica.

Oscar Wilde,

patriarca del

esteticismo

A partir de 1887 había dado rienda suelta a su amor a la juventud. Rodeado de artistas o estudiantes que le admiran y quieren parecerse a él, celebra reuniones como sumo sacerdote del decadentismo. Seductor y seducido, enseña la religión estética a cuantos se sienten atraídos y son aceptados por su encanto o su inteligencia. Bebe con ellos, discute, se siente a gusto a su lado, porque son jóvenes, a menudo hermosos. Escucha también la llamada del mundo sórdido del burdel.

La llegada

del éxito

Entre 1901 y 1905 vive los años de máximo esplendor. El éxito le sonríe en todos los campos. En 1901 publica *El Retrato de Dorian Gray*, su obra en prosa de más alto vuelo y de mayor impacto. Es una época de intensa vida social. Aunque no faltan quienes le rehuyen, se convierte en la atracción de los salones londinenses. Su teatro es por fin aclamado por el público. Fascina a cuantos le conocen. Nunca como ahora había sido tan brillante su conversación, tan sagaz su inteligencia, tan ingeniosas sus opiniones. Gordo, fumando sin parar, teatral en todas sus apariciones, narra historias que cautiva a quienes las oyen. Las dosis de provocación que contienen sus palabras, sus actos, le son permitidas. Se convierte en el personaje mimado de la buena sociedad londinense. En París, ciudad a la que viaja varias veces, también se reconocen sus méritos y es recibido por los círculos artísticos más avanzados del momento. Pero el triunfo no hizo prudente a Oscar Wilde, quien entonces no ocultó su doble vida. Era una misma persona la que encantaba allí donde acudía y la que se paseaba con sus jóvenes amantes sin pudor. La buena y voluble sociedad no se lo toleró; el brillo cegador de su estrella comenzó a chocar con algo mucho más fuerte que la admiración hacia quien tiene el don de atraernos, con los prejuicios de una sociedad hipócrita para la que el único pecado superior a la homosexualidad era su ostentación.

Sus relaciones

con lord Alfred

Sus relaciones con lord Alfred Douglas (1870-1945) dieron comienzo en 1891. Bosie, como le llamaban sus conocidos, era aristócrata, sensible, caprichoso, enfadadizo y muy guapo, una especie de ángel terrible. Aunque la relación pasó por diferentes períodos de intensidad y por varias separaciones, Oscar se sintió desde el principio hechizado. Cuando lord Alfred abandonó Oxford, comenzaron a ser vistos en infinidad de lugares. Con el tiempo la atmósfera en torno suyo fue caldeándose. Tras un breve alejamiento la pareja se reúne en 1894, año en que las murmuraciones alcanzan su punto culminante.

Oscar Wilde

acusa al

marqués de

Queensberry

El padre de Bosie, lord Queensberry, había amenazado a Wilde y le había instado infructuosamente a dar fin a las relaciones con su hijo. El 1 de marzo de 1895 Oscar acusó al marqués por difamación. Este, buscando el enfrentamiento, había mandado al escritor una tarjeta con la inscripción: «A Oscar Wilde, que alardea de sodomita.» La prensa se hace eco inmediato de la noticia. En el juicio, a pesar del ingenio que le ayuda a salir airoso de alguna situación comprometida, queda clara la veracidad del calificativo que el marqués había empleado en la tarjeta para insultarle. Su abogado retira al tercer día la acusación. Absuelto, Queensberry pasa de acusado a ser acusador.

Oscar Wilde

es acusado

y condenado

Perdido el proceso, Oscar había quedado pendiente de que el marqués intentara probar que su ataque se correspondía con la realidad. La querrela no se hace esperar; el escritor es detenido. Comienza el juicio el 26 de abril del mismo año. Al no serle concedida la libertad provisional, debe pasar el tiempo que duran las sesiones en prisión preventiva. Después de las deliberaciones que se celebran, el jurado no se pone de acuerdo sobre su culpabilidad, dejándole el 13 de mayo libre bajo fianza. Perseguido por la calle, se refugia en casa de su hermano. El veredicto público, cuya sentencia le declaró de antemano culpable, no había

cambiado; se le cierran todas las puertas. Rechaza la huida propuesta por sus amigos. Finalmente, el 20 de mayo sufre un segundo proceso del que resulta condenado a la pena de dos años de trabajos forzados por «vergonzosas indecencias».

Llega

la desgracia

La imprudencia cometida al presentar la demanda por difamación trajo consigo la desgracia. Después de haber sido dictada sentencia, sus obras son retiradas de los escenarios. Los acreedores, asustados, se aprestan a cobrar las deudas que había contraído por sus enormes gastos. Oscar Wilde siempre vivió por encima de su situación pecuniaria, a pesar de que en algunos momentos, como entonces, fuera muy buena. Sus bienes son subastados a precios irrisorios.

Oscar Wilde

ingresa

en prisión

Desde mayo de 1895 hasta el mismo mes de 1897 estuvo en prisión. Aunque su vida no hubiera sido lujosa y carente de privaciones, su paso por la cárcel le habría resultado igualmente penoso, pues las condiciones eran infamantes: mala alimentación, largas jornadas de trabajo y pésimas condiciones sanitarias son algunas de las penalidades que sufrió. Nunca antes había conocido una época tan desgraciada. Además el 7 de febrero de 1896 muere su madre. En 1896 se estrena en París su obra *Salomé*: es la única alegría que conoce en estos tormentosos años. El 14 de mayo de 1897, libre por fin, parte hacia Francia.

La vida

en Francia

Oscar se instala en Berneval-sur-Mer, pequeño pueblo de la costa normanda, con el seudónimo de Sebastian Melmoth. Vive gracias a la ayuda de sus amigos y a una pensión que su mujer había consentido pasarle bajo condición de que no volviera a tratar con Bosie. En la cárcel diseñó las líneas maestras de una nueva estética que ahora iba a poner en práctica: humildad, sencillez, compasión, una manera de ver las cosas cercana al cristianismo primitivo. Su salud, mala desde un

accidente carcelario, empeora.

Reencuentro

con Bosie

Al quedar libre, Oscar había empezado a recibir cartas de Bosie invitándole a un reencuentro. Tras rechazar la idea en un principio, acepta finalmente, abandona su retiro francés para acudir a reunirse con su antiguo compañero en Italia, pero la unión dura poco, tan sólo algunos meses.

Período de

de decadencia

Oscar vuelve a Berneval-sur-Mer y, pasada una angustiosa depresión, en la que se siente tentado por el suicidio, se instala en París. La muerte de su mujer, el 7 de abril de 1898, cierra la posibilidad de recuperar a sus hijos. Oscar Wilde se ve acabado, el manantial de su pluma y de su vida va dejando de fluir. En plena decadencia apura sus fuerzas; es el impulso que precede a la caída. Sigue amando la comida, la bebida, el trato con los jóvenes, la buena vida que no está al alcance de su bolsillo ni de sus energías. No le arredra la penuria, pide prestado cuanto puede. A fines de 1898 parece recobrar las esperanzas en su obra. Acompañado por Frank Harris parte hacia la Riviera, donde se propone, en vano, escribir. Conoce a Harold Mellor, con quien pasa una temporada en Suiza.

Llega

el final

Regresa a París. Sigue viviendo de prestado. Su salud empeora de nuevo, bebe incesantemente. La otitis que había contraído en prisión le obliga a entrar en el quirófano. Una breve recuperación es el preludio a la recaída definitiva. Tras una espantosa agonía, entre terribles dolores que sólo la droga logra acallar, Oscar Wilde recibe la extremaunción. El 30 de noviembre de 1900 murió en el Hotel d'Alsace, en el que había pasado los últimos años.

Vida y obra

en

Oscar Wilde

Si el interés nos lleva a acercarnos a Oscar Wilde, hemos de hacerlo sabiendo que todo en él mira al arte. Vida y obra deben leerse e interpretarse como dimensiones de un proyecto único regido por las tablas de la ley estética. Oscar Wilde, que a veces tomaba la pluma, no dejó nunca de actuar en la obra sublime y trágica de su vida^[124].

La obra

La obra de Oscar Wilde abarca prácticamente todos los géneros literarios: novela, teatro, cuento, poesía, artículo, ensayo, epístola. Quiso ser en literatura un rey Midas que en vez de convertir en oro todo lo que tocaran sus manos, hiciera bello cualquier tema, mudara en arte con la varita mágica de su pluma los sentimientos e ideas que llevaba dentro. Sólo a veces lo consiguió plenamente, pero siempre dio muestras de sus dotes excepcionales como creador, de su vivo ingenio y de su enorme sensibilidad. Nunca dejó de mirar de cara la belleza, aunque en ocasiones grises nubes se interpusieran entre ambos o, distraído, no comprendiera del todo el idioma en que ésta le hablaba.

El teatro de

Oscar Wilde

La producción dramática es uno de los capítulos importantes de su obra, quizá el más significativo desde el punto de vista de la historia literaria. Oscar Wilde fue el gran comediógrafo del momento. Su teatro, muy bien aceptado por el público burgués, que encontraba en él entretenimiento y unas dosis críticas que podía digerir sin problemas, supone una aportación valiosa y original a la escena victoriana, aunque la calidad de sus obras varía enormemente. La mayoría de ellas está caracterizada por la mezcla de elementos melodramáticos y de alta comedia. Brillan la ironía, la paradoja, el humor fino, los diálogos vivos y chispeantes, la crítica personal y decadente de algunos usos sociales. Sobresale *La importancia de llamarse Ernesto*, pequeña obra maestra dentro del tipo de comedias de enredo, pero *El abanico de Lady Windermere* y *Una mujer sin importancia* son otras piezas excelentes. Entre sus dramas destaca uno escrito en francés, *Salomé*, lleno de cualidades poéticas, auténtica joya del teatro esteticista.

Las obras

poéticas

Si su teatro, cómico en su mayoría, se aleja en cierta medida de los ideales estéticos que postulaba, no ocurre así con sus obras poéticas. En *La Esfinge*, uno de sus poemas más ambiciosos y el de más larga elaboración, la influencia simbolista se hace patente en las imágenes y sensaciones evocadas, en la técnica depuradísima con la que está escrito. Aparecen en él, como en casi toda su producción poética, elementos pictóricos que dan fuerza a una imaginería fabulosa y mítica. Sus temas y motivo preferidos están todos presentes: paganismo, invitación al placer, belleza, indolencia, lujo, exotismo.

Su poema más acabado es, sin embargo, *La balada de la cárcel de Reading*. A pesar de que a veces sea excesivamente melodramático, y su estilo, engolado o artificioso en exceso algunos momentos, nos encontramos ante «un gran poema de tipo popular», en el cual los defectos citados son «culpas menores dentro de un conjunto magnífico, en absoluto pretencioso»^[125]. Los diferentes modos de expresión se adecúan al contenido con gran efectividad. Oscar Wilde nos describe los sufrimientos de un condenado a morir en la horca por el asesinato de su amante en clave de lirismo contenido. El alegato contra las prisiones que se desprende, posee la autenticidad que le proporciona la experiencia dolorosa que el autor vivió en una de ellas.

Los ensayos

de

Oscar Wilde

Oscar Wilde escribió un buen número de ensayos entre los que merece la pena citar: *El alma del hombre bajo el socialismo*, en el cual, desde el punto de vista de un socialismo individualista, se propone la integración del arte y la sociedad en un mismo proyecto global en busca de la perfección y la felicidad del hombre. Según sus opiniones, el socialismo es el único sistema capaz de instaurar las condiciones que harían posible el nuevo helenismo, que es su modelo ideal.

Sus teorías específicas sobre el arte están contenidas en el volumen *Intenciones*, en el cual se recogen varios trabajos como *El crítico artista*, *La decadencia de la mentira* o *Pluma, lápiz y veneno*. En ellos expone los principios del esteticismo: el arte concebido como algo superior a la realidad y como algo ajeno a las valoraciones y juicios de la ética, cuyas reglas desconoce. Véase, sin embargo, lo dicho antes con respecto a sus simpatías humanas reflejadas en la obra.

La escasa originalidad de las opiniones que expresa en sus ensayos, casi todas rastreables en otros autores, se ve compensada por su buena construcción, su bello diseño y por algunas intuiciones valiosas, sobre todo en el caso de *El alma del hombre bajo el socialismo*, bien argumentado y lleno de ingenio.

El retrato

de Dorian

Gray

En el género novelístico se inscribe una de las obras de Oscar Wilde que más fama le han dado, *El retrato de Dorian Gray*. La historia narra la vida de un deslumbrante muchacho aristócrata que posee el don de no envejecer. Tan desagradable actividad la realiza su retrato, en cuya imagen se van depositando los resultados del paso del tiempo y de las atrocidades que comete. Dorian, corrompido por las teorías aprendidas de uno de sus amigos, se entrega a la experiencia bella, al goce intenso como fines absolutos de una existencia privilegiada que no considera el carácter moral ni las consecuencias de sus actos. El origen de todos estos planteamientos lo hemos visto ya en las páginas anteriores. Al final el protagonista, en un rasgo que desmiente en cierta medida el hedonismo extremo que había mostrado y que hace sitio a la moral, hasta entonces ausente, decide destruir el lienzo. Todos los estragos del tiempo pasan entonces a su cuerpo, mientras el retrato conserva su imagen joven. El encanto de algunos personajes, la gracia e ingenio de sus diálogos, la buena plasmación de las teorías en un marco narrativo, son algunos de los ingredientes que hacen de la novela un libro de lectura amena e interesante.

De

Profundis

Otra obra que conviene reseñar es *De Profundis*, escrita bajo forma de epístola dirigida a Bosie. Realizada en prisión, en ella el autor revisa su pasado y apunta las líneas de un cambio en su actitud frente a la vida. En medio de la desgracia asume el dolor y acepta la austeridad y la desdicha como un complemento a su existencia anterior, esplendorosa y llena de emociones.

El fantasma de Canterville

Algunos de los cuentos que escribió Oscar Wilde son piezas magistrales

llenas de perfección y encanto. Muestra de ello son dos de los incluidos en este volumen, *El crimen de Lord Arthur Savile* y *El fantasma de Canterville*. Los otros dos son piezas menores, aunque la gracia y el interés no estén ausentes.

Rasgos

comunes

a los cuatro

cuentos

La distinta extensión de las narraciones que presentamos, así como el hecho de que traten temas diversos en varias claves, no impide la existencia de características comunes que hacen posible ver en ellos la misma mano creadora, unidad de estilo resultante de una sola impronta artística. Algunas de ellas son: el humor fino, teñido, según el tratamiento de aquello sobre lo que se aplica, de ternura o ironía, constante presencia que ameniza el hilo narrativo; la abundancia de situaciones cómicas que se suceden con rapidez y perfecta conexión; la excelente utilización de los numerosos diálogos, vivos, ingeniosos y chispeantes casi siempre; las descripciones someras, pero efectivas, en las que destacan las cualidades plásticas; la ambientación contemporánea de los temas tradicionales que constituyen el fondo de estos cuentos; la aparición casi exclusiva de individuos pertenecientes a las clases acomodadas como protagonistas.

Una

subdivisión

de las

narraciones

Para analizar con más detenimiento algunos aspectos de las narraciones haremos una división en dos grupos que creemos útil a tal efecto: el de *El modelo millonario* y *La esfinge sin secreto*, y el de *El crimen de lord Arthur Savile* y *El fantasma de Canterville*.

Los cuentos del primer grupo hablan de un acontecimiento aislado en la vida de un hombre, de una anécdota única extrapolada del conjunto de su existencia. El carácter se presenta formado; el pasado y el futuro, o bien quedan en

la oscuridad, o bien se perfilan ligeramente. Así de Hugo Erskine, en *El modelo millonario*, conocemos su carácter —ya definido en el momento de su presentación— y su pasado a través de unas simples pinceladas; apenas trazadas en el caso de lord Murchison y casi ausentes por lo que respecta a lady Alroy, de *La esfinge sin secreto*. Sobre sus andanzas posteriores a la anécdota central no conocemos absolutamente nada. Además, el número de personajes es muy reducido. Salvo el protagonista, el resto está caracterizado de modo muy somero. Los personajes secundarios de ambos cuentos, como son Trevor, en menor medida, el barón Hausberg o Laura de *El modelo millonario*, el narrador y madame de Rastail de *La esfinge del secreto*, no hacen otro papel que el de arropar y dar coherencia a un episodio central apuntalado por pequeños acontecimientos de segundo orden.

Los cuentos del segundo grupo ofrecen no sólo un episodio, sino una serie de ellos reunidos en torno al personaje principal, más complejo y tratado con mayor riqueza de matices. Como episodios podemos citar las varias apariciones de sir Simon, que conducen a su agotamiento, y los intentos de asesinato de lord Arthur.

Otras

diferencias

También se diferencian de los anteriores en que el ámbito de personajes es más amplio. En *El fantasma de Canterville* hay que unir a los que son meros comparsas, como los gitanos, los lacayos, el jefe de la estación o el reverendo Augusto Dampier, con aquellos que poseen algunos trazos definidos, capaces de proporcionarles un perfil más concreto; así los miembros de la familia Otis, Virginia sobre todo, o en menor medida la señora Umney, lord Canterville o el joven duque de Cheshire. También en *El crimen de lord Arthur Savile* hay personajes de corta aparición, pero dignos de ser mencionados, sobre todo lady Windermere, Clementina Beauchamp, Herr Winckelkopf, el conde Rouvaloff o Sybil, junto a otros menores, aunque sirvan para estructurar el relato, como el señor Merton.

Otro rasgo que distingue los cuentos del primer grupo de los del segundo es que en éstos el tono realista de *La esfinge sin secreto* y de *El modelo millonario* se ve desbordado por el elemento fantástico en *El fantasma de Canterville*, y por la parodia de las historias de intriga en el caso de *El crimen de lord Arthur Savile*, restando así verosimilitud a la trama.

Estructura

de los

cuentos:

El fantasma

de Canterville

El fantasma de Canterville se presenta dividido en siete capítulos que corresponden:

1. Presentación de los miembros de la familia americana y primeros indicios del fantasma. Se nos anuncia el posterior conflicto en la incredulidad de la familia y en su decisión de borrar la mancha. La señora Umnel explica los orígenes de sir Simon.

2. Se da fin al planteamiento y comienza el nudo de la historia con la primera aparición del fantasma, que sufre su primera derrota clara. El proceso de degradación anunciado en el primer capítulo cobra caracteres dramáticos al ser agredido moral y físicamente.

3. Primera señal de la actitud disidente de Virginia, que se niega a bromear sobre la mancha. Se ahonda el proceso de degradación. La segunda aparición del fantasma trae consigo su enfermedad. Restablecido, prepara el asalto final, cuya consecuencia será su derrota definitiva.

4. Último coletazo y resignación del fantasma vencido. Nueva dimensión del proceso degradatorio; sir Simon empieza a huir y a ser atacado sin que de su parte haya provocación.

5. Encuentro entre Virginia y el fantasma. Comienza la solución del conflicto. La joven, que compartirá el protagonismo hasta el final, nos informa del contenido de la profecía.

6. Dilación del resultado. Mientras el lector piensa en lo que estará ocurriendo, la narración se desplaza hacia la búsqueda de Virginia. Sólo a través de ella sabemos la muerte del fantasma y queda insatisfecha nuestra curiosidad por conocer los detalles de lo que pasó a la pareja. Finalmente, las señales de la profecía se cumplen. El fantasma se ha salvado. La muerte y el perdón cierran el ciclo de este ser condenado a vivir sin descanso.

7. Final feliz de Virginia. La joven cuenta a su marido las enseñanzas que sacó de la experiencia con el fantasma, quien no sólo le regaló las joyas, sino que además la enriqueció moralmente.

El crimen

de lord

Arthur

Savile

El crimen de lord Arthur Savile se divide en seis capítulos que obedecen al siguiente esquema:

1. Revelación del destino gracias a un personaje misterioso.

2. Crisis del protagonista, que ve turbada su existencia.

3. Aceptación de la fatalidad del destino que le ha tocado en suerte y creencia de que sin superarlo será imposible alcanzar la felicidad. En este capítulo termina el planteamiento de la historia y comienza su nudo al poner el protagonista los medios para cumplir su obligación. Primer aplazamiento del matrimonio y primer intento de asesinato.

4. Fracaso del primer intento de asesinato al no ser él la causa de la muerte de su prima. El modo de presentarnos su resolución hace que aumente la tensión. El viaje a Venecia, punto muerto en la narración, y la tardía aparición de la bombonera no son más que dos procedimientos dilatorios para hacer que la intriga crezca.

5. Crisis provocada por el fracaso. Segundo aplazamiento del matrimonio y segundo intento de asesinato. Tras una repetición del fracaso-crisis, llegamos, de forma repentina y sorpresiva, al desenlace del conflicto. El destino se ha cumplido. El personaje se libera de su carga.

6. Final feliz. Revelación por parte del mismo personaje que le introdujo, lady Windermere, de que el quiromántico era un impostor. Lord Arthur no queda, sin embargo, desengañado. El ha consumado un ciclo y, como un héroe mítico cuyas pruebas fueran parodiadas, ha logrado su meta.

Contrasta la preparación y desarrollo de los crímenes frustrados frente al que soluciona el conflicto, que se presenta de manera inopinada a lord Arthur. Al final se altera la estructura temporal, hasta entonces predominantemente lineal. El narrador, exterior a la narración, conoce el futuro, pudiendo por ello dar un salto de «algunos años».

La esfinge

sin secreto

El rasgo más significativo de *La esfinge sin secreto* sin secreto es que el narrador no es exterior a la narración, sino que forma parte de ella como un personaje que cuenta en primera persona. Es ésta una técnica que aumenta la verosimilitud al hacer adquirir al relato un tono autobiográfico. La anécdota central se nos presenta a través del recuerdo de lord Murchison, lo que contribuye también a dar a la historia un registro de experiencia vivida.

El modelo

millonario

Podemos desglosar la estructura de *El modelo millonario* en un planteamiento-presentación, que llega hasta el momento de la visita del protagonista al estudio del pintor y su encuentro con el barón; un nudo argumental en el que ocurre la anécdota de la limosna; y una conclusión feliz en la que Hugo soluciona el problema de su matrimonio.

Notas interpretativas sobre los cuentos: El fantasma de Canterville

Notas

interpretativas

sobre los cuentos:

El fantasma

de Canterville

El fantasma de Canterville desarrolla admirablemente dos motivos literarios tradicionales: el del fantasma, «muerto que se manifiesta ante los vivos, dándoles

por regla general un susto terrible»^[126]; y el motivo del ser excepcional que por su pureza e inocencia salva al desgraciado del infortunio. La piadosa Virginia origina un final que añade al humor e ironía que bordan el relato un tono de enseñanza moral.

La historia de sir Simon es la de un autor-intérprete teatral que choca con un público incapaz de comprender el sentido de sus representaciones. La tragedia que representa es extraña a la sensibilidad de la familia americana, excepción hecha de Virginia. El fantasma que no produce miedo, al igual que el cómico que no hace reír, es grotesco. Todo su largo historial de éxitos profesionales debidos a su empeño y a su técnica depurada acaba cuando el señor Otis ofrece aceite para sus cadenas. Son dos concepciones las que se enfrentan sin posible comunicación. Además la materialista, la que hace desaparecer el misterio con un quitamanchas o el horror de una carcajada ultraterrena con un frasco de jarabe, es agresiva, encuentra un producto para cada ocasión, un contraataque para cada aparición de sir Simon, quien, magullado, enfermo, fracasado, tiene que ponerse las zapatillas de ovillo para no despertar a las fieras colonizadoras. Sólo la joven dará fin a la carrera artística, callejón sin salida en el mundo empirista y pragmático, de un actor acabado.

El crimen

de lord

Arthur Savile

El crimen de lord Arthur Savile trata también de un tema de honda raigambre literaria, el del destino que impone una conducta al protagonista, de la que no puede escapar. El tratamiento mezcla lo trágico y lo cómico. Al lado de la tragedia por la que pasa lord Arthur, nos encontramos con la salida humorística de sus intentos de asesinato. Pero lo que sorprende sobre todo no es que el protagonista crea que su destino está escrito, ni siquiera que se pueda leer en su mano gracias a un quiromántico, sino el modo de asumir lo que implica, un crimen. Poco se nos dice sobre los mecanismos psicológicos que llevan al protagonista a aceptar su maldición, tan sólo su «natural repugnancia por lo que se veía obligado a hacer, aunque pronto desapareció. El corazón le decía que no era pecado, sino sacrificio». Ahora bien, el carácter ritual de la acción y el buen fin que supondrá para lord Arthur nada restan a su crueldad. Sin embargo, el personaje, movido por su amor hacia Sybil, llega a invertir el orden de valores: «Tenía que elegir entre vivir para sí o para los demás, y por terrible que fuera la tarea que le había sido impuesta, sabía

que no debía permitir que el egoísmo triunfara sobre el amor.» Los remordimientos están fuera de contexto, sólo los habría sentido en caso de casarse con Sybil sin haber cumplido su obligación: «... y estaba absolutamente convencido de que no tenía derecho a casarse hasta haber cometido el asesinato. Cuando lo hubiera hecho podría presentarse ante el altar con Sybil Merton y poner su vida en las manos de ella, sin temor de equivocarse». La dicha que proporcionará a su esposa y la que él mismo sentirá, bastan para justificar la acción. El amor, como el arte, no se atiene a la moral, viene a decirnos la enseñanza que se desprende del cuento. Mas el carácter de la víctima, un impostor dispuesto a originar la desgracia por cien guineas, atenúa el resultado del crimen. El destino acabó volviéndose contra quien intentó abusar de él y no supo leerlo en su propia mano.

La esfinge

sin secreto

La esfinge sin secreto narra la historia de un enamoramiento causado en buena parte por el error, por la apariencia mal entendida. La actuación de la protagonista crea un misterio que enamora; de ella resulta una falsa sospecha de doble vida, que hace al enamorado renunciar a sus pretensiones. Una historia montada en torno a la intriga que suscita una persona aun después de haberse descubierto la causa por la que alquilaba el cuarto, que no era otra que la de pasar un rato en soledad: lord Murchison, tras mirar la fotografía largo tiempo, vuelve a abrir la puerta de la incertidumbre cuando se pregunta: «¿Será posible?»

El modelo

millonario

El modelo millonario es un cuento conciso, cuyo tono de enseñanza moral es evidente. La bondad de un ser, su generosidad incondicional por encima del provecho propio, son recompensadas con el dinero que le permite comprar la dicha.

Al igual que en el caso de *El crimen...*, y como luego veremos en *La esfinge...*, aparece insinuado el tema de las apariencias equívocas, el de la dificultad de interpretar los signos que emiten las personas. Los seres parecen de un modo, pero son de otro, engañan voluntariamente o sin intención, para bien o para mal, a quienes se acercan a ellos. Así Podgers no es un quiromántico veraz, de la misma

manera que el modelo pobre no es un miserable, sino un millonario.

El personaje de Trevor representa el contrapunto al de Hugo. Si éste quiere cambiar la realidad, la misión del otro consiste en «mostrar el mundo tal como lo vemos y no en reformarlo».

Vicente Javier BROX RODRÍGUEZ

Bibliografía

- AÑO TÍTULO ORIGINAL TÍTULO CASTELLANO **Novelas y cuentos**
- 1888 *The Happy Prince and other Tales*
– Contiene: *The Happy Prince; The Nightingale and the Rose; The Selphist Ciant; The Devoted Friend; The Remarkable Rocket*. *El Príncipe Feliz y otros cuentos* (1917).
– Contiene: El Príncipe Feliz; El ruiseñor y la rosa; El gigante egoísta; El amigo fiel; El famoso cohete. 1891 *The Picture of Dorian Gray*^[1]. *El retrato de Dorian Gray* (1917). 1891 *Lord Arthur Savile's Crime and other Stories*.
– Contiene: *Lord Arthur Savile's Crime; The Sphinx without a Secret; The Canterville Ghost; The Model Millionaire*. *El Crimen de Lord Arthur Savile y otras historias* (s. a.)^[2].
– Contiene: El crimen de Lord Arturo Savile; La esfinge sin secreto; El fantasma de Canterville; El modelo millonario. 1891 *A House of Pomegranates*.
– Contiene: *The Young King; The Birthday of the Infanta; The Fisherman and his Soul; The Star-child*. *La casa de las granadas* (s. a.).
– Contiene: El joven Rey; El cumpleaños de la Infanta; El pescador y su alma; El niño-estrella. 1901 *The Portrait of Mr. W. H.*^[3] *El retrato de Mr. W. H.* (1941). 1922 *For Love of the King: a Burmese masque*^[4]. *Por amor del Rey: una mascarada birmana* (1960).
- Teatro** 1880 *Vera, or the Nihilists*. *Vera, o los nihilistas* (1925). 1883 *The Duchess of Padua*. *La Duquesa de Padua* (1942). 1893 *Lady Windermere's Fan*. *El abanico de Lady Windermere* (s. a.). 1894 *Salomé: drame en un acte*^[5]. *Salome: drama en un acto* (s. a.). 1894 *A Woman of no Importance*. *Una mujer sin importancia* (1911). 1899 *An Ideal Husband*. *Un marido ideal* (1918). 1899 *The Importance of being Earnest*. *La importancia de llamarse Ernesto* (1927). 1905 *La Sainte Courtisane or the Woman covered with jewels*. *La Santa Cortesana o la mujer cubierta de joyas* (s. a.). 1908 *A Florentine Tragedy*. *Una tragedia florentina* (s. a.). **Poesías** 1878 *Ravenna*^[6]. *Rávena* (1934). 1881 *Poems*. *Poemas* (1934). 1894 *The Sphinx*^[7]. *La Esfinge* (1922). 1894 *Poems in Prose*.
– Contiene: *The Artist; The Doer ol good; The Disciple; The Master; The House of Judgment; The Teacher of Wisdom*. *Poemas en prosa* (1943).
– Contiene: El artista; El agente del bien; El discípulo; El maestro; La casa del juicio; El profesor de Sabiduría 1898 *The Ballad of Reading Gaol*. *La Balada de la cárcel de Reading*^[8] (s. a.). 1920 *To M. B. J. A M. B. J.* **Ensayos y otros escritos.** 1882 *The English Renaissance of Art.. El renacimiento inglés del arte.* (1943). 1882 *Art and the Handicraftsman*. *El arte y el artesano* (1943). 1882 *House Decoration*. *El decorado del hogar* (1943). 1883 *To Art Students*. *A los estudiantes de Arte* (1943). 1891 *Intentions*.
– Contiene: *The Critic as Artist; The Decay of Lying; Pen, Pencil and Poison; The Truth of Masks*. *Intenciones* (s. a.).
– Contiene; El crítico como artista^[9]; La decadencia del mentir^[10]; Pluma, lápiz y

veneno; La verdad de las máscaras. 1891 *The Soul of Man under Socialism*^[11]. *El alma del hombre bajo el Socialismo* (1920). 1905 *De Profundis*. *De Profundis* (1920). 1924 *Epistola: in Carcere et Vinculis*^[12]. *Epístola: in Carcere et Vinculis* (1943).

Notas

^[1] *Hilo*, del griego *hylé*, significa materia. <<

^[2] Prestigioso colegio de la universidad de Cambridge, fundado en el siglo XV, que tiene una hermosísima capilla gótica. <<

^[3] Danza antigua procedente de Alemania o Flandes, en que varias parejas van imitando los pasos que hace una que dirige. <<

^[4] Internado masculino de enseñanza media, próximo a Windsor, fundado en el siglo XV, donde se han educado gran número de aristócratas y gobernantes ingleses. <<

^[5] Se alude a las que figuran en la bandera norteamericana. <<

^[6] Estilo que floreció en Inglaterra bajo la dinastía Tudor (1485-1603) y particularmente durante el reinado de Isabel I. Como última muestra del gótico, se caracteriza por la atrevida elevación de sus líneas verticales, aunque incorpora ya algunos elementos italianizantes del Renacimiento. Los edificios civiles tienen fachadas con vigas de madera vista y amplios ventanales profusamente decorados. <<

^[7] Autores de *Alucinaciones de los vivos*, obra sobre las alucinaciones telepáticas. Frederic Myers (1843-1901) fue un escritor inglés que fundó en 1882 la *Society for Physical Research* (Asociación para la investigación física) y estudió los problemas de alucinaciones, hipnotismo, doble personalidad, etc., en su obra *Personalidad humana y su influencia sobre la salud del cuerpo*, y la ya mencionada *Alucinaciones de los vivos*. <<

^[8] *Fanny Davenport* (1850-1892), hija del actor Edward Davenport, actuó por primera vez en un teatro de Nueva York cuando tenía doce años. Posteriormente formó compañía propia y representó con gran éxito *Fedora* y *Cleopatra*, entre otras obras del autor teatral francés Victorien Sardou (1831-1908). Henriette Rosine Bernard, llamada *Sarah Bernhardt* (1844-1923), actriz francesa que ingresó en la Comedia Francesa en 1862 y dirigió el Renaissance desde 1893. Al igual que la Davenport, representó obras que Sardou escribió expresamente para ella, tales como *Fedora* (1882), *Theodora* (1884) y *La Tosca* (1887). También escribió alguna obra teatral como *La confesión* y *Adrienne Lecouvreur*. <<

^[9] Seudónimo de Jean François Marie Arouet, escritor y filósofo francés (1694-1778). Vivió algún tiempo exilado en Inglaterra. Espíritu escéptico y crítico, su obra es con frecuencia una sátira social y política donde también ataca el poder de la Iglesia. <<

^[10] «Comienzo, primera actuación de un actor, bailarín, etc.» (En francés en el original.) <<

^[11] «Entusiasmo general.» (En italiano en el original.) <<

^[12] Henry W. Longfellow (1807-1882), el más popular de los poetas norteamericanos del siglo XIX. Escribió un poema titulado *El esqueleto en su armadura*, que es al que se hace alusión aquí. <<

^[13] Ciudad a 8 km. al norte de Warwick (Inglaterra) donde hay un castillo en el que el conde de Leicester, en 1575, agasajó espléndidamente a la reina Isabel I, la Reina Virgen. <<

^[14] *Fustán* o bombasí: tela gruesa de algodón. <<

^[15] Pueblo escocés a 15 km. de Carlisle, muy próximo a la frontera inglesa, famoso porque en él se celebraron muchos matrimonios clandestinos a partir de 1754, fecha en que se prohibieron en Inglaterra los matrimonios celebrados sin que transcurriera el tiempo reglamentario de las amonestaciones. Desde 1856 se exigió que uno de los contrayentes hubiera residido al menos tres semanas en Escocia. <<

^[16] *Wandsworth*, antiguo municipio al sur del Támesis, que desde 1965 se ha incorporado al de Londres, tiene gran cantidad de parques y zonas verdes, entre ellos el prado comunal (*Common*) que aquí se menciona. <<

^[17] Distrito y ciudad del mismo nombre en el condado de Kent, al sur de Inglaterra, donde hay un balneario de aguas ferruginosas. <<

^[18] Juego de origen indio en el que dos equipos de diez jugadores cada uno se lanzan la pelota con una especie de raqueta. <<

^[19] Juego de naipes. <<

^[20] «En segundas nupcias.» (En francés en el original.) <<

^[21] *Spirit*: Significa espíritu, fantasma, y también alcohol o licor. En inglés se

ha podido hacer un juego de palabras sin equivalente en español. <<

[22] «Porque es fuerte el amor como la muerte.» (*Cantar de los Cantares*, 8,6.) <<

[23] Localidad al sureste de Windsor, famosa por las carreras de caballos que allí se celebran todos los años en junio. <<

[24] Véase *El Crimen de Lord Arthur Savile*, cap. 5, nota 3 (pág. 112). <<

[25] Región del oeste de Gran Bretaña, separada de Inglaterra por el canal de Bristol y de Irlanda por el mar de Irlanda. Su capital es Cardiff. <<

[26] Capital de Massachussets y una de las ciudades más hermosas de Estados Unidos, con notables edificios de diversas épocas y una importante actividad académica y cultural. Nótese la ironía de Wilde cuando dice, por boca del señor Otis, que su esposa tenía una refinada cultura artística adquirida en sus estancias en Boston (aunque fuera de niña). El mismo tono crítico y burlón se percibe en la observación que hace el ilustre americano sobre los extraños gustos artísticos de su hija, sin duda explicables a sus ojos por la circunstancia de su nacimiento en Londres, ya que evidentemente no podía venirle de herencia americana. <<

[27] Presidente de la Cámara de los Comunes. <<

[28] «Principal cantante femenina en una ópera.» (En italiano en el original.) <<

[29] Miosotis o nomeolvides: planta de pequeñas flores azules consideradas tradicionalmente como símbolo de amor y fidelidad. <<

[30] «Oro puro.» (En francés en el original.) <<

[31] John Field *Debrett* (1752-1822) fundó en 1802 la publicación *Debrett's Peerage*, que es una guía de la nobleza británica y que todavía hoy se sigue editando. <<

[32] En inglés *Chiromantist* (quiromántico, el que lee el porvenir en las manos) y *chiropodist* (pedicuro o callista) tienen una cierta semejanza, lo que da lugar a que la duquesa confunda ambos términos y Oscar Wilde ejercite una vez más su ironía. <<

[33] «El mundo es así.» (En francés en el original.) Los aristócratas

consideraban de buen tono incluir palabras francesas en la conversación. <<

^[34] Palabra del argot de los que leen la mano y que se refiere a la parte de la palma donde se entrecruzan varias líneas. (En francés en el original.) <<

^[35] *Lion* en inglés, además de significar león, se aplica también a un hombre sobresaliente o destacado por sus méritos. <<

^[36] «En privado.» (En francés en el original.) <<

^[37] Barrio londinense de mala reputación. <<

^[38] Diario británico de la mañana de tendencia conservadora, fundado en 1772; en 1937 se amalgamó con el *Daily Telegraph*, que aún se publica.

<<

^[39] ¹³ «Mohín.» (En francés en el original.) <<

^[40] «Sangre fría.» (En francés en el original.) <<

^[41] Se refiere al general francés Georges Boulanger (1837-1891), que fue ministro de la Guerra en 1886, y por su habilidad para ganarse a unos y otros agrupó en torno a su figura a todos los descontentos con el régimen. El *boulangierismo* despertó la inquietud del gobierno, que llegó a pensar en el golpe de estado. Boulanger no se decidió en el último momento, y murió en el exilio. <<

^[42] *Némesis* es la diosa griega de la venganza que a menudo hace que los excesos de prosperidad y orgullo vayan seguidos de grandes desgracias. *Palas Atenea*, hija de Zeus en la mitología griega, salió totalmente armada de la cabeza de su padre. Su escudo está decorado con la cabeza de la *Gorgona* (monstruo infernal que petrificaba con la vista), a la que mató. <<

^[43] Personajes de las obras del dramaturgo inglés William Shakespeare (1564-1616). *Hamlet* es el protagonista de la obra homónima y encarna a un príncipe de nobles sentimientos que, sabiendo que su tío ha asesinado a su padre, tiene grandes dudas sobre su propia manera de actuar; en esta obra *Guildestern* representa a un cortesano adulador e hipócrita. El *príncipe Hal* es el apodo que *Falstaff* (personaje bromista y vividor) da a *Enrique IV* (en la obra del mismo nombre), cuando éste, aún joven, lleva una vida disoluta e irresponsable y ambos se divierten juntos por las tabernas. <<

[44] Ver nota 10 de *El modelo millonario* (pág. 151). <<

[45] Cortina que sirve de puerta entre dos dependencias o que cubre una puerta con fines decorativos. (En francés en el original.) <<

[46] Mercado central de frutas, verduras y flores situado en pleno centro de Londres. Hoy ha desaparecido. <<

[47] Región de Grecia habitada antiguamente por pastores y cazadores. Se han escrito varias obras literarias con este título y podemos decir que, en lenguaje poético, la Arcadia representa el país imaginario de la felicidad pastoril. <<

[48] Roca feldespática, transparente y generalmente incolora, considerada semipreciosa. <<

[49] «Crespón de China», fino tejido de seda. (En francés en el original.) <<

[50] Localidad griega especialmente conocida por las graciosas estatuillas de terracota, que se descubrieron allí sobre todo a finales del siglo XIX. <<

[51] «Menuda.» (En francés en el original.) <<

[52] Familia italiana de origen valenciano entre cuyos miembros hubo príncipes y papas y que adquirieron fama por su vida disoluta y sus muchos crímenes. <<

[53] Thomas Sheraton (1751-1806), famoso ebanista inglés cuyos muebles se caracterizan por un diseño sencillo y airoso. <<

[54] Nombre del club de lord Arthur. El club es una institución inglesa muy curiosa. Se trata, en líneas generales, de un lugar de reunión de personas afines en ideas, profesión, actividades, *etc.* Suele disponer, además, de restaurante, bar, e incluso habitaciones, a modo de hotel. Los miembros, generalmente varones, son elegidos democráticamente o por la junta directiva, a menudo por el procedimiento de las bolas blancas y negras que se cita en el relato. Una bola negra impedía que se admitiera al aspirante sometido a votación. <<

[55] *La Guía de Ruff (Ruff's Guide)*, fundada por William Ruff (1801-1856), es una publicación anual especializada en temas hípicas. Junto con la *Revista de Baily (Baily's Magazine, a veces Bailey's Magazine)*, publicación mensual dedicada a deportes y pasatiempos, aparece citada en varios cuentos del autor. <<

^[56] La *Farmacopea* (*Pharmacopeia*) es el tratado de las sustancias medicinales, y la *Toxicología* (*Toxicology*) el tratado de venenos y sustancias tóxicas. En este tipo de libros suelen abundar los nombres en latín y griego, de ahí la alusión que posteriormente se hace a los deficientes conocimientos de las lenguas clásicas de lord Arthur. <<

^[57] «Contratiempo.» (En francés en el original.) <<

^[58] Producto muy venenoso que se extrae de la raíz de una planta, el *Acónitum napellus*, y que se emplea, en pequeñas dosis, en linimentos contra dolores reumáticos y en específicos para bajar la fiebre. <<

^[59] «Bombonera», cajita para caramelos, de plata o porcelana. (En francés en el original.) <<

^[60] Ver nota 8 de *La Esfinge sin Secreto* (pág. 137). <<

^[61] «Señor granujilla.» (En francés en el original.) <<

^[62] «Trapos», en el sentido familiar de vestidos, modelitos. (En francés en el original.) <<

^[63] «Se han hecho locuras por mí.» (En francés en el original.) <<

^[64] «Caramelo.» (En francés en el original.) <<

^[65] Ver nota 10 de *La Esfinge sin secreto* (pág. 138). <<

^[66] Isla griega del mar Jónico. <<

^[67] Isla alargada que cierra, hacia el Adriático, la laguna de Venecia. Estación balnearia internacional. <<

^[68] «Plaza.» Se refiere a la famosa de San Marcos en Venecia. (En italiano en el original.) <<

^[69] Importante diario londinense fundado en 1785, que todavía se edita. <<

^[70] Ciudad italiana a orillas del Adriático, más al sur que Venecia. En las afueras está un famoso pinar (el *Pinetum* o Pineta di Classe), hoy muy reducido de tamaño, que cantó el poeta inglés Byron. <<

[71] «Ingenio.» (En francés en el original.) <<

[72] Una de las principales estaciones de ferrocarril de Londres. <<

[73] Clérigo de la iglesia anglicana que tiene a su cargo una catedral o, en zonas rurales, varias parroquias. <<

[74] Guía que contiene el censo de habitantes de una localidad, en este caso Londres, agrupados por profesiones, actividades, *etc.* <<

[75] Nombre del palacio que en el siglo X el rey Edgar regaló al rey de Escocia para que se alojara en él cuando iba a Londres. Posteriormente se convirtió en cuartel general de la policía metropolitana y el nombre se mantuvo como sinónimo de sede de la policía londinense aún después de haberse trasladado ésta a otro edificio. <<

[76] Pedro I Alexéievich el Grande (1672-1725), zar de Rusia. Aunque cruel y bárbaro en muchos aspectos, fue un gran monarca, que desarrolló el comercio y la industria, fomentó la difusión de la cultura e hizo construir grandes edificios y monumentos; bajo su reinado, Rusia se convirtió en un país importante en el concierto de las naciones europeas. <<

[77] Barrio londinense de marcado carácter intelectual donde se encuentran los edificios de la Universidad y anejos, la Biblioteca, el Museo Británico, *etc.* <<

[78] «Callejón sin salida.» (En francés en el original.) <<

[79] Palabra francesa con que se designa una pasta hecha de carne o hígado picado, particularmente de cerdo o aves. <<

[80] Residencia oficial del alcalde de Londres. <<

[81] Diario vespertino londinense que aún subsiste. Fue fundado en 1881, a pesar de que en aquellas fechas se publicaban ya ocho periódicos de la tarde, entre ellos los anteriormente mencionados, el *Pall Mall*, el *St. James*, el *Globe* y el *Echo*. <<

[82] Ciudad y primer puerto comercial ruso del S. de Ucrania, en las costas del mar Negro, que en el siglo XIX se convirtió en centro de agitación revolucionaria. <<

[83] Charles Edward Mudie (1818-1890). Librero londinense que transformó

su negocio de librería en una biblioteca pública por suscripción anual; la biblioteca fue un éxito, y en 1888 llegó a alcanzar los 40.000 suscriptores, pero posteriormente fue decayendo, hasta que acabó cerrándose en 1937. Tela fuerte de algodón generalmente de rayas o cuadros; también se la conoce como vichy. <<

^[84] Tela fuerte de algodón generalmente de rayas o cuadros; también se la conoce como vichy. <<

^[85] En inglés «embankment» significa malecón o dique; en este caso se refiere al que hay a orillas del río Támesis, en la margen norte, y que constituye un popular paseo por la zona monumental de Londres. En efecto, lord Arthur tiene a su derecha el palacio de Westminster, con su famoso reloj (el *Big-Ben*) y a su izquierda el puente de *Blackfriars*, por donde pasa el ferrocarril; en las proximidades está el obelisco egipcio llamado «aguja de Cleopatra». Río abajo y en la otra orilla (sur) se encuentra *Greenwich*, famoso por su observatorio, donde está marcado el meridiano cero, y lugar donde en el relato aparecerá el cadáver del señor Podgers. <<

^[86] El Gaiety Theatre de Londres se inauguró en 1868 y fue un famoso teatro de variedades que perduró hasta 1939. <<

^[87] «Oficial de la corona.» Oficial de justicia que investiga, asistido por un jurado, cualquier muerte que no se deba a causas naturales. Equivale aproximadamente a un juez de primera instancia. <<

^[88] Partido conservador británico que, junto con el *Whig* (liberal), se originó a finales del siglo XVII. <<

^[89] Nombre que se da a los cinco libros de Moisés, los cinco primeros de la Biblia. <<

^[90] Cámara alta del Parlamento británico, que tiene como misión examinar, discutir o aplazar las leyes aprobadas en la Cámara baja o de los Comunes. <<

^[91] Iglesia parisina del siglo XVIII. <<

^[92] Se refiere al Bois de Boulogne, un gran parque que se extiende a orillas del Sena en París. <<

^[93] «Clarividente, adivinadora.» (En francés en el original.) <<

^[94] Famoso cuadro de una dama desconocida sonriendo, pintado por el italiano Leonardo da Vinci (1452-1519). <<

^[95] Céntrica calle londinense famosa por sus elegantes comercios. <<

^[96] «Mi bella desconocida.» (En francés en el original.) <<

^[97] Gran avenida que bordea Hyde Park, en el distrito de Mayfair, uno de los más caros y elegantes de Londres. <<

^[98] Se considera como el mismísimo centro de Londres, algo así como la Puerta del Sol de Madrid. Al norte de Picadilly está Regent's Park y, bordeándolo, Marylebone Road. <<

^[99] Ver *El crimen de lord Arthur Savile*, cap. 1, nota 12. <<

^[100] Moneda de oro valorada en 20 chelines, que introdujo Enrique VII en 1489 y lleva en el reverso a San Jorge y el dragón. Todavía se acuña en conmemoraciones especiales y con valor numismático. <<

^[101] Los ingleses denominan *Guerra Peninsular* lo que en España conocemos como *Guerra de la Independencia*, en la que, aliados con Inglaterra, arrojamos al invasor napoleónico de la península ibérica. <<

^[102] Ver *El crimen de lord Arthur Savile*, cap. 3, nota 8 (pág. 98). <<

^[103] En el argot de la bolsa londinense, un toro es aquella persona que intenta lanzar los precios con vistas a vender y obtener mayor beneficio. Un oso es aquel que vende valores que entregará cierto plazo con la esperanza de que, antes de que venza ese plazo, los volverá a comprar a menor precio. <<

^[104] Variedades de té. Los ingleses, muy aficionados a esta infusión, distinguen multitud de variedades de aroma y gusto que dependen del lugar de origen, procedimiento de secado, etc. <<

^[105] «Tonto, necio.» (En francés en el original.) <<

^[106] «Entrada, permiso para entrar libremente.» (En francés en el original.) <<

^[107] «Un hallazgo, amigo mío.» (En francés en el original.) <<

[108] Diego de Silva y *Velazquez*, pintor español que nació en Sevilla en 1599 y murió en Madrid en 1660, fue pintor de cámara del rey Felipe IV. Entre sus obras más famosas, notables por su depurada técnica y su impresionante realismo, podemos citar *Las Hilanderas*, *Las Meninas*, *Las Lanzas*, el *Retrato de Felipe IV a caballo*, etc. El aspecto del modelo de este relato nos evoca inmediatamente al *Menipo*. Todas estas obras se pueden admirar en el museo del Prado de Madrid.

Rembrandt Van Rijn (1606-1669) fue, además de pintor famoso, un notable grabador que supo usar magistralmente la técnica del aguafuerte. Pintó más de 600 óleos y de él se conservan unos 1.400 dibujos y cerca de 400 grabados. <<

[109] Moneda equivalente a doce peniques o, lo que es igual, a un veinteavo de libra, en la época del relato. Actualmente equivale a cinco peniques nuevos. <<

[110] Antigua moneda de oro que, desde 1717, equivalía a una libra más un chelín. Hoy no existe, aunque los honorarios de médicos, abogados, etc., se siguen expresando en guineas. <<

[111] Ver nota 13 de *La Esfinge sin secreto* (pág. 143). <<

[112] «Cada cual a su oficio» o zapatero a tus zapatos, que decimos en España. (En francés en el original.) <<

[113] «¿Qué quiere usted? ¡Caprichos de millonario!» (En francés en el original.) <<

[114] «Su negocio es el dinero de los demás.» (En francés en el original.) <<

[115] Probablemente se refiere al Rotten Row, paseo muy concurrido de Hyde Park. <<

[116] «De parte de.» (En francés en el original.) <<

[117] E. J. Hobsbawn, *The Age of Revolution*, Londres, 1973, p. 43. <<

[118] Bertrand Russell, *A History of Western Philosophy*, Nueva York, 1945, p. 728. <<

[119] Peter Quennell, *A History of English Literature*, Londres, 1973, p. 349. <<

[120] En el Prefacio a *El Retrato de Dorian Gray* podemos leer:

«Un libro no es en modo alguno moral o inmoral. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo.»

O también:

«Existen elegidos para los que las cosas bellas significan únicamente belleza.» <<

[121] Ernst Fischer, *La necesidad del arte*, Barcelona, 1978, p. 80. <<

[122] Según cita Frank Harris en *Vida y confesiones de Oscar Wilde*, Madrid, 1928, p. 65. <<

[123] Luis Antonio de Villena, *Conocer Oscar Wilde y su obra*, Barcelona, 1978, p. 37. Buena parte de las informaciones que contiene esta biografía están sacadas de esta obra. <<

[124] Véase a este respecto la magnífica Introducción de L. A. de Villena a su libro, citado en nota 7. <<

[125] A. E. Rodway, en el volumen colectivo de *The Pelican Guide to English Literature*, «From Dickens to Hardy», vol. 6, 1958, p. 398. <<

[126] Rafael Llopis, *El Novísimo Algazife o Libro de las Postrimerías*, Madrid, 1980, p. 14. <<

Notas de la Bibliografía

[1] Prepublicada en la revista *Lippincott's Monthly Magazine* en 1890. <<

[2] Con «s. a.» indicamos «sin año», aunque la publicación castellana es próxima a la edición original. <<

[3] Prepublicada en la revista *Blackwood's Edinburgh Magazine* en 1889. <<

[4] Prepublicada en la revista *Hutchinson's Magazine* en 1921. <<

[5] Escrita en francés originalmente, se publicó en París en 1893. En 1894 se publica en inglés, traducida por Lord Alfred B. Douglas. <<

[6] Premio Newdigate de poesía. <<

[7] Publicado en la revista *The Spirit Lamp*. <<

[8] Publicado en la revista social y literaria *Prometeo* en 1909. <<

[9] Prepublicado en la revista *Nineteenth Century* en 1889. <<

[10] Publicados en la *Revista de las Antillas* en 1914. <<

[11] Publicado en la revista *Fortnightly*. En 1895 se publicará con el título reducido «The Soul of Man». <<

[12] Escrita en 1897, se publicó por primera vez en alemán en 1924 <<